

El Bobo Wilson

Por

Mark Twain

Freeditorial 

Un murmullo al lector

No hay ningún carácter, por bueno y puro que sea, que no se pueda destruir con el ridículo, por tosco y mezquino que sea. Observemos al asno, por ejemplo: su carácter es casi perfecto, es el espíritu más selecto entre todos los animales más humildes, y sin embargo ya sabemos lo que el ridículo ha hecho de él. En vez de sentirnos halagados cuando nos llaman asnos, nos quedamos dudosos.

—Del calendario del Bobo Wilson.

La persona que ignora los asuntos legales siempre puede cometer errores al tratar de fotografiar con su pluma una escena de un tribunal; y por eso, yo no quería que los capítulos legales de este libro fueran a la imprenta sin someterlos antes a una revisión y corrección rígidas y exhaustivas hechas por un experto leguleyo... si es así como los llaman. Esos capítulos son ahora correctos en todos sus detalles, porque fueron escritos de nuevo bajo la mirada vigilante de William Hicks, quien estudió algo de leyes un tiempo en el sudoeste de Missouri, hace treinta y cinco años, y luego vino a Florencia por su salud y sigue trabajando, por la comida y la cama, en el almacén de piensos de Macaroni Vermicelli, que se encuentra en el primer callejón que vemos al doblar la esquina de la Piazza del Duomo, un poco más allá de la casa que tiene la pared de piedra, donde Dante acostumbraba sentarse hace seiscientos años, cuando dejó de contemplar cómo construían el campanile del Giotto, pero se cansaba de esperar que Beatrice pasara por allí para comprarse un trozo de pastel de castañas y poder defenderse con él en caso de una revuelta gibelina, antes de llegar a la escuela, en el mismo puesto donde lo venden hoy en día, tan ligero y bueno como entonces, y eso no es ninguna adulación, ni mucho menos. Había olvidado un poco las leyes, pero las refrescó por causa de este libro, y los dos o tres capítulos legales están ahora perfectos. Él mismo me lo dijo así.

Escrito por mi propia mano el segundo día de enero de 1893, en la Villa Viviani, en el pueblo de Settignano, a tres kilómetros de Florencia, en las colinas (desde donde se disfruta uno de los panoramas más encantadores que pueden verse en este planeta, y con las puestas de sol más hermosas y ensoñadoras de este planeta, o hasta del sistema solar) y escrito, además, en la magnífica habitación de la casa, con los bustos de los senadores Cerretani y otros nobles de su linaje mirándome con aprobación, como acostumbraban mirar a Dante, y pidiéndome en silencio que los adopte en mi familia, lo que hago con placer, porque mis antepasados más remotos no son más que unos pollos de primavera comparados con estas antigüedades majestuosas con sus

togas, y para mí será una gran satisfacción, el remontarme así a seiscientos años.

M. T.

Capítulo I

El bobo se gana su nombre

Di la verdad o invéntala... pero consigue tus fines.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El escenario de esta crónica es el pueblo de Dawson's Landing, en la orilla del Misisipi perteneciente a Missouri, a medio día de viaje de St. Louis, por vapor.

En 1830 se componía de una pequeña colección de modestas casas de madera de uno y dos pisos, cuyas fachadas blanqueadas desaparecían casi bajo una profusión de rosales trepadores, madreselvas y dondiegos. Cada una de esas lindas casas tenía delante un jardín rodeado de blanca empalizada y bien provisto de malvalocas, margaritas, balsaminas y muchas otras flores anticuadas; mientras que en los alféizares de las ventanas había cajas de madera que contenían rosas musgosas, y macetas en las que crecía una variedad de geranios cuyas flores de un rojo intenso acentuaban el tono rosado de las fachadas vestidas de rosales, como una explosión de fuego. Cuando en el alféizar quedaba lugar, entre las cajas y macetas, para un gato, el gato no faltaba, tendido cuan largo era, si hacía sol, dormitando y feliz, con el peludo vientre al sol y una pata curvada sobre la nariz. Entonces, esa casa estaba completa, y su contento y paz se manifestaban al mundo por ese símbolo, cuyo testimonio es infalible. Un hogar sin gato, y un gato bien alimentado, mimado y debidamente respetado, puede ser quizá, un hogar perfecto, pero ¿cómo puede probar su título?

A lo largo de las calles, en ambos lados y al exterior de las aceras de ladrillo se alzaban unos algarrobos con los troncos protegidos por cercas de madera, y esos algarrobos daban sombra en verano y una dulce fragancia en primavera, cuando se cubrían de flor. La calle principal, a una cuadra de distancia del río, paralela a él, era la única calle comercial. Tenía seis cuadras de largo, y en cada una de ellas dos o tres comercios de ladrillo de tres pisos de alto, descollaban sobre los grupos intermedios de pequeñas tiendas de madera. A lo largo de toda la calle los carteles se balanceaban crujiendo. La pértiga rayada que a lo largo de los canales de Venecia indica una nobleza antigua y orgullosa, indicaba sólo una humilde barbería en la calle principal de

Dawson's Landing. En la esquina más importante se alzaba un alto poste sin pintar cubierto de punta a punta de cacerolas, sartenes y tazas de hojalata, el ruidoso anuncio con que el hojalatero avisaba a todo el mundo (cuando soplaban el viento) de que su comercio estaba a disposición de todos a la vuelta de la esquina.

El frente del pueblo estaba bañado por las claras aguas del gran río; la parte principal subía hacia una suave pendiente, y su borde posterior se había diseminado entre unas cuantas casas desparramadas al pie de las colinas, que se alzaban, altas, encerrando al pueblo en una curva de media luna, y con tupidos bosques desde el pie a la cumbre.

Los vapores pasaban cada hora, hacia arriba y hacia abajo. Los que pertenecían a la pequeña línea de Cairo y la pequeña línea de Memphis, se detenían siempre; los grandes vapores de la línea de Nueva Orleans sólo se detenían para tocar sus sirenas, o desembarcar pasajeros o carga; y lo mismo ocurría con la gran flotilla de «transeúntes». Esta última procedía de una docena de ríos, el Illinois, el Missouri, el Misisipi Superior, el Ohio, el Monongahela, el Tennessee, el Río Rojo, el Río Blanco y otros más; y se dirigían a todos los lugares imaginables e iban cargados con todo lo que las comunidades de Misisipi podían imaginar para su comodidad o necesidad, desde las heladas Cataratas de St. Anthony bajando por nueve climas hasta la tórrida Nueva Orleans.

Dawson's Landing era un pueblo esclavista, con unas tierras ricas en granos y cerdos, trabajadas por esclavos. El pueblo era soñoliento, cómodo y tranquilo. Tenía cincuenta años e iba creciendo lentamente... muy lentamente, en realidad, pero de todos modos, creciendo.

El principal ciudadano era York Leicester Driscoll, de unos cuarenta años de edad, juez del tribunal del condado. Estaba muy orgulloso de su vieja ascendencia virginiana, y en su hospitalidad, y en sus maneras formales y majestuosas seguía sus tradiciones. Era cortés, justo y generoso. Su única religión era la de ser un caballero (un caballero sin tacha), y siempre fue fiel a ella. Era respetado, estimado y amado por toda la comunidad. Tenía bastantes bienes de fortuna, y gradualmente los iba aumentando. Él y su esposa eran casi felices, pero no del todo, porque no tenían hijos. El ansia de poseer el tesoro de un hijo se había ido haciendo cada vez más fuerte con el correr de los años, pero nunca habían tenido esa bendición... ni iban a tenerla.

Con la pareja vivía la hermana viuda del juez, la señora Rachel Pratt, que tampoco tenía hijos... que no los tenía y sufría por esa razón, sin consuelo. Las mujeres eran buenas y vulgares, cumplían con su deber y tenían su recompensa en la tranquilidad de sus conciencias y la aprobación de la comunidad. Eran presbiterianas, y el juez, librepensador.

Pembroke Howard, un abogado soltero, de unos cuarenta años, era otro noble de la vieja Virginia, descendiente de las Primeras Familias. Era una persona cortés, valerosa y majestuosa, un caballero de acuerdo a los más estrictos requerimientos de las reglas de Virginia, devoto presbiteriano, una autoridad del «código», y hombre dispuesto siempre, con la mayor cortesía, a batirse con cualquiera si alguno de sus actos o palabras eran puestos en duda o despertaban sospechas, explicándose con el arma de la preferencia del contrario, desde la lezna a la artillería. Era muy popular en el pueblo y el mejor amigo del juez.

Luego venía el coronel Cecil Burleigh Essex, otro descendiente de las Primeras Familias de Virginia, de formidable calibre... no obstante, no vamos a hablar de él.

Percy Northumberland Driscoll, el hermano del juez y cinco años menor que él, estaba casado, y había tenido bastantes hijos en torno a su hogar; pero habían sido atacados uno a uno por la escarlatina, la tos convulsa y el sarampión, y eso le había dado al médico una oportunidad de usar sus eficaces métodos antediluvianos; de modo que las cunas estaban vacías. Era un hombre próspero, con una buena cabeza para la especulación, y su fortuna iba creciendo. El 1 de febrero de 1830, nacieron dos varoncitos en la casa; uno, hijo suyo, y el otro de una de sus esclavas, llamada Roxana. Roxana tenía veinte años. Aquel mismo día se levantó de la cama, con mucho trabajo, porque cuidaba de los dos bebés.

La señora Percy Driscoll murió aquella misma semana. Roxy quedó al cuidado de los niños. Los cuidaba a su modo, porque el señor Driscoll no tardó en absorberse en sus especulaciones, dejándole que hiciera lo que quisiera.

En aquel mismo mes de febrero, Dawson's Landing ganó un nuevo ciudadano. Era el señor David Wilson, un muchacho de ascendencia escocesa. Había llegado a aquella remota región desde su lugar de nacimiento, en el interior del estado de Nueva York, en busca de fortuna. Tenía veinticinco años, había estudiado en la universidad, y un par de años antes había terminado un curso en un colegio de leyes del este.

Era un hombre feo, pecososo, de pelo color arena, con ojos azules e inteligentes, de mirada franca y amistosa, de agradable brillo. De no haber sido por una observación desgraciada, no cabe duda de que habría iniciado enseguida una brillante carrera en Dawson's Landing. Pero hizo esa observación fatal el primer día que pasó en el pueblo y eso lo «marcó». Acababa de entrar en relación con un grupo de vecinos cuando un perro invisible empezó a aullar, ladrar y hacerse desagradable en todos los aspectos, y entonces el joven Wilson dijo, como el que piensa en voz alta:

—Desearía ser el dueño de la mitad de ese perro.

—¿Por qué? —le preguntó alguien.

—Porque mataría mi mitad.

El grupo lo miró a la cara con curiosidad, casi con inquietud, pero no encontraron ninguna luz en ella, ninguna expresión que pudieran comprender. Se apartaron de él, como si se tratara de algo extraño, y se fueron a discutirlo a un lugar privado. Uno dijo:

—Me parece que es un tonto.

—¿Te parece? —le replicó otro—. Sería mejor decir que lo es.

—Dijo que desearía ser el dueño de la mitad del perro, el idiota —agregó un tercero—. ¿Qué se imaginaba que iba a ser de la otra mitad, si él mataba la suya? ¿Creen que pensaba que iba a vivir?

—Debe haberlo pensado, a menos que sea el tonto más tonto del mundo; porque si no lo hubiera pensado, habría querido ser el dueño del perro entero, sabiendo que si mataba su mitad y la otra mitad moría, sería tan responsable de esa mitad, igual que si hubiera matado esa mitad en vez de la suya. ¿No lo miran así, caballeros?

—Sí. Si era el dueño de la mitad de un perro cualquiera, tendría que ser así; si era el dueño de un extremo del perro, y otra persona del otro extremo, sería así, de todos modos; particularmente en el primer caso, porque si mataba sólo la mitad de un perro cualquiera, no habría ningún hombre que pudiera decir de quién era esa mitad, pero si era el dueño de un extremo del perro, tal vez podía matar su extremo y...

—No, tampoco podría; no podría hacerlo sin ser responsable si el otro extremo moría, lo que sucedería. En mi opinión, ese hombre no anda bien de la cabeza.

—En mi opinión no tiene cabeza.

El número 3 dijo:

—Bueno, para mí es un zopenco.

—Eso es lo que es —asintió el Número 4— un zopenco completo, como no he visto otro.

—Sí, señor, es un verdadero estúpido, eso es lo que digo yo —intervino el Número 5—. Cualquiera puede opinar otra cosa, si lo desea, pero eso es lo que yo pienso.

—Estoy con ustedes, caballeros —dijo el Número 6—. Es un verdadero asno... sí, y no creo que sea exagerar el decir que es un bobo. Si no es un bobo, yo no sé juzgar a la gente.

El señor Wilson quedó juzgado. El incidente fue contado por todo el pueblo, y se lo discutió por todos con gravedad. Al cabo de una semana había perdido su nombre y se quedó con el de Bobo. Con el tiempo llegaron a apreciarlo, de veras; pero para aquel entonces, el sobrenombre había prendido y no lo perdió. El veredicto de aquel primer día había hecho de él un tonto, y no consiguió sacárselo de encima, y ni siquiera modificarlo. El sobrenombre no tardó en dejar de ser algo hiriente o inamistoso, pero siguió en su lugar, e iba a seguir manteniéndolo durante veinte largos años.

Capítulo II

Driscoll perdona a sus esclavos

Adán no era más que humano... eso lo explica todo. No quería la manzana por la manzana, la quería sólo porque se la prohibieron. El error fue el no prohibirle la serpiente: entonces, se habría comido la serpiente.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El Bobo Wilson tenía un poco de dinero cuando llegó, y con él se compró una casita en el extremo occidental del pueblo. Entre ella y la del juez Driscoll no había más que un patio cubierto de césped, con una empalizada que dividía por la mitad las propiedades. Alquiló una pequeña oficina en el centro y colgó un cartel de latón con el siguiente letrero:

DAVID WILSON

Abogado y Consejero Legal

Agrimensor, Escribano, etc.

Pero su desgraciada observación había arruinado todas sus posibilidades... al menos legales. No vino ningún cliente. Al cabo de un tiempo, quitó el cartel y lo colgó en su casa, borrando de él todo lo relativo a la ley. Ahora ofrecía sus servicios en las humildes profesiones de agrimensor y contable. De cuando en cuando alguien le daba un trabajo de agrimensor, y de cuando en cuando un comerciante le pedía que le pusiera en orden sus libros. Con paciencia y resolución escocesas, resolvió hacer olvidar su reputación y abrirse camino en el campo de la ley. ¡Pobre hombre!, no podía prever que iba a tener que emplear en ello tanto tiempo y tanto cansancio.

Tenía una gran abundancia de tiempo libre, pero nunca le pesaba, porque se interesaba por todas las cosas nuevas que aparecían en el universo de las ideas, y las estudiaba y experimentaba en su casa. Una de sus manías favoritas era la quiromancia. La otra no tenía nombre, ni él podía tampoco explicar

cuáles eran sus fines, pero se limitaba a decir que era un entretenimiento. En realidad, había descubierto que sus manías aumentaban su reputación de bobo; por lo tanto cada día era más parco al hablar de ellas. La manía sin nombre era la que se ocupaba de las huellas dactilares de los demás. Llevaba en el bolsillo una cajita con una serie de ranuras, y en cada una de esas ranuras, tiras de cristal de cinco pulgadas de largo y tres de ancho. A lo largo del borde inferior de cada tira había pegado un trozo de papel blanco. Le pedía a la gente que se pasaran las manos por el pelo (para que se les pegara en ellas una fina capa de su aceite natural) y luego que marcaran su pulgar en el cristal, siguiendo luego con las marcas de las demás yemas de los dedos en sucesión. Debajo de la hilera de débiles marcas grasientas, escribía en la tira de papel blanco... por ejemplo:

JOHN SMITH, mano derecha.

Y agregaba el día del mes y el año, y luego tomaba las huellas de la mano izquierda de Smith en otro trozo de cristal, y agregaba el nombre, la fecha y las palabras «mano izquierda». Los trozos de cristal volvían entonces a las ranuras de la caja, y ocupaban luego su lugar en lo que Wilson llamaba su «archivo».

Estudiaba a menudo ese archivo, examinándolo y estudiándolo con absorto interés hasta bien entrada la noche; pero no reveló a nadie lo que había descubierto, si es que descubrió algo. A veces, copiaba en un papel el complicado dibujo dejado por la yema del dedo, y luego lo ampliaba mucho con un pantógrafo para poder examinar la red de líneas curvas con comodidad y conveniencia.

Una calurosa tarde (era el primer día de julio de 1830) estaba trabajando en una complicada contabilidad, en su escritorio, que daba al oeste a una serie de baldíos, cuando lo distrajo una conversación mantenida afuera. Era una conversación a gritos, lo que demostraba que los que hablaban no se hallaban cerca el uno del otro:

—Eh, Roxy, ¿cómo está tu bebé? —eso decía la voz más lejana.

—Muy bien; ¿y cómo estás tú, Jasper? —el grito procedía de más cerca.

—Oh, más o menos; no me puedo quejar. Voy a ir uno de estos días a cortejarte, Roxy.

—¡Qué vas a hacerlo, porquería negra!, ¡ja... ja... ja...! Tengo algo mejor que hacer que tratar con morenos tan negros como tú. ¿Es que te plantó Nancy, la de la señorita Cooper? —Roxy terminó esa salida con otra carcajada de alegre risa.

—Estás celosa, Roxy, eso es lo que te pasa, presumida... ja... ja... ja...

¡Eso es lo que te pasa!

—Oh, sí, estoy loca por ti, ¿verdad? Te juro por Dios que esa presunción tuya va a acabar contigo un día de estos, Jasper. Si fueras mío, te vendería río abajo, porque ya exageras demasiado. En cuanto me encuentre con tu amo se lo voy a decir así.

La charla alegre y descuidada prosiguió, porque las dos partes gozaban con el amistoso duelo y estaban muy satisfechas del ingenio que demostraban en él... pues ellos lo consideraban ingenio.

Wilson se asomó a la ventana para observar a los combatientes; no podía trabajar mientras continuaran charlando. En uno de los baldíos estaba Jasper, joven, negro como el carbón y de magnífica figura, sentado en una carretilla bajo el ardiente sol... supuestamente trabajando, aunque en realidad, sólo se preparaba para el trabajo descansando por anticipado una hora. Delante del porche de Wilson se hallaba Roxy, con un cochecito de bebé de manufactura local, en el que estaban sentados los dos niños, uno a cada extremo y mirándose el uno al otro. A juzgar por su modo de hablar, cualquier forastero habría pensado que Roxy sería negra, pero no lo era. Sólo un dieciseisavo de su persona era negro, y ese dieciseisavo no se notaba. Era majestuosa de formas y estatura, con actitudes estatuarias e imponentes, y sus gestos y movimientos se distinguían por su noble gracia. Su cutis era muy claro, con las mejillas sonrosadas de vigor y salud, su cara llena de expresión y carácter, los ojos castaños y dulces, y tenía una pesada y suave cabellera de color castaño también, pero eso no se notaba entonces porque tenía un pañuelo de cuadros en torno a la cabeza, y el pelo se ocultaba debajo de él. Su cara era bien formada, inteligente, agradable... hasta hermosa. Cuando estaba entre los de su casta sus maneras eran descuidadas e independientes, y hasta se podrían llamar descaradas; pero, naturalmente, cuando trataba con los blancos era dócil y humilde.

En realidad, Roxy era tan blanca como cualquiera, pero ese dieciseisavo negro de su persona dominaba sobre las otras quince partes y hacía de ella una negra. Era una esclava y, como tal, se la podía vender. Su hijo, que tenía treinta y una partes de blanco, era también esclavo y, por una ficción de la ley y la costumbre, negro. Tenía los ojos azules y unos bucles color lino como su compañero blanco, pero hasta el mismo padre del niño blanco los podía distinguir (a pesar de lo poco que trataba con ellos) por su ropa; porque el bebé blanco llevaba un traje de suave muselina con volantes y un collar de coral, mientras que el otro vestía sólo una basta camisa de lienzo que no le llegaba ni a las rodillas, y no llevaba joya alguna.

El niño blanco se llamaba Thomas Becket Driscoll, el nombre del otro era Valet de Chambre; sin apellido..., los esclavos no tenían ese privilegio.

Roxana había oído la frase en alguna parte, el sonido le agradó a su oído y se imaginó que era un nombre, así que se lo puso a su tesoro. Claro está que muy pronto se redujo a «Chambers».

Wilson conocía de vista a Roxy, y cuando el duelo de ingenios fue decayendo, salió para intervenir. Jasper empezó a trabajar con energía inmediatamente, al ver que observaban su descanso. Wilson inspeccionó a los niños y dijo:

—¿Qué edad tienen, Roxy?

—Los dos la misma edad, señor... cinco meses. Nacieron el primero de febrero.

—Son unos chicos muy hermosos. Uno tan lindo como el otro.

Una sonrisa de placer descubrió los blancos dientes de la muchacha, que le contestó:

—Que Dios lo bendiga, señor Wilson, es muy amable diciendo eso, aunque uno de ellos no es más que un negro. Un negrito muy hermoso, como digo yo siempre, pero claro que lo digo porque es mío.

—¿Cómo los distingues, Roxy, cuando no están vestidos?

Roxy rio con una risa proporcionada a su tamaño, y dijo:

—Oh, yo los reconozco, señor Wilson, pero estoy segura de que el amo Percy no podría hacerlo ni para salvar su alma.

Wilson charló un rato más y luego le tomó a Roxy sus huellas para su colección (de la mano derecha y la izquierda) en un par de tiras de cristal; después las etiquetó y fechó, tomando además las de los dos bebés, que etiquetó y fechó también.

Dos meses más tarde, el 3 de septiembre, volvió a tomarle las huellas dactilares al trío. Le gustaba tener una «serie», de dos o tres, tomadas a intervalos durante el período de la niñez, seguidas luego por otras con intervalos de varios años.

Al día siguiente (o sea el 4 de septiembre) ocurrió algo que impresionó profundamente a Roxana. El señor Driscoll echó de menos otra pequeña suma de dinero... lo que quiere decir que eso no era algo nuevo, sino que había ocurrido ya antes. En realidad, había ocurrido ya tres veces. A Driscoll se le acabó la paciencia. Era un hombre bastante humano con sus esclavos y otros animales; y era un hombre extraordinariamente humano con los pecadores de su raza. Pero no podía soportar el robo, y no cabía duda de que había un ladrón en su casa. Necesariamente, el ladrón tenía que ser uno de sus negros. Había que tomar medidas severas. Llamó a sus criados. Eran tres, además de Roxy;

un hombre, una mujer, y un chico de doce años. No pertenecían a la misma familia. El señor Driscoll dijo:

—Ya os lo avisé antes. No ha servido de nada. Esta vez, os voy a dar una lección. Voy a vender al ladrón. ¿Cuál de vosotros es el culpable?

Todos se estremecieron ante la amenaza, porque tenían una buena casa y lo más probable era que la nueva fuera peor. La negativa fue general. Nadie había robado nada, dinero no, al menos, un poco de azúcar, de pastel o de miel, o algo como eso, que «el amo Percy no echaría de menos», sí, pero no dinero... ni siquiera un centavo. Todos fueron muy elocuentes en sus protestas, mas el señor Driscoll no se conmovió con ellas. A cada una contestaba con un severo:

—¡Nombrar el ladrón!

La verdad es que todos eran culpables, menos Roxana; ella sospechaba que los demás lo eran, pero no lo sabía. Le horrorizaba el pensar lo cerca que había estado de ser culpable ella; había sido salvada justo a tiempo por una renovación de la fe en la iglesia metodista de negros, quince días antes, en cuyo lugar y ocasión se había «vuelto religiosa». Al día siguiente de aquella graciosa experiencia, mientras su cambio de estilo estaba aún fresco y ella se enorgullecía de su pureza, su amo había dejado un par de dólares sin protección alguna sobre el escritorio, y ella sintió la tentación cuando lo limpiaba con un trapo. Miró un monto el dinero con resentimiento creciente y por fin estalló:

—¡Ojalá hubieran pospuesto quince días más esa condenada renovación!

Luego, cubrió la tentación con un libro, y otro miembro del gabinete de la cocina se quedó con ella. Había hecho el sacrificio por una cuestión de etiqueta religiosa; como algo necesario en aquel momento, pero que de ningún modo se debía considerar como precedente; no, su piedad duraría una semana o dos, luego volvería a ser racional, y los próximos dos dólares que se encontraran desamparados, encontrarían quién los amparara... y ella podía dar el nombre de su amparo.

¿Era mala? ¿Era peor que lo general en su raza? No. Habían tenido una suerte injusta en la batalla de la vida, y no consideraban que era un pecado cualquier ventaja militar que tomaran al enemigo... en pequeñeces; en cosas chicas, pero no en las grandes. Robaban provisiones de la despensa siempre que tenían oportunidad, o un dedal de metal, o un pan de cera, o un paquete de agujas, o una cucharilla de plata, un billete de un dólar, pequeñas prendas de vestir, o cualquier objeto de escaso valor; y al hacer eso estaban tan lejos de considerarlo un pecado, que iban a la iglesia y gritaban y rezaban tan alto y tan sinceramente como el que más, con el botín aún en los bolsillos. Los lugares

donde se ahumaban las carnes, en las granjas, tenían que ser cerrados con candado, porque el mismo diácono negro no podía resistir la tentación de un jamón cuando la Providencia le mostraba en un sueño, o de algún otro modo, dónde colgaba solitaria una cosa así, deseando que alguien le amara. Pero, aunque viera cien colgando delante de él, el diácono no se llevaría dos... es decir, esa misma noche. Las noches de helada, el merodeador negro calentaba el extremo de un tablón y lo ponía bajo las frías patas de los pollos que dormían en un árbol; una gallina soñolienta pasaba al cómodo tablón, cloqueando bajito su gratitud, y el merodeador la metía en su bolsa y luego en su estómago, perfectamente seguro de que al quitar esa nadería al hombre que le robaba a diario un inestimable tesoro (su libertad) no cometía ningún pecado que Dios podía recordar contra él el Día del Juicio.

—¡Nombrar al ladrón!

Por cuarta vez lo había dicho el señor Driscoll, y siempre con el mismo tono áspero. Y ahora, agregó estas horribles palabras:

—Os doy un minuto —y sacó su reloj—. Si al final de ese tiempo no habéis confesado, no solamente os venderé a los cuatro, ¡sino que os venderé RIO ABAJO!

¡Era lo equivalente a condenarlos al infierno! Ningún negro de Missouri lo dudaba. Roxy se tambaleó y el color desapareció de su cara; los otros cayeron de rodillas como si los hubieran herido de un tiro; las lágrimas asomaron a sus ojos, se alzaron las manos suplicantes, y las tres respuestas surgieron al instante:

—¡Yo lo hice!

—¡Yo lo hice!

—¡Yo lo hice! ..., tenga compasión, amo...; que el Señor tenga compasión de nosotros, ¡pobres negros!

—Muy bien —dijo el amo, dejando su reloj—, os venderé aquí aunque no lo merecáis. Os debería vender río abajo.

Los culpables se prosternaron, en un éxtasis de gratitud y le besaron los pies, declarando que nunca se olvidarían de su bondad ni dejarían de rezar por él mientras vivieran. Eran sinceros, porque como un Dios él había extendido su poderosa diestra y les había cerrado las puertas del infierno. Él mismo sabía que había hecho una cosa noble y graciosa, y estaba privadamente muy satisfecho de su magnanimidad; y aquella noche, apuntó el incidente en su diario, para que su hijo pudiera leerlo en años posteriores, y se sintiera impulsado por él a otros actos de bondad y humanidad.

Capítulo III

Roxy hace un cambio

Todo aquel que ha vivido lo suficiente para enterarse de lo que es la vida, sabe cuán grande es nuestra deuda de gratitud con Adán, el primer gran bienhechor de nuestra raza. Él trajo la muerte al mundo.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Percy Driscoll durmió muy bien la noche que salvó a sus esclavos de ser vendidos río abajo, pero los ojos de Roxy no conocieron el sueño. Un terror profundo se había apoderado de ella. Su hijo podía crecer y ser vendido río abajo. El pensamiento la enloquecía de horror. Si dormitaba y se olvidaba un momento, al siguiente se despertaba y volaba a la cuna de su hijo para ver si seguía allí. Luego, lo apretaba contra su corazón y vertía todo su amor sobre él, en un frenesí de besos, gemidos y llanto, diciendo.

—¡No, no lo harán... oh, no lo harán... tu pobre mami te matará antes!

Una vez, cuando lo dejaba de nuevo en su cuna, el otro bebé se agitó en sueños y atrajo su atención. Fue hacia él y se quedó largo rato mirándolo, y diciéndose a sí misma:

—¿Qué ha hecho mi pobre hijito, que no puede tener tu suerte? Él no ha hecho nada. Dios fue bueno contigo; ¿por qué no fue bueno con él? A ti no pueden venderte río abajo. Odio a tu papi; no tiene corazón... al menos, no lo tiene para los negros. ¡Le odio y podría matarlo! —hizo una pausa, pensativa; y luego estalló en furiosos sollozos de nuevo y se apartó, diciendo—: Oh, tengo que matar a mi hijo, no hay otro camino... matarlo, porque eso lo salvará de que lo vendan río abajo. Oh, tengo que hacerlo, tu pobre mami tiene que matarte para salvarte, tesoro —estrechó a su bebé contra su pecho, y empezó a cubrirlo de caricias—. Mami tiene que matarte... ¡cómo puedo hacerlo! Pero tu mami no te va a abandonar... no, no, vamos, no llores... va a irse contigo, se va a matar también ella. Ven, tesoro, ven con tu mami; vamos a tirarnos al río, y entonces se acabaron todas las penas de este mundo... en el otro no venden a los pobres negros río abajo.

Se dirigió hacia la puerta, arrullando al niño y haciéndolo callar; pero a la mitad del camino se detuvo de pronto. Se había fijado en su nuevo vestido de los domingos, una prenda barata de percal de cortinas, una conflagración de colores chillones de figuras fantásticas. Ella lo contempló con melancolía, amorosamente.

—Ni siquiera me lo he puesto aún —dijo—, y es precioso. —Luego meneó

la cabeza en respuesta a una idea agradable y agregó—: No, no voy a dejar que me saquen del río y que todos me vean vestida con estos andrajos miserables.

Dejó al bebé y se mudó. Se miró al espejo y se quedó asombrada de su belleza. Resolvió hacerse una perfecta toilette mortuoria. Se quitó el pañuelo-turbante y se peinó el brillante cabello «como las blancas»; luego, agregó unos cuantos trozos de cintas de colores brillantes y un ramito de horribles flores artificiales; por fin, se echó por los hombros una vaporosa prenda, llamada una «nube» en aquella época, que era de un tono rojo ardiente. Y estaba ya lista para la tumba.

Tomó de nuevo en brazos a su hijo; pero cuando sus ojos se fijaron en la miserable y corta camisita de estopa gris, y notó el contraste entre su pobreza oscura con la irrupción volcánica de los esplendores infernales de ella, su corazón de madre se conmovió y sintió vergüenza.

—No, nenito, tu mami no te va a tratar así. Los ángeles te van a admirar tanto como a tu mami. No voy a dejar que ellos se pongan la mano delante de los ojos y les digan a David y Goliat y a los demás profetas: «Este niño viene vestido con muy poca delicadeza para aquí».

Por aquel entonces le había quitado la camisa. Entonces, vistió a la desnuda criatura con uno de los largos y blanquísimos camisones de Thomas Becket, con sus lacitos azul claro y sus primorosos volantitos.

—Eah... ya estás arreglado. —Puso al niño en una silla y se apartó un poco para inspeccionarlo. Inmediatamente, sus ojos se dilataron de asombro y admiración, y batiendo palmas exclamó—: ¡Pero si eres mejor que todos!... Nunca pensé que fueras tan lindo. El amo Tommy no es más bonito... ni muchísimo menos.

Fue hacia el otro bebé y lo miró; después dirigió una mirada al suyo; luego, otra más al heredero de la casa. Entonces, una luz extraña brilló en sus ojos, y por un momento quedó absorta en sus pensamientos. Parecía como en trance; cuando salió de él, murmuró:

—Cuando los estaba bañando en la bañera, ayer, su propio papi me preguntó cuál era el suyo.

Empezó a moverse de un lado a otro como en sueños. Desnudó a Thomas Becket, quitándole todo lo que vestía y poniéndole la camisa de estopa. Puso su collar de coral al cuello de su hijo. Después, colocó un niño junto al otro, y después de inspeccionarlos seriamente, murmuró:

—¿Quién creería que la ropa puede cambiarlos así? Que me coma un gato si no me cuesta trabajo decir cuál es cual, para no hablar de su papi.

Puso a su cachorro en la elegante cuna de Tommy y dijo:

—Tú eres el amito Tommy a partir de ahora, y yo tengo que practicar y acostumbrarme a llamarte así, tesoro, o si no voy a cometer un error una vez y a meternos a los dos en un lío. Ea... ahora quédate tranquilo y no llores más, amito Tom...; Oh, gracias al buen Dios del cielo te salvé, ¡te salvé!... ¡ahora no hay ningún hombre que pueda vender al tesorito de la pobre mami río abajo!

Puso al heredero de la casa en la cuna de pino sin pintar de su hijo, y dijo, contemplando inquieta el cuerpecito dormido:

—Lo siento por ti, querido; lo siento, y Dios lo sabe..., pero ¿qué podía, qué podía hacer yo? Tu papi podía venderlo algún día, y entonces, él se iría río abajo, y yo no podría, no podría soportarlo.

Se tiró sobre su cama y empezó a pensar y revolverse en ella, a revolverse y pensar. Al cabo de un rato, se incorporó de pronto, porque un pensamiento consolador había acudido a su inquieto cerebro:

—¡No es un pecado... los blancos lo han hecho! No es un pecado, ¡bendito sea Dios, no lo es! Ellos lo han hecho... sí y ellos eran los de mejor calidad en todo, ¡eran los... reyes!

Empezó a reflexionar; estaba tratando de extraer de su memoria los borrosos detalles de una narración que había oído contar no sabía cuándo. Por fin dijo:

—Ahora lo recuerdo. Fue el viejo predicador negro el que lo contó, la vez que vino aquí desde Illinois y predicó en la iglesia de los negros. Dijo que nadie puede salvarse a sí mismo... no puede hacerlo por la fe, no puede hacerlo por el trabajo, no puede hacerlo de ningún modo. El único camino es el de la gracia, y esa no la da nadie más que el Señor; y él puede dársela a quien quiera, santo o pecador... no le importa. Hace lo que le parece. Elige al que más le gusta, y pone a otro en su lugar; le hace a uno feliz para siempre y deja que el otro se queme con Satanás. El predicador dijo que era igual que lo que hicieron en Inglaterra hace mucho tiempo. La reina dejó su bebé un día y se fue de visita; y una de las negras que había por allí y que era casi blanca, llegó y vio al niño abandonado y lo tomó y puso la ropa de su hijo al hijo de la reina, y luego dejó a su hijo allí y se llevó al hijo de la reina al barrio de los negros, y nadie se enteró de nada, y su hijo fue rey con el tiempo, y vendieron al hijo de la reina río abajo el día que tuvieron que repartir la herencia. Ea, eso es... el mismo predicador lo dijo, y no es un pecado, porque los blancos lo han hecho. Ellos lo han hecho... sí, ellos lo han hecho; y no eran gentes blancas comunes, sino las de mejor calidad que había. ¡Oh, me alegro tanto de haberlo recordado!

Se levantó justificada y feliz, fue a las cunas y se pasó la noche «practicando». Le daba a su hijo un azotito y decía, humilde:

—No te muevas, amito Tom —y después daba un buen azote al verdadero Tom y decía con severidad—:

¡Quédate quieto, Chambers! ..., ¿quieres que te dé una paliza?

Conforme progresaba con su práctica se fue sorprendiendo al ver de qué modo tan seguro y constante el respeto que hacía reverente su lengua y humildes sus maneras hacia su joven amo se transfería a sus maneras y modo de hablar al usurpador, y de qué modo similarmente fácil le resultaba el transferir su maternal sequedad de palabras y brusquedad de maneras al desgraciado heredero de la antigua casa de Driscoll.

Descansaba de cuando en cuando en su práctica y se absorbía en el cálculo de sus posibilidades.

—Hoy van a vender a esos negros por haber robado dinero, y luego comprarán otros que no conocen a los niños..., de modo que eso marcha bien. Cuando saque a los niños a tomar aire, en cuanto hayan doblado la esquina voy a mancharles la boca con mermelada, y entonces nadie notará que los he cambiado. Sí, voy a hacer eso hasta que no corra peligro, aunque tarde un año.

»No le tengo miedo más que a un hombre, y ese hombre es el Bobo Wilson. Lo llaman bobo y dicen que es un tonto. ¡Pero para mí ese hombre es tan tonto como yo! Es el hombre más inteligente del pueblo, si se saca al juez Driscoll, y tal vez a Pen Howard. ¡Qué hombre tan condenado y cómo me preocupa con esos malditos cristales suyos!; creo que es un brujo. Pero pienso ir por allí uno de estos días y decirle que creo que él quiere tomarle las huellas a los niños, otra vez; y si él no nota que los he cambiado, juraría que nadie va a notarlo, y entonces no corro peligro. Pero me parece que voy a llevar conmigo una herradura, para que me libre de las obras del brujo».

Los nuevos negros no le dieron ningún dolor de cabeza a Roxy, claro está. Su amo tampoco se lo dio, porque una de sus especulaciones corría peligro, y su mente estaba tan ocupada con ella que apenas si veía a los niños cuando los miraba, y lo único que tenía que hacer Roxy cuando él andaba por allí, era hacerlos reír a carcajadas; y él se iba antes de que el espasmo hubiera pasado y las criaturitas recobraran el aspecto humano.

Al cabo de unos días la suerte de las especulaciones se volvió tan dudosa que el señor Percy se fue con su hermano el juez para ver qué se podía hacer con ellas. Era una especulación con tierras, como de costumbre, que se había complicado con un proceso. Los hombres estuvieron fuera siete semanas. Antes de que volvieran, Roxy había hecho su visita a Wilson y había salido satisfecha. Wilson tomó las huellas y les puso unas etiquetas con la fecha (1 de

octubre), las guardó cuidadosamente y siguió hablando con Roxy, quien parecía muy deseosa de que admirara lo mucho que habían avanzado sus bebés, en tamaño y belleza, desde que les tomó las huellas, un mes antes. Él la felicitó por lo mucho que habían mejorado, dejándola contenta; y como no tenían ningún disfraz de mermelada ni suciedad, ella tembló todo el tiempo y se asustó muchísimo, porque en cualquier momento...

Pero no. Él no descubrió nada; y ella se marchó a su casa jubilosa y abandonó de modo permanente todas las preocupaciones de su cerebro.

Capítulo IV

Los niños crecen

Adán y Eva tuvieron muchas ventajas, pero la principal fue que no sufrieron la dentición.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Siempre hay un problema cuando se trata de las providencias especiales..., es decir, que siempre queda la duda acerca de quién estaba destinado a ser el beneficiario. En el caso de los niños, los osos y el profeta, los osos extrajeron mayor satisfacción del episodio que el profeta, porque se comieron a los niños.

—Del Calendario del Bobo Wilson.

De aquí en adelante, esta historia tiene que acomodarse al cambio realizado por Roxana, y llamar al heredero real «Chambers» y al esclavo usurpador «Thomas Becket», cortando el nombre para su uso diario, y llamándolo «Tom» como hacía todo el mundo.

«Tom» fue un mal bebé desde el comienzo de la usurpación. Lloraba por nada; estallaba en furiosos ataques de mal genio sin aviso alguno, lanzando grito tras grito y chillido tras chillido, coronándolo todo «conteniendo el aliento»... esa espantosa especialidad del niño que está echando los dientes, y durante la cual la criatura vacía sus pulmones y luego, entre convulsiones, patadas y esfuerzos trata de recobrar el aliento, mientras sus labios se vuelven azules y la boca se abre, rígida, ofreciendo a nuestra inspección un diente diminuto que asoma en el borde inferior de un círculo de rojas encías; y cuando esa espantosa inmovilidad ha durado lo suficiente y uno está seguro de que no va a recobrar ya el aliento, una niñera acude corriendo, le echa agua a la cara al niño, y... ¡presto!, los pulmones se llenan e, inmediatamente descargan un grito, o un chillido, o un aullido que destroza el oído del que escucha y lo sorprende haciéndole decir palabras que no irían muy bien con un

halo, si lo tuviera. El bebé Tom arañaba a cualquiera que se pusiera al alcance de sus uñas, y golpeaba a todos los que podía alcanzar con su sonajero. Pedía agua a gritos, hasta que se la daban, y entonces, tiraba al suelo la taza llena y pedía más a gritos. Le permitían todos sus caprichos por molestos y exasperantes que fueran; lo dejaban comer lo que quería, en particular aquellas cosas que le daban dolor de estómago.

Cuando tuvo edad suficiente para gatear y decir palabras con media lengua, cuando se dio una idea de para qué servían las manos, fue más insoportable que nunca. Roxy no podía descansar mientras estaba despierto. La llamaba por todo y cualquier cosa que veía, diciendo simplemente un «¡Quielo!», (lo quiero) que era una orden. Cuando se lo traían, exclamaba furioso y rechazándolo con las manos «¡No quielo! ¡No quielo!», y en cuanto lo retiraban empezaba a chillar frenético, «¡Quielo! ¡Quielo!», y Roxy tenía que tener alas en los talones para llevarle de nuevo la cosa, antes de que tuviera tiempo de cumplir con sus intenciones y empezar a convulsionarse por ella.

Lo que prefería por encima de todo eran las tenazas. No sólo porque su «padre» había prohibido que se las dieran por miedo a que rompiera los cristales o los muebles con ellas. En cuanto Roxy le volvía la espalda, iba hasta las tenazas y decía, «¡Me gustan!», mirando con el rabillo del ojo para ver si Roxy le observaba; luego, «¡Quielo!», y otra mirada furtiva; después, «¡Dame!», mirando una vez más, y finalmente, «¡Tomo!», y el premio era suyo. Un instante después, alzaba el pesado instrumento; al siguiente, se oía un golpe y un chillido, y el gato huía en tres patas para acudir a una cita. Roxy llegaba justo en el momento en que la lámpara o la ventana se rompían irremediablemente.

Tom recibía todas las caricias, Chambers, ninguna. Tom recibía todos los bocados delicados, Chambers gachas de harina de maíz y leche, y cuajada sin azúcar. Como consecuencia de eso, Tom era un niño enfermizo, y Chambers, no. Tom era «díscolo», como lo llamaba Roxy, y dominante; Chambers, dócil y humilde.

A pesar de su espléndido sentido común y de su inteligencia práctica, Roxy era una madre estúpida y excesivamente amante. Lo era porque se trataba de su hijo... y también por algo más; de acuerdo a la ficción creada por ella misma, se había convertido en su amo; la necesidad de reconocer exteriormente esta relación y de perfeccionarse de acuerdo a las formas requeridas para expresar ese reconocimiento, le habían llevado a tal diligencia y celo en la práctica de esas formas que el ejercicio se convirtió muy pronto en hábito; se hizo automático e inconsciente; luego, produjo un resultado natural; los engaños ideados sólo para los demás se fueron volviendo de modo gradual autoengaños; la reverencia fingida, se convirtió en reverencia real, la

obsequiosidad fingida en real obsequiosidad, el homenaje falso en homenaje real; la pequeña brecha de la separación entre el esclavo de imitación y el amo de imitación se fue ensanchando y ensanchando, y se convirtió en un abismo, y un abismo muy real... y en uno de sus lados se encontraba Roxy, la víctima de sus propios engaños, y en el otro su hijo, que ya no era un usurpador para ella, sino su amo reconocido y aceptado. Era su cariño, su amo y su deidad todo en uno, y en la adoración que le prestaba se olvidaba de lo que era ella y de lo que había sido él.

Durante su primera infancia, Tom pegó, golpeó y arañó a Chambers sin que nadie lo riñera, y Chambers aprendió muy pronto que entre soportarlo con docilidad o con resentimiento, la primera era la mejor política de todas. Las escasas veces que las persecuciones de Tom lo habían exasperado más allá de todo control y le había hecho pelear a su vez, le habían costado muy caras; no a manos de Roxy, porque ella no pasaba nunca de reprenderlo severamente por «olvidarse de quién era el amito», y sus castigos no llegaron nunca más allá de un buen pescozón. No, Percy Driscoll era el que lo castigaba. Le dijo a Chambers que, bajo ninguna clase de provocación tenía derecho a alzar la mano contra su amito. Chambers pasó la línea tres veces, y las tres recibió una serie tan convincente de bastonazos de manos del hombre que era su padre sin saberlo, que después de aquello aceptó con toda humildad las crueldades de Tom y no hizo más experimentos.

Fuera de la casa los dos niños estuvieron juntos durante toda su niñez. Chambers era muy fuerte para sus años y un buen luchador; fuerte porque lo alimentaban de modo grosero y le hacían trabajar mucho en la casa, y un buen luchador porque Tom le daba muchas ocasiones de practicar... con los chicos blancos a los que odiaba y temía a la vez. Chambers era su constante protector en la ida y vuelta de la escuela; estaba presente en el patio durante el recreo, para proteger a su amo. Conquistó una reputación tan formidable, con el tiempo, que Tom podría haber cambiado de ropa con él para «cabalgar en paz», como Sir Kay con la armadura de Lanzarote.

Además, descollaba en los juegos de habilidad. Tom le proporcionaba bolitas para que jugara con ellas, y luego se quedaba con sus ganancias. En invierno, Chambers estaba siempre dispuesto, vestido con ropas viejas de Tom, con sus mitones rojos, los zapatos viejos y los pantalones gastados en las rodillas y los fondillos, para tirar cuesta arriba del trineo para que Tom, bien abrigado, bajara con él; pero nunca podía bajar en el trineo. Hacía hombres de nieve y fortificaciones bajo las instrucciones de Tom. Era el paciente blanco de Tom cuando éste quería lanzar algunas bolas de nieve, pero el blanco no pedía tirarlas a su vez. Chambers llevaba al río los patines de Tom y se los sujetaba, y luego trotaba junto a él sobre el hielo, para estar a mano cuando lo necesitaran; pero ni siquiera le pedían que probara una vez los patines.

En el verano, el pasatiempo favorito de los chicos de Dawson's Landing era robar manzanas, duraznos y melones de los carros de fruta de los granjeros... principalmente por el riesgo que corrían de que les partieran la cabeza con el mango del látigo del granjero. Tom era un distinguido adepto de esos robos... por poder. Chambers robaba por él, y recibía como su parte los huesos de los duraznos, los corazones de las manzanas y las cáscaras de los melones.

Tom obligaba a Chambers a ir a nadar con él, y quedarse cerca como protección. Cuando Tom tenía ya suficiente, salía y hacía unos nudos en la camisa de Chambers, metía los nudos en el agua para que se endurecieran y fueran difíciles de deshacer, y luego se vestía y se quedaba sentado y riéndose, viendo cómo el tembloroso y desnudo chico tiraba de los tercios nudos con los dientes.

Tom le gastaba todas esas malas pasadas a su humilde compañero en parte por maldad nativa, y en parte porque le odiaba por sus superioridades en físico y valor, y por sus muchas habilidades. Tom no podía tirarse al agua porque eso le daba terribles dolores de cabeza. Chambers podía hacerlo sin que le pasara nada, y le gustaba, además. Un día, excitó tanta admiración entre un grupo de chicos blancos, dando saltos mortales desde la popa de una canoa, que Tom se hartó y, por fin empujó la canoa bajo Chambers, mientras éste estaba aún en el aire... de modo que dio con la cabeza contra el fondo de la canoa; y mientras yacía inconsciente, varios de los adversarios de Tom vieron que se les presentaba una oportunidad largo tiempo deseada, y le dieron al falso heredero una paliza tal que, a pesar de toda la ayuda de Chambers, casi no pudo arrastrarse después hasta su casa.

Cuando los chicos tenían quince o más años, Tom presumía un día en el río cuando tuvo un calambre y gritó pidiendo ayuda. Era una estratagema común entre los muchachos (en particular si había un forastero presente) el fingir que sentían un calambre y pedir ayuda a gritos; luego, cuando el forastero acudía corriendo para rescatarlo, el que pedía ayuda seguía gritando y luchando hasta que estaba muy cerca, y entonces reemplazaba el aullido por una sonrisa sarcástica y se alejaba nadando con tranquilidad, mientras los demás chicos del pueblo lanzaban sobre el pobre engañado una descarga de risas y burlas. Tom no había probado todavía aquella broma, pero supusieron que lo estaba haciendo, de modo que los demás muchachos se mantuvieron a la expectativa; pero Chambers que creía que su amo hablaba en serio, nadó hasta él y, desgraciadamente, llegó a tiempo para salvarle la vida.

Aquello fue el colmo de los colmos. Tom había conseguido soportar todo lo demás, pero el tener que quedar pública y permanentemente obligado de aquel modo a un negro, y a aquel negro entre todos los negros... era demasiado. Cubrió de insultos a Chambers por «fingir» que creía que él pedía

en serio ayuda, y agregó que cualquiera que no fuera un negro estúpido habría comprendido que lo hacía en broma y lo habría dejado en paz.

Los enemigos de Tom eran muchos entonces, de modo que expusieron con toda libertad sus opiniones. Se rieron de él, y lo llamaron cobarde, mentiroso, traicionero y otras cuantas cosas amables, y le dijeron que después de aquello pensaban llamar a Chambers con otro nombre, que iban a dar a conocer a todo el pueblo («El papá negro de Tom Driscoll») significando con eso que había nacido por segunda vez, y que Chambers era el autor de esa nueva vida. Tom se puso frenético con aquello y gritó:

—Rómpeles la cabeza, Chambers, rómpelos la cabeza. ¿Por qué te quedas ahí con las manos en los bolsillos?

Chambers protestó, diciendo:

—Pero, amo Tom, son muchos... son...

—¿Me oyes?

—¡Por favor, amo Tom, no me obligue! Son muchos y...

Tom saltó hacia él y le hincó una o dos veces su cortaplumas, antes de que los muchachos pudieran arrebatárselo y darle al herido una posibilidad de escapar. Estaba bastante lastimado, pero no gravemente. Si la hoja hubiera sido un poco más larga, su carrera habría terminado allí.

Hacía tiempo que Tom le había enseñado cuál era su «lugar» a Roxy. Habían pasado muchos años sin que ella aventurara una caricia o una frase cariñosa con él. A Tom le repugnaban esas cosas, procedentes de una «negra», y le había prevenido que debía mantener su distancia y recordar quién era. Ella veía cómo su tesoro dejaba gradualmente de ser su hijo, veía desaparecer del todo ese detalle; lo único que quedaba era el amo... un amo puro y simple, y ni siquiera un amo bondadoso. Se veía descendiendo de las sublimes alturas de la maternidad a las profundidades sombrías de la esclavitud. El abismo que la separaba de su hijo era completo. Ahora, no era más que su objeto, su conveniencia, su perro, su esclava abyecta e inerme, la víctima humilde y pasiva de su caprichoso mal humor y su viciosa naturaleza.

A veces no podía dormir, aunque la derribara la fatiga, porque las experiencias diarias con su hijo le hacían hervir de rabia. Y solía gruñir y murmurar para sí:

—Me pegó y yo no tenía la culpa de nada... me pegó en la cara, delante de los demás. Y siempre me está llamando negra, y perra y toda clase de insultos, cuando yo hago todo lo que puedo por él. ¡Oh, Dios mío!, he hecho tanto por él... lo elevé hasta el lugar donde está... y ese es el pago que me da.

A veces cuando alguna ofensa particularmente ultrajante le hería hasta el

corazón, trazaba planes de venganza y gozaba con el imaginario espectáculo de su exposición ante el mundo como un impostor y un esclavo; pero en medio de esas alegrías, sentía miedo; lo había hecho a él demasiado fuerte; ella no podía probar nada, y... ¡Dios santo, hasta podían venderla río abajo por eso! De modo que sus planes siempre terminaban en nada, y los abandonaba llena de rabia impotente por su destino, y contra sí misma por haber hecho aquella tontería aquel fatal día de septiembre, sin procurarse un testigo que pudiera usar el día en que necesitara tal cosa para calmar la sed de venganza de su corazón.

Y sin embargo, en cuanto Tom era por casualidad bueno con ella, y cariñoso (algo que ocurría de cuando en cuando) todas sus heridas se curaban y era feliz; se sentía feliz y orgullosa, porque aquél era su hijo, su hijo negro, haciendo de señor entre los blancos y vengando los crímenes contra su raza.

En aquel otoño... el otoño de 1845 hubo dos grandes entierros en Dawson's Landing. Uno fue el del coronel Cecil Burleigh Essex, y el otro el de Percy Driscoll.

En su lecho de muerte, Driscoll dio la libertad a Roxy y entregó a su idolatrado hijo, de modo ostensible y solemne al cuidado de su hermano, el juez, y su esposa. Aquel matrimonio sin hijos se alegró de tenerlo. Las gentes sin hijos no son difíciles de conformar.

El juez Driscoll había ido a ver privadamente a su hermano, un mes antes, y había comprado a Chambers. Se había enterado de que Tom trataba de convencer a su padre para que vendiera al muchacho río abajo, y quería impedir el escándalo... porque el sentimiento público no aprobaba ese modo de tratar a los servidores de la familia por una causa pequeña o sin ella.

Percy Driscoll se había agotado tratando de salvar sus grandes propiedades especulativas, y había muerto sin conseguirlo. Apenas acababan de enterrarlo, cuando el auge se vino abajo y su joven y hasta entonces envidiado heredero quedó convertido en un mendigo. Pero eso no era nada; su tío le dijo que iba a ser su heredero y que tendría toda su fortuna cuando él muriera; de modo que Tom se consoló.

Roxy no tenía ahora hogar; por eso, resolvió despedirse de sus amigos y luego marcharse de allí y ver mundo... es decir, que iba a ser camarera de un vapor del río, la ambición favorita de su raza y sexo.

Su última visita fue al gigante negro, Jasper. Lo encontró partiendo la provisión de leña para el invierno del Bobo Wilson.

Wilson charlaba con él cuando llegó Roxy. Le preguntó cómo tenía valor para irse a trabajar como camarera, dejando a los muchachos, y en broma le ofreció copiarle una serie de sus huellas dactilares, que llegaban hasta los doce

años, para que los recordara por ellas; pero Roxy se puso seria en seguida, y se preguntó si él sospechaba algo; luego le contestó que le parecía que no las quería. Wilson se dijo para sí, «La gota de sangre negra le dicta esa superstición; cree que hay algo propio del diablo, alguna brujería en ese misterio de mis cristales; antes solía venir con una herradura en la mano; puede haber sido un accidente, pero lo dudo».

Capítulo V

Los gemelos entusiasman a Dawson's Landing

La enseñanza lo es todo. El durazno fue en otros tiempos una almendra amarga; la coliflor no es más que una col con educación universitaria.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Una observación del Dr. Baldwin con respecto a los advenedizos. No queremos comer setas envenenadas que se tienen por trufas.

—Del Calendario del Bobo Wilson.

La señora York Driscoll gozó dos años de felicidad con su adquisición, Tom..., una felicidad algo turbada a veces, es cierto, pero felicidad de todos modos; luego murió y su hermano y su hermana sin hijos, la señora Pratt, continuaron siendo felices como antes. Tom era mimado, querido y tolerado; todo lo quería... o casi todo. Eso siguió así hasta que cumplió los diecinueve años y lo enviaron a Yale. Se fue perfectamente equipado para los exámenes, pero aparte de eso no se distinguió mucho allí. Estudió dos años en Yale y luego abandonó la lucha. Volvió a casa con unas maneras muy mejoradas; había perdido su grosería y brusquedad, y ahora era suave y agradablemente amable; era furtivo y a veces abiertamente irónico en su modo de hablar, amigo de herir en lo vivo a los demás, pero lo hacía con un aire bonachón y distraído que le impedía meterse en líos por eso. Seguía siendo tan intolerante como antes y no demostraba un interés serio por buscarse una ocupación. La gente decía que prefería que lo mantuviera su tío, hasta que los zapatos de su tío quedaran vacíos. Trajo consigo una o dos costumbres nuevas, una de las cuales practicaba abiertamente (beber), mientras que ocultaba la otra, que era jugar. No convenía que se supiera que jugaba mientras su tío viviera; y él lo sabía muy bien.

La urbanidad del Este que trajo Tom no era muy popular entre los jóvenes. Podrían haberla soportado, quizá, si Tom no hubiera pasado de eso; pero usaba guantes y ellos no podían aguantarlo y no lo aguantaron; de modo que no trataba casi con nadie. Había traído con él unos trajes de un estilo, corte y

moda tan exquisitos (la moda del Este, la moda de la ciudad) que llenaron a todos de angustia y fueron considerados como una afrenta particularmente descarada. Él gozaba con la sensación que provocaba y se paseaba por el pueblo, sereno y feliz, el día entero; pero los jóvenes hicieron que un sastre trabajara toda la noche, y cuando Tom salió a lucirse al día siguiente vio al viejo y deforme pregonero negro que lo seguía vestido con una burlona y exagerada imitación de su ropa, hecha en percal de cortinas e imitando sus gracias lo mejor que podía.

Después de aquello, Tom se rindió y se vistió a la manera local. Pero el tranquilo pueblecito lo aburría desde que había conocido lugares más animados, y cada día le iba aburriendo más. Empezó haciendo pequeños viajes a St. Louis para entretenerse. Allí encontró compañías de su agrado, y placeres a su gusto, aparte de mucha más libertad, en ciertos aspectos, de la que tenía en su casa. Por eso, durante los dos años siguientes sus visitas a la ciudad se fueron haciendo más frecuentes y su permanencia en ella fue aumentando cada vez más.

Estaba metiéndose en aguas demasiado profundas. Se estaba arriesgando privadamente, y eso podía darle disgustos un día... y en efecto, se los dieron.

El juez Driscoll se había retirado de la magistratura y de todas las actividades comerciales en 1850, y ahora llevaba tres años cómodamente ocioso. Era presidente de la Sociedad de Librepensadores, y el Bobo Wilson era el otro miembro. Las discusiones semanales de la sociedad eran ahora el principal interés en la vida del viejo abogado. Wilson seguía trabajando oscuramente en el último peldaño de la escala, abrumado aún por la desgraciada observación que hiciera veintitrés años atrás acerca del perro.

El juez Driscoll era su amigo y proclamaba que tenía una inteligencia superior a la común, pero eso se miraba sólo como uno de los caprichos del juez y no conseguía modificar la opinión general. O, mejor dicho, era una de las razones por la que no lo conseguía, pues había otra y mejor aún. Si el juez se hubiera limitado a hacer esa afirmación, habría producido mucho más efecto; pero cometió el error de tratar de probar su posición. Durante varios años Wilson había estado trabajando en privado en un almanaque humorístico, para su entretenimiento... un calendario con algunos toques de ostensible filosofía, por lo general de forma irónica, como apéndice de cada fecha; y el juez pensaba que aquellas frases de Wilson estaban bien escritas y eran ocurrentes. Por eso, un día se llevó un puñado de ellas y se las leyó a algunos de los vecinos más importantes. Mas la ironía no era para esas gentes; su visión mental no estaba acostumbrada a ella. Leyeron aquellas frasecitas burlonas muy en serio, y decidieron sin vacilación que si les hubiera quedado la menor duda de que Dave Wilson era un bobo (que no les quedaba) aquella revelación hubiera acabado con la duda de una vez por todas. Así son las cosas

en este mundo: un enemigo puede arruinar en parte a un hombre, pero hace falta un buen amigo bondadoso y de poco juicio para completar la cosa y hacerla perfecta. Después de aquello, el juez sintió más simpatía que nunca por Wilson, y quedó más convencido que nunca de que su calendario tenía mérito.

El juez Driscoll podía ser librepensador y ocupar a pesar de eso un lugar en sociedad, porque era la persona más importante de la comunidad, y por lo tanto podía elegir el camino que quería y tener las ideas que se le antojaran. El otro miembro de su organización favorita gozaba de la misma libertad porque era un cero en la estima pública, y nadie le daba ninguna importancia a lo que hacía o decía. Lo apreciaban, lo recibían bien en todas partes, pero simplemente no contaba para nada.

La viuda Cooper (afectuosamente llamada por todos «Tía Patsy») vivía en una casita linda y cómoda con su hija Rowena, de diecinueve años, romántica, amable y muy bonita, pero aparte de eso de poca importancia. Rowena tenía un par de hermanos... también sin importancia.

La viuda tenía una gran sala que alquilaba a un huésped, con pensión, cuando podía encontrarlo, pero con gran pesar suyo, la habitación llevaba más de un año desocupada. Su renta sólo cubría las necesidades de la familia, y ella necesitaba el dinero del huésped para sus pequeños lujos. Pero ahora, por fin, en un ardiente día de julio, se sentía feliz; su tediosa espera había terminado, su anuncio de hacía un año había recibido respuesta y no de un vecino del pueblo, ¡oh, no!... la carta aquella venía de mucho más allá del gran mundo lejano y oscuro del norte; era de St. Louis. Se sentó en el porche mirando con ojos que no veían la brillante extensión del poderoso Misisipi, con la mente absorta en su buena fortuna. En realidad, era una fortuna especialmente buena, pues se trataba de dos huéspedes en vez de uno.

Le había leído la carta a su familia, y Rowena se había alejado bailando para encargar a Nancy, la esclava, que limpiara y aireara la habitación, mientras los chicos corrían al pueblo para dar a todos la gran noticia, porque se trataba de un asunto de interés público, y el público se asombraría y no se quedaría contento si no lo informaban. Al cabo de un rato, Rowena regresó, toda ruborizada de alegre excitación, y le rogó que volviera a leerle la carta. Decía lo siguiente:

HONORABLE SEÑORA: Mi hermano y yo hemos visto, por casualidad, su anuncio, y le rogamos nos reserve la habitación que ofrece. Tenemos veinticuatro años de edad y somos gemelos. Somos italianos de nacimiento, pero hemos vivido mucho tiempo en diversos países de Europa, y varios años en los Estados Unidos. Nuestros nombres son Luigi y Angelo Capello. Usted deseaba sólo un huésped; pero, apreciada señora, si nos permite que le

paguemos por dos, no le molestaremos en nada. Llegaremos al pueblo el jueves.

—¡Italianos! ¡Qué romántico! Imagínate, mamá... nunca ha habido uno en este pueblo, todos se morirán de ganas de verlos, ¡y van a ser nuestros! ¡Piensa en eso!

—Sí, creo que van a causar mucha impresión.

—Oh, claro que sí. ¡Van a revolucionar a todo el pueblo! Imagínate... ¡han estado en Europa y en todas partes! Nunca hubo hasta ahora un viajero en el pueblo. Mamá, ¡no me extrañaría que hubieran visto a reyes!

—Bueno, no puedo decir que sí ni que no; pero van a causar mucha impresión sin eso.

—Sí, desde luego. Luigi... Angelo. Son unos nombres preciosos; y tan elegantes y tan extranjeros... no se parecen en nada a Robinson, Jones o algo por el estilo. Vienen el jueves y estamos a martes; es una espera cruel de larga. Ahí está el juez Driscoll en la puerta. Ha debido enterarse. Voy a ir a abrirle.

El juez estaba lleno de felicitaciones y curiosidad. Se leyó y discutió la carta. Al cabo de un rato llegaba Justice Robinson con más felicitaciones, y hubo una nueva lectura y una nueva discusión. Aquello fue el comienzo. Fueron seguidos por un vecino tras otro, de ambos sexos, y el desfile duró todo el día y la noche, y también el miércoles y el jueves. La carta fue leída y releída hasta que se gastó casi el papel; todo el mundo admiró su tono gracioso y cortés, su estilo fácil y suave, todo el mundo se mostró lleno de simpatía y excitación, y los Cooper se sintieron felices todo el tiempo.

En aquellas épocas primitivas los barcos no eran muy seguros con marea baja. Aquel día, el vapor de los jueves no había llegado a las diez de la noche... de modo que la gente esperó en vano todo el día en el embarcadero; una violenta tormenta los obligó a volver a sus casas sin haber visto a los ilustres extranjeros.

Dieron las once y la casa de los Cooper era la única del pueblo que tenía aún las luces encendidas. La lluvia y los truenos no habían cesado, y la inquieta familia seguía esperando y esperando. Por fin, llamaron a la puerta y la familia corrió a abrir. Entraron dos negros, llevando cada uno de ellos un baúl y subieron con ellos a la habitación de los huéspedes. Luego entraron los gemelos... el par de muchachos más bien parecidos, mejor vestidos y de aspecto más distinguido que había visto el Oeste. Uno era un poco más rubio que el otro, pero aparte de eso era un duplicado exacto.

Capítulo VI

Momentos de gloria

Esforcémonos por vivir de tal modo que, cuando nos llegue el momento de morir hasta el enterrador nos tenga lástima.

—Del calendario del Bobo Wilson.

La costumbre es una costumbre, y ningún hombre debe tirarla por la ventana, sino ayudarle a subir los escalones uno a uno.

—Del Calendario del Bobo Wilson.

A la mañana siguiente, en el desayuno, las encantadoras maneras de los gemelos y su cortesía les granjearon con rapidez la simpatía de la familia. La reserva y la formalidad desaparecieron en seguida, siendo reemplazadas por los más amistosos sentimientos. La tía Patsy los llamó por sus nombres casi desde el principio. Estaba llena de curiosidad acerca de ello y se le notaba; y ellos respondieron hablando de sí mismos, lo que le agradó grandemente. No tardaron en saber que en su adolescencia habían conocido la pobreza y las privaciones. Mientras continuaba la conversación, la anciana iba buscando el momento oportuno para hacerles una o dos preguntas con respecto a eso, y cuando lo encontró le dijo al gemelo rubio que se encargaba ahora de su biografía, mientras descansaba el moreno:

—Si no pregunto lo que no debo preguntar, señor Angelo, ¿por qué razón se quedaron sin amigos y en tan mala situación cuando eran chicos? ¿Le importa decírmelo? Pero no lo haga si no quiere.

—Oh, no nos importa en absoluto, señora; en nuestro caso fue una simple desgracia, de la que nadie tuvo la culpa. Nuestros padres eran gente rica, en Italia, y nosotros sus únicos hijos. Perteneíamos a la antigua nobleza florentina —el corazón de Rowena dio un salto, se le dilataron las alillas de la nariz, y una hermosa luz brilló en sus ojos— y cuando estalló la guerra, mi padre estaba entre los que perdieron y tuvo que huir para salvar la vida. Le confiscaron sus propiedades, se apoderaron de sus pertenencias y nos vimos en Alemania, extranjeros, sin amigos y pobres totalmente. Mi hermano y yo teníamos diez años y estábamos bien educados para esa edad, porque éramos estudiosos y muy amigos de los libros, y conocíamos bien el alemán, el francés, el español y el inglés. Además, éramos unos maravillosos prodigios musicales... si me permite decirlo, puesto que no es más que la verdad.

»Nuestro padre sobrevivió sólo un mes a nuestras desgracias, nuestra madre no tardó en seguirlo, y nos vimos solos en el mundo. Nuestros padres podrían haber vivido cómodamente exhibiéndonos en la escena, y habían

recibido muy buenos ofrecimientos; pero la idea repugnaba a su orgullo, y dijeron que antes preferían morir de hambre. Pero lo que ellos no consintieron en hacer, nosotros tuvimos que hacerlo sin la formalidad de su consentimiento. Estábamos acosados de deudas ocasionadas por sus enfermedades y entierros, y nos hicieron trabajar en un teatro barato de Berlín para liquidarlas. Tardamos dos años en salir de aquella esclavitud. Viajamos por toda Alemania sin recibir honorarios, y sin ganar siquiera lo necesario para nuestro sustento. Nos exhibían por nada, y debíamos mendigar nuestro pan.

»Bueno, señora, el resto no es muy importante. Cuando escapamos de aquella esclavitud teníamos doce años, pero éramos, en muchos aspectos, hombres. La experiencia nos había enseñado algunas cosas muy valiosas, entre ellas, cómo cuidar de nosotros mismos, cómo evitar y derrotar a los usureros y timadores, y cómo conducir nuestra profesión en provecho nuestro y sin la ayuda de los demás. Viajamos por todo el mundo, año tras año, aprendiendo palabras de lenguas extrañas, familiarizándonos con paisajes extraños y extrañas costumbres, acumulando una educación de una clase amplia, curiosa y variada. Era una vida agradable. Fuimos a Venecia, Londres, París, Rusia, India, China, Japón...».

En aquel punto, Nancy, la esclava, asomó la cabeza por la puerta y exclamó:

—¡Señora, la casa está llenita de gente, y todos ellos desean ver a los caballeros! —indicó con la cabeza a los gemelos, y volvió a desaparecer.

Era una ocasión orgullosa para la viuda, que se prometía muchas satisfacciones luciendo a sus elegantes extranjeros delante de sus vecinos y amigos... gentes sencillas que casi no habían visto un extranjero de clase alguna, y nunca un extranjero distinguido. Pero sus sentimientos eran moderados comparados con los de Rowena. Rowena andaba por las nubes, caminaba en el aire; aquél iba a ser el día más importante, el episodio más romántico en la vida bastante incolora de aquel aburrido pueblo. Y ella iba a estar familiarmente cerca del origen de su gloria y a sentirse invadida por toda la fuerza de su corriente; las otras muchachas sólo podían mirar y envidiar, sin tomar parte en aquello, La viuda estaba lista, Rowena estaba lista, y los extranjeros también.

Los cuatro fueron hacia el vestíbulo, con los gemelos delante, y entraron por la puerta abierta en la sala, de donde salía un rumor de conversaciones. Los gemelos se quedaron junto a la puerta, con la viuda al lado de Luigi, y Rowena al lado de Angelo, y las presentaciones empezaron. La viuda era toda sonrisas y contento. Recibía a los que desfilaban y se los pasaba a Rowena.

—Buenos días, hermana Cooper —un apretón de manos.

—Buenos días, hermano Higgins... el conde Luigi Capello, el señor Higgins —otro apretón de manos, seguido de una mirada devoradora y un—... Encantado de conocerlo —de parte de Higgins, y una cortés inclinación de cabeza y un agradable—... ¡Mucho gusto! —de parte del conde Luigi.

—Buenos días, Rowena —apretón de manos.

—Buenos días, señor Higgins... le presento al conde Angelo Capello —apretón de manos y mirada admirativa—... ¡Encantado de conocerlo!... —cortés inclinación de cabeza, un sonriente—... ¡Mucho gusto! —y Higgins seguía adelante.

Ninguno de los visitantes se sentía cómodo pero, como eran gentes francas, no pretendían estarlo. Ninguno de ellos había visto antes una persona con título de nobleza, y nadie esperaba ver una ahora, por lo tanto, el título les hacía el efecto de una tremenda sorpresa que los pillaba desprevenidos. Unos cuantos trataron de estar a la altura de las circunstancias, y pronunciaron un torpe «Milord» o algo por el estilo, pero la gran mayoría se quedaron abrumados por la palabra, tan poco acostumbrada, con sus borrosas y horribles asociaciones de doradas cortes, ceremonias palaciegas y reyes ungidos, de modo que sólo pudieron darles un torpe apretón de manos y seguir adelante sin decir palabra. De cuando en cuando, como sucede en las recepciones de todas partes, alguien más amable de lo ordinario, interceptaba el desfile y hacía esperar a los demás mientras les preguntaba a los hermanos si les gustaba el pueblo, y cuánto tiempo iban a quedarse en él, si su familia estaba bien, y luego hablaban del tiempo, esperando que refrescaría dentro de poco y cosas por el estilo, para poder decir cuando volvieran a casa, «Tuve una larga conversación con ellos»; pero nadie dijo ni hizo nada desagradable, de modo que la gran recepción llegó a su fin de un modo altamente digno y satisfactorio.

Hubo luego una conversación general, y los gemelos fueron de un grupo a otro, hablando con facilidad y naturalidad y granjeándose la aprobación, la admiración y el favor de todos. La viuda seguía su marcha triunfante con ojos orgullosos y, de cuando en cuando, Rowena se decía para sí con profunda satisfacción: «¡Y pensar que son nuestros..., todo nuestros!».

No hubo momentos de descanso para la madre y la hija. Todo el tiempo se vertían en sus encantados oídos ansiosas preguntas con respecto de los gemelos; cada una de ellas era el centro constante de un grupo de atentos oyentes; cada una reconoció que ahora sabía por primera vez lo que significaba en realidad esa gran palabra Gloria, percibía su estupendo valor, y comprendía por qué los hombres de todos los tiempos habían estado dispuestos a desechar la mezquina felicidad, las riquezas, la vida misma, aunque sólo fuera por probar un instante su sublime y suprema dicha. Ahora se

explicaban a Napoleón y a todos los de su clase... y los justificaban.

Cuando Rowena hubo cumplido por fin con sus obligaciones con todas las gentes de la sala, fue arriba para satisfacer los anhelos de los que se habían reunido allí, porque la sala no era lo suficientemente grande para contener todas las visitas. De nuevo fue asediada por preguntas ansiosas y de nuevo la bañaron los rayos del sol de la gloria. A media tarde reconoció, con una punzada de dolor, que aquel episodio, el más espléndido de su vida, había terminado casi, que nada podía prolongarlo, que nada comparable a él podía sucederle de nuevo. Mas no le importó, era suficiente por sí solo, aquella gran ocasión había ido ascendiendo desde el principio y era un acontecimiento noble y memorable. Si los gemelos hicieron algo para coronar todo aquello, algo extraño, algo asombroso, algo que concentrara en ellos la más elevada admiración de los presentes, algo parecido a una sorpresa eléctrica...

Entonces, se oyó un ruido prodigioso abajo, y todos bajaron corriendo para ver de qué se trataba. Eran los gemelos que tocaban con gran estilo una pieza a cuatro manos en el piano. Rowena quedó satisfecha... satisfecha hasta el fondo de su corazón.

Los jóvenes extranjeros permanecieron largo rato ante el piano. Los vecinos del pueblo estaban asombrados y encantados con la magnificencia de su ejecución, y no podían consentir que lo dejaran. Toda la música que habían oído hasta entonces, les parecía una obra de aprendices, desprovista de gracia y encanto, comparada con aquellas embriagadoras oleadas de melodioso sonido. Comprendían que, por una vez en sus vidas, estaban escuchando a dos maestros.

Capítulo VII

La ninfa desconocida

Una de las diferencias más notables entre un gato y una mentira es que el gato no tiene más que nueve vidas.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Los visitantes se despidieron de mala gana y se encaminaron a sus distintas casas charlando con vivacidad, y de acuerdo todos en que pasaría mucho tiempo antes de que hubiera un día semejante a aquél en Dawson's Landing. Los gemelos habían aceptado varias invitaciones durante la recepción, y también se habían ofrecido a tocar varios dúos en una fiesta de aficionados en favor de la beneficencia local. La sociedad estaba ansiosa de recibirlos en su seno. El juez Driscoll había tenido la buena suerte de comprometerlos para un

paseo inmediato e iba a ser el primero que los mostrara en público. Entraron en el coche con él, y los hizo recorrer la calle mayor, mientras todos se agolpaban en las ventanas y aceras para verlos.

El juez les mostró a los forasteros el nuevo cementerio y la cárcel, el lugar donde vivía el más rico del pueblo, y la sala de los Masones, la iglesia metodista y la presbiteriana, y el sitio donde se iba a construir la bautista cuando reunieran el dinero para hacerlo, y después les enseñó el ayuntamiento y el matadero, e hizo salir a la compañía de bomberos voluntarios que hicieron un simulacro de extinción de incendio; luego, les dejó inspeccionar los mosquetes de la compañía de milicianos, hablando todo el tiempo con inagotable entusiasmo de todos aquellos esplendores, muy satisfecho al parecer con la respuesta que obtuvo, porque los gemelos admiraban su admiración, y se la devolvían lo mejor que podían, aunque podrían haberlo hecho mejor si quince o dieciséis mil experiencias similares anteriores a ésta, en distintos países, no le hubieran quitado una considerable parte de su novedad.

El juez mismo se esforzó hospitalariamente porque pasaran un buen rato, y si hubo algún defecto en alguna parte, no fue culpa suya. Les contó muchas anécdotas divertidas, y aunque siempre se olvidaba del meollo, ellos siempre pudieron proporcionárselo, porque eran historias de fecha muy antigua, y ellos las habían oído contar muchas veces antes. Les habló también de sus diversas dignidades, y de cómo había conseguido tal o cual puesto de honor o de provecho, y que una vez perteneció a la Legislatura, y ahora era presidente de la Sociedad de Librepensadores. Dijo que la sociedad tenía ya cuatro años de existencia, y contaba ya con dos miembros, o sea que estaba firmemente establecida. Una tarde invitaría a los hermanos a una reunión, si gustaban de asistir a ella.

De acuerdo a eso pasó a buscarlos, y por el camino les habló del Bobo Wilson, para que tuvieran una impresión favorable de él por anticipado y estuvieran preparados a tenerle simpatía. El plan dio resultado... la impresión favorable se obtuvo. Más adelante se confirmó y solidificó, cuando Wilson, en señal de cortesía hacia los extranjeros, propuso que se dejaran de lado los temas de costumbre y se dedicara la hora a la conversación acerca de temas ordinarios y al cultivo de las relaciones amistosas y la buena voluntad... proposición que se puso a voto y fue aceptada.

La hora transcurrió rápidamente en medio de una animada conversación, y cuando terminó, el solitario y desdeñado Wilson contaba con dos amigos más que cuando empezó. Invitó a los gemelos a visitar su casa, luego de que hubieran cumplido con un compromiso social, y los dos aceptaron con placer.

Al caer la tarde se encontraban los dos camino de la casa. Wilson los

esperaba en ella, y se entretenía reflexionando acerca de una cosa que le llamó la atención aquella mañana. El asunto era el siguiente: Se había levantado muy temprano... al amanecer, en realidad, y atravesó el vestíbulo que dividía por la mitad su casita, para entrar en una habitación y tomar algo de ella. La ventana de esa habitación no tenía cortinas, porque ese lado de la casa llevaba largo tiempo sin ocupar, y por la ventana vio algo que le sorprendió e interesó. Era una muchacha... una muchacha en un lugar donde no debía estar una muchacha; porque se hallaba en la casa del juez Driscoll, y en el dormitorio de encima del despacho o estudio del juez. Esa habitación era el dormitorio del joven Tom Driscoll. Él y el juez, la hermana viuda del juez, la señora Pratt, y los tres criados negros eran los únicos que vivían en la casa. ¿Quién, entonces, podía ser la joven? Las dos casas estaban separadas sólo por un patio común, con una valla baja que lo atravesaba por el centro, desde la calle de delante, al caminito de la parte de atrás. La distancia no era grande y Wilson pudo ver muy bien a la muchacha, porque las persianas de la habitación donde se hallaba estaban levantadas y la ventana también. La muchacha llevaba un vestido de verano lindo y nuevo, con grandes rayas blancas y rosa, y su sombrero tenía un velo rosa. Al parecer, estaba practicando pasos, movimientos y actitudes; lo hacía de modo muy gracioso y estaba muy absorta en su trabajo. ¿Quién podía ser, y por qué estaba en la habitación del joven Tom Driscoll?

Wilson había elegido rápidamente una posición que le permitía mirar a la muchacha sin correr gran riesgo de ser visto por ella, y permaneció allí con la esperanza de que levantara el velo y le dejara ver la cara. Pero ella lo defraudó. Al cabo de veinte minutos, desapareció, y aunque él se quedó en su puesto media hora más, ella no volvió a aparecer.

A eso del mediodía, pasó por la casa del juez y habló con la señora Pratt acerca del gran acontecimiento del día, la recepción de los distinguidos extranjeros en la casa de la tía Patsy Cooper. Le preguntó por su sobrino Tom, y ella le dijo que venía en camino y que esperaba que llegara poco antes de la noche; y agregó que tanto ella como el juez estaban muy satisfechos, porque en sus cartas les daba a entender que se portaba de un modo muy correcto y digno... cosa que Wilson dudaba mucho en su fuero interno. Wilson no le preguntó si había algún forastero en la casa, pero hizo preguntas que habrían vertido alguna luz sobre el asunto si la señora Pratt tuviera alguna luz que advertir; y se marchó convencido de que en la casa pasaban cosas de las que él estaba enterado y ella no.

Ahora esperaba a los gemelos, reflexionando aún sobre el problema de quién podía ser la muchacha, y cómo se encontraba en el dormitorio de ese muchacho al amanecer de aquel día.

Capítulo VIII

Tom pisotea su oportunidad

La sacrosanta pasión de la Amistad es algo tan dulce, constante y leal, y de una naturaleza tan paciente que durará toda una vida, si no le pedimos dinero prestado.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Consideremos bien las proporciones de las cosas. Es mejor ser abejorro joven, que un ave vieja del paraíso.

—Del Calendario del Bobo Wilson.

Ahora es necesario que volvamos a Roxy.

Cuando le dieron su libertad y se marchó para trabajar de camarera tenía treinta y cinco años. Consiguió trabajo como segunda camarera en un vapor de Cincinnati, de la línea de Nueva Orleans, el Grand Mogul. Un par de viajes le hicieron aprender a fondo su trabajo y se enamoró de la animación, independencia y aventura de la vida del vapor. Luego la ascendieron y se convirtió en primera camarera. Era una favorita de los oficiales y estaba muy orgullosa por las bromas que le decían y el modo amistoso con que la trataban.

Durante ocho años sirvió tres partes del año en ese vapor, y los inviernos en un paquebote de Viksburg. Pero ahora, hacía dos meses que tenía reumatismo en los brazos, y se vio obligada a dejar la tina de lavar. Así que renunció a su puesto. Pero estaba bien de dinero... era rica, como habría dicho ella, porque había vivido una vida frugal, y ponía todos los meses cuatro dólares en un banco de Nueva Orleans, como un seguro para su vejez. Al comienzo dijo que «le había puesto zapatos a un negro descalzo para que la pisoteara con ellos» y que le bastaba con un error así; de ahora en adelante y para siempre, sería independiente de la raza humana, si el trabajo duro y la economía le permitían conseguirlo. Cuando el vapor tocó Nueva Orleans se despidió de sus compañeros del Grand Mogul y bajó su equipaje a tierra.

Pero regresó antes de una hora. El banco había quebrado y se había llevado sus cuatrocientos dólares con él. Era una mendiga sin hogar. Además, estaba incapacitada, al menos por el presente. Los oficiales se compadecieron mucho de su situación e hicieron una pequeña colecta para ella. Roxy resolvió volver a su pueblo natal; tenía amigos entre los negros, y los desgraciados siempre ayudan a los desgraciados, como ella bien sabía; los humildes compañeros de su juventud no la dejarían morir de hambre.

Así que tomó el pequeño paquebote local de Cairo e iba camino de su

pueblo natal. El tiempo había disipado su amargura contra su hijo, y podía pensar en él con serenidad. Apartó de su memoria el lado vil de él, para demorarse sólo en los recuerdos de sus ocasionales actos de bondad con ella. Los doraba y decoraba a su modo, haciéndolos algo muy agradable de contemplar. Empezó a desear verlo. Iría y lo adularía, como hacen los esclavos (porque esa tenía que ser su actitud, desde luego) y quizás descubriría que el tiempo lo había cambiado, y que él se alegraba de ver a su vieja nodriza, largo tiempo olvidada, y la trataría con bondad. Eso sería maravilloso; eso la haría olvidar sus penas y su pobreza.

¡Su pobreza! La idea le inspiró el agregar otro castillo a su sueño; quizás él le daría algún dinero de cuando en cuando... tal vez un dólar al mes, digamos; cualquier pequeñez le ayudaría mucho a ella.

Cuando llegó a Dawson's Landing había vuelto a ser la de siempre; su melancolía había desaparecido y estaba de excelente ánimo. Se las arreglaría bien, seguro; había muchas cocinas donde los criados compartirían sus comidas con ella, y también le robarían manzanas, azúcar y otros bocados para que se los llevara a casa... o le darían una oportunidad de que los robara ella, lo que sería igual. Además, estaba la iglesia. Era una metodista más ferviente y devota que nunca, y su piedad no era una comedia, sino algo fuerte y sincero. Sí, con los consuelos de muchas criaturas, y su viejo lugar en el rincón de los amenes, sería perfectamente feliz y viviría en paz hasta el fin de sus días.

Por eso, fue antes que nada a la cocina del juez Driscoll. Allí la recibieron en gran forma y con entusiasmo. Sus maravillosos viajes, los países extraños que había visto y las aventuras que había tenido, hacían de ella una maravilla, una heroína de novela. Los negros escuchaban encantados la gran historia de sus experiencias, interrumpiéndola de cuando en cuando con ansiosas preguntas, risas, exclamaciones de placer y expresiones de aplauso; y ella se vio obligada a confesarse a sí misma que si había algo mejor en el mundo que trabajar en un vapor, eso era la gloria que se obtenía al contarlo. El auditorio le llenó el estómago con sus comidas y dejó vacía la despensa para cargar su canasta.

Tom estaba en St. Louis. Los criados le dijeron que había pasado allí la mayoría del tiempo durante los dos últimos años. Roxy venía todos los días, y hablaba mucho con ellos acerca de la familia y sus asuntos. Una vez preguntó por qué Tom estaba fuera tanto tiempo. El ostensible «Chambers» le dijo.

—La verdad es que el amo viejo está más a gusto cuando el amo joven se encuentra lejos que cuando está en el pueblo; sí, y hasta lo quiere más; por eso, le da cincuenta dólares al mes...

—No, ¿es así?, Chambers; hablas en broma, ¿verdad?

—Te juro por Dios, mami, que no; el amo Tom me lo dijo él mismo. Pero, de todos modos, no es bastante.

—Dios mío, ¿y por qué razón no es bastante?

—Bueno, voy a decírtelo, si tú me dejas, mami. La razón porque no es bastante, es porque el amo Tom juega.

Roxy alzó las manos asombrada, y Chambers prosiguió:

—El amo viejo se enteró, porque tuvo que pagar doscientos dólares de deudas de juego del amo Tom, y eso es cierto, mami, tan cierto como que nací.

—¡Dos... cientos... dólares! ¿Pero de qué me estás hablando? Dos... cientos... dólares. Dios bendito, es casi suficiente para comprar un negro medianamente bueno, de segunda mano. ¿Y no me mentirás, cariño?... No le mentirías a tu mami...

—Es la verdad de Dios, tal como te lo cuento... doscientos dólares... ojalá me quede aquí muerto si no es así. ¡Y no sabes lo furioso que se puso el amo viejo! ¡Te aseguro que estaba loco de cólera! Fue y lo desheredó.

Se relamió de gusto al pronunciar la majestuosa palabra. Roxy luchó con ella un momento y luego renunció:

—¿Deshe... qué?

—Lo desheredó.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que rompió el testamento.

—¡Rom... pió el testamento! ¡No sería capaz nunca de tratarlo así! Retira eso, miserable negro de imitación, que traje al mundo con dolor y tribulación.

El castillo favorito de Roxy (el dólar ocasional del bolsillo de Tom) temblaba y se venía abajo ante sus ojos. No podía sufrir un desastre así; no podía soportar esa idea. Su frase divirtió a Chambers.

—¡Ja-ja-ja! ¡Escuchar eso! Si yo soy una imitación, ¿quién eres tú? Los dos somos blancos de imitación... eso es lo que somos... y una imitación muy buena... ¡ja-ja-ja!, como negros de imitación no somos gran cosa; y en cuanto...

—Cállate y déjate de tonterías antes de que te parta la cabeza y háblame del testamento. Dime que no lo rompieron... anda, cariño, o si no, no te lo perdonaré nunca.

—Bueno, no lo rompieron... porque ha hecho uno nuevo, y el amo Tom está otra vez tan contento. ¿Pero por qué te alteras tanto por eso, mami? Que

yo sepa, no es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? ¿Entonces de quién es, me gustaría saberlo? ¿Fui o no su madre hasta que cumplió los quince años?... contéstame a eso. ¿Y tú crees que yo podría ver que se convertía en un pobre sin nadie en el mundo, y que no me iba a importar? Creo que si tú hubieras sido madre, Valet de Chambers, no dirías unas tonterías semejantes.

—Bueno, pero el amo viejo lo perdonó e hizo un testamento nuevo... ¿estás ahora contenta?

Sí, ahora estaba contenta, y muy feliz y sentimental con todo aquello. Iba allí todos los días y por fin le dijeron que Tom había regresado. Empezó a temblar de emoción e, inmediatamente envió a un criado rogándole que «dejara que su pobre mami negra lo viera nada más para morir de alegría».

Tom estaba tendido perezosamente en un sofá cuando Chambers le trajo la petición. El tiempo no había modificado el antiguo odio que sentía por el humilde esclavo protector de su adolescencia; todavía era más profundo y total. Se incorporó y dirigió una mirada severa al blanco rostro del joven cuyo nombre usaba inconscientemente y cuyos derechos familiares había usurpado. Mantuvo la mirada sobre su víctima hasta que éste se puso satisfactoriamente pálido de terror, y luego dijo:

—¿Qué quiere de mí la vieja inservible?

El otro repitió dócilmente la petición.

—¿Quién te dio permiso para venir a molestarme con las atenciones sociales de los negros?

Tom se había levantado. El otro joven temblaba ahora, visiblemente. Vio lo que iba a venir e inclinó hacia un lado la cabeza, levantando su brazo izquierdo para protegerla. Tom descargó una lluvia de puñetazos sobre la cabeza y su escudo, sin decir palabra, la víctima recibía cada golpe con un suplicante «¡Por favor, amo Tom... oh, por favor, amo Tom!». A los siete golpes, Tom dijo:

—De cara a la puerta... ¡en marcha! —y lo siguió por detrás con una, dos, tres fuertes patadas. La última ayudó al esclavo blanco-puro a pasar el umbral, y se alejó rengueando y limpiándose los ojos con su andrajosa manga. Tom gritó tras él—... ¡Hazla pasar!

Luego se tiró de nuevo sobre el sofá, jadeando y diciendo con rabia:

—Llegó en el momento justo; estaba lleno hasta el borde de ideas amargas y no tenía con quién descargarlas. ¡Qué refrescante fue! Ahora me siento mejor.

La madre de Tom entraba ahora, y cerrando la puerta tras ella se acercó a su hijo con todas las zalamerías y servilismos suplicantes, que el miedo y el interés pueden dar a las palabras y actitudes del esclavo nato. Se detuvo a una yarda del muchacho, lanzó dos o tres exclamaciones de admiración acerca de su aspecto varonil y hermosura general, y Tom puso un brazo bajo la cabeza y pasó una pierna por el respaldo del sofá, para demostrar la debida indiferencia.

—¡Dios mío, cómo has crecido, tesoro! ¡Juro por Dios que no te habría conocido, amo Tom!, ¡seguro que no! Mírame bien; ¿no recuerdas a la vieja Roxy?... ¿no te acuerdas de tu vieja mami negra, querido? Bueno, ahora puedo morir en paz, porque ya he visto...

—¡Basta ya...!, ¡basta! ¿Qué es lo que quieres?

Aquello fue una amarga decepción. Roxy había alimentado y acariciado durante tantos días la idea de que Tom se alegraría de ver a su vieja niñera, y la pondría contenta y orgullosa hasta la médula con una o dos palabras cordiales, que hicieron falta los dos rechazos para convencerla de que él no hablaba en broma, y que su hermoso sueño no era más que una estúpida vanidad, un lastimoso error. Se sintió herida hasta el fondo del corazón y tan avergonzada que, por un momento, no supo muy bien qué hacer o cómo actuar. Luego, su pecho empezó a agitarse, las lágrimas acudieron y, en su desamparo, se sintió tentada a probar el otro sueño suyo... apelar a la caridad del muchacho; y por eso, impulsivamente, sin reflexionar, le suplicó:

—Oh, amo Tom, la pobre mami negra ha tenido tan mala suerte en estos últimos tiempos, y está medio inválida de los brazos y no puede trabajar, así que si pudieras darme un dólar... ¡sólo un dólar!...

Tom se puso en pie tan de repente que la suplicante, sobresaltada, dio un salto a su vez.

—¡Un dólar!... ¡darte un dólar! ¡Me entran ganas de estrangularte! ¿Era eso lo que buscabas aquí? ¡Vete!, ¡y pronto!

Roxy retrocedió lentamente hacia la puerta. Cuando estaba a mitad de camino se detuvo y dijo tristemente:

—Amito Tom, te amamanté cuando eras un niño, y te crie yo sola hasta que eras casi un muchacho; y ahora eres joven y rico, y yo soy pobre y me estoy haciendo vieja, y vine aquí pensando ayudarías a tu vieja mami en el corto camino que queda entre ella y la muerte...

A Tom le gustaba aquello menos que lo que le había precedido, porque empezaba a despertar una especie de eco en su conciencia, de modo que la interrumpió y le dijo con decisión, pero sin aspereza, que no se hallaba en situación de poder ayudarle, y que no iba a hacerlo.

—¿No vas a ayudarme nunca, amito Tom?

—¡No! Y ahora vete y no me molestes más.

Roxy tenía la cabeza baja en actitud humilde. Pero entonces, las llamas de sus antiguas afrentas se avivaron en su pecho y empezaron a arder con violencia. Alzó despacio la cabeza, hasta levantarla del todo, y al mismo tiempo su alto cuerpo asumió inconscientemente una actitud erguida y dominante, con toda la majestad y gracia de su desvanecida juventud. Alzó un dedo para puntuar sus palabras:

—Tú has dicho la palabra. Tú has tenido la oportunidad, y la pisoteaste bajo tus pies. Cuando tengas otra, ¡te pondrás de rodillas y me rogarás para que te la dé!

Un escalofrío heló el corazón de Tom, sin que supiera por qué; porque no se le ocurrió pensar que esas palabras, procedentes de una fuente tan incongruente y pronunciadas con tanta solemnidad, tenía que producir ese efecto. No obstante, hizo lo más natural: le replicó con insolencia y burla:

—¡Tú me vas a dar una oportunidad... tú! ¡Quizá será mejor que me arrodille ahora! Pero por si acaso no lo hago... y simplemente por saberlo... ¿puedes decirme qué me va a pasar?

—Esto es lo que te va a pasar; voy a ir derecho a tu tío, y a contarle todo lo que sé acerca de ti.

Las mejillas de Tom palidieron y ella lo vio. Unos pensamientos turbadores le atravesaron el cerebro. ¿Cómo puede saberlo ella? Y sin embargo debe haberlo descubierto... eso debe ser. Sólo hace tres meses que me ha vuelto a poner en el testamento, y ya tengo deudas de nuevo; estoy moviendo cielo y tierra para salvarme del descubrimiento y la destrucción, y tengo bastantes posibilidades de cubrir lo que he hecho si me dejan en paz, y ahora ese demonio lo ha descubierto todo Dios sabe cómo. ¿Cuánto sabrá? ¡Oh, oh, esto es suficiente para partirle el corazón a cualquiera! Pero tengo que llevarle el humor... no hay otro remedio.

Entonces, se esforzó por fingir débilmente una risa alegre, y con falsa cordialidad agregó:

—Bueno, bueno, mi querida Roxy, los viejos amigos como tú y yo no deben pelear. Aquí tienes tu dólar... ahora, dime lo que sabes.

Le tendía el billete, pero ella se quedó donde estaba, sin moverse. Ahora le tocaba el turno de despreciar los avances persuasivos, y no lo desperdició. Dijo, con una dureza tan implacable en la voz y las maneras que le hizo casi comprender a Tom que hasta una exesclava puede recordar por diez minutos los insultos e injurias dichos a cambio de cumplidos y alabanzas, y puede

gozar también vengándose de ellos cuando se le presenta la ocasión:

—¿Lo que sé? Te diré lo que sé. Lo necesario para hacer cenizas ese testamento... y más, ¡mucho más!

Tom quedó aterrado.

—¿Más? —dijo—. ¿A qué llamas tú más? ¿Cómo puede haber algo más?

Roxy rio con risa burlona y le dijo despreciativa, echando hacia atrás la cabeza y poniéndose las manos en las caderas:

—¡Sí!... ¡Oh, ya lo veo! A ti te gustaría enterarte de lo que sé... con tu pobre dólar de papel. ¿Por qué piensas que yo te lo voy a decir? ..., no tienes dinero. Se lo voy a decir a tu tío... y lo haré ahora mismo... él me dará cinco dólares por la noticia, y con mucho gusto, además.

Dio media vuelta desdeñosa y se dispuso a alejarse. Tom estaba lleno de pánico. La agarró por la falda, y le imploró que esperara. Ella se volvió y le dijo, altivamente:

—¿Ves lo que yo te dije?

—Tú... tú... no recuerdo nada. ¿Qué me dijiste?

—Te dije que la próxima vez que te diera una oportunidad, te pondrías de rodillas y me suplicarías.

Tom se quedó estupefacto un momento. Jadeaba de excitación. Luego, agregó:

—Oh, Roxy, tú no le pedirías a tu joven amo que hiciera una cosa tan horrible. No puedes hablar en serio.

—¡Muy pronto te vas a enterar de si hablo en serio o no! Me insultaste y casi me escupes cuando vine aquí pobre y humilde, para alabarte por lo alto y hermoso que eras, y decirte que te había amamantado, criado y cuidado cuando estabas enfermo y no tenías otra madre más que yo en todo el mundo, rogándote que le dieras a la pobre negra un dólar para que se comprara algo de comer, y tú me insultaste... ¡me insultaste, maldito seas! Sí, señor, te daré una oportunidad más, pero es ahora y no durará más de medio segundo... ¿me oyes?

Tom se dejó caer de rodillas, suplicante, diciéndole:

—¡Ya ves que te suplico y te suplico en serio! ¡Ahora dímelo, Roxy, dímelo!

La heredera de dos siglos de constantes insultos y ultrajes bajó los ojos hacia él, bebiendo a boca llena su satisfacción. Luego, le dijo:

—¡Un caballero blanco, joven y elegante, arrodillado delante de una pobre negra! Quería ver esto una vez antes de morir. Ahora, Gabriel, toca la trompeta, que estoy lista... ¡Levántate!

Tom lo hizo y le dijo con humildad:

—Vamos, Roxy, no me castigues más. Merezco lo que me pasó, pero sé buena y perdóname. No vayas a ver a mi tío. Dímelo a mí... yo te daré cinco dólares.

—Sí, estoy segura de que me los darás; y no lo dejarás ahí. Pero no te lo diré aquí...

—¡Dios santo, no!

—¿Tienes miedo de la casa hechizada?

—N-no.

—Bueno, entonces ven a la casa hechizada, a eso de las diez u once de la noche, y trepa por la escala, porque los escalones están rotos, y allí me encontrarás. Me alojo en la casa hechizada, porque no tengo dinero para vivir en otra parte. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y dijo—: ¡Dame el dólar! —él se lo dio. Ella lo examinó y dijo—: Humm... si no fuera porque el banco quebró... —iba a salir, pero se detuvo otra vez—. ¿Tienes whisky?

—Sí, un poco.

—Ve a buscarlo.

Él corrió a la habitación de arriba y trajo una botella llena hasta los dos tercios. Ella la levantó y bebió un trago. Sus ojos brillaban de satisfacción, y se guardó la botella debajo del chal, diciendo.

—Es un anticipo. Me la llevo.

Tom le abrió humildemente la puerta, y ella salió tiesa y erguida como un granadero.

Capítulo IX

Tom practica el servilismo

¿Por qué nos alegramos en los nacimientos y nos apenamos en los entierros? Porque no somos los protagonistas.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Es fácil encontrar defectos, si uno tiene esa disposición. Hubo una vez un

hombre, que no pudiendo encontrar defectos al carbón de otro, se quejó de que había en él demasiados sapos prehistóricos.

—Del Calendario del Bobo Wilson.

Tom se tiró en el sofá, hundió su dolorida cabeza entre las manos, y apoyó los codos en las rodillas. Luego empezó a mecerse gimiendo.

—¡Me he arrodillado delante de una negra! —murmuró—. Creí antes que había llegado al límite de la degradación. Pero, oh, Dios mío, no era nada comparado con esto... Bueno, me queda un consuelo..., ahora he tocado fondo; no puedo bajar más.

Pero era una conclusión precipitada.

A las diez de aquella noche trepaba la escala de la casa hechizada, pálido, débil y miserable. Roxy se hallaba en la puerta de una de las habitaciones, esperándolo, porque lo había oído llegar.

Era una casa de troncos, de dos pisos, que había adquirido hacía unos años, antes de la reputación de estar hechizada, lo que fue el fin de su utilidad. Después de eso nadie quería vivir en ella, o acercarse a ella de noche, y la mayoría de la gente la evitaba aún de día.

Como no tenía competencia, la llamaban la casa hechizada. Ahora tenía un aspecto extraño y ruinoso, debido al largo abandono. Se hallaba a unas trescientas yardas más allá de la casa del Bobo Wilson, sin que hubiera entre las dos nada más que baldíos. Era la última casa del pueblo, por aquel extremo.

Tom siguió a Roxy a la habitación. Ella tenía en un rincón un montón de paja limpia que le servía de cama; algunas ropas baratas pero bien cuidadas colgaban de la pared, un farol de hojalata salpicaba el piso con manchas de luz, y varios cajones de jabón y velas, desparramados por la habitación, que servían de sillas. Los dos se sentaron y Roxy dijo:

—Ahora voy a decírtelo en seguida, y después cobraré el dinero; no tengo prisa. ¿Qué te imaginas que te voy a decir?

—Bueno, tú... ¡oh, Roxy, no me lo hagas demasiado duro! Habla de una vez y dime que te has enterado de la situación en que me encuentro por culpa de mi disipación y mi tontería.

—¡Disipación y tontería! No, señor, no es eso. Eso no es nada, comparado con lo que yo sé.

Tom la miró con ojos muy abiertos y exclamó:

—¡Pero Roxy!, ¿qué quieres decir?

Ella se levantó mirándolo lúgubre como el Destino.

—Lo que quiero decir es lo siguiente... y Dios sabe que es verdad. ¡Eres tan pariente del viejo amo Driscoll como yo...!, ¡eso es lo que quiero decir! — y sus ojos relampagueaban triunfantes.

—¡Qué!

—¡Sí señor, y eso no es todo! ¡Eres un negro!... ¡naciste negro y esclavo!, ¡y si yo abro la boca el viejo amo Driscoll te venderá río abajo antes de que tengas dos días más de los que tienes ahora!

—¡Es una espantosa mentira, vieja habladora y miserable!

—No es ninguna mentira. Es la verdad, y nada más que la verdad. Sí, señor..., eres mi hijo...

—¡Eres un diablo!

—Y ese pobrecito que has estado pegando y dando patadas hoy es el hijo de Percy Driscoll y tu amo...

—¡Bestia!

—Y su nombre es Tom Driscoll, y el tuyo Valet de Chambers, y no tienes apellido, ¡porque los negros no lo tienen!

Tom se levantó de un salto, agarró un leño y lo alzó sobre su cabeza; pero su madre se limitó a reírse de él y decir:

—¡Siéntate, cachorro! ¿Crees que me asustan los de tu clase? Ni tú ni los que son como tú. Creo que, quizá, serías capaz de matarme de un tiro por la espalda, porque ése es tu estilo (te conozco bien) pero no me importa que me mates, porque todo esto está escrito y en manos seguras, y el hombre que lo tiene en su poder sabe muy bien a quién hay que buscar si me matan. ¡Oh, pobrecito, si te imaginas que tu madre es tan estúpida como tú, estás muy equivocado, te lo aseguro! De modo que siéntate, y pórtate bien; ¡y no vuelvas a levantarte hasta que te lo diga!

Tom se indignó y protestó unos instantes, poseído de un torbellino de sensaciones y emociones encontradas y finalmente dijo, con algo parecido a la convicción:

—Todo eso es un invento; ahora, puedes hacer lo que te parezca; he terminado contigo.

Roxy no le contestó. Tomó el farol y se dirigió a la puerta. Inmediatamente, Tom sintió el frío del pánico.

—¡Vuelve, vuelve! —gimió—. No hablaba en serio, Roxy; retiro todo lo que dije y nunca más volveré a decirlo ¡Por favor, vuelve Roxy!

La mujer permaneció inmóvil un momento y luego dijo, gravemente:

—Hay una cosa que vas a dejar, Valet de Chambers. No puedes llamarme Roxy, como si fueras mi igual. Los hijos no hablan a sus madres así. La llaman mamá o mami, y eso es lo que tú vas a llamarme... al menos cuando no haya nadie delante. ¡Dilo!

A Tom le costó un esfuerzo, pero lo dijo.

—Muy bien. No lo olvides más, si sabes lo que te conviene. Ahora bien, has dicho que nunca más vas a llamar a eso un invento, ni mentiras. Te lo digo como aviso; será la última vez que lo haces. Iré derechito al juez, le diré quién eres, y lo probaré. ¿Me crees cuando te digo eso?

—Oh —gimió Tom—, algo más que creerlo; lo sé.

Roxy comprendió que su conquista era completa. No podría haberle probado nada a nadie, y su amenaza de que había escrito algo era una mentira; pero conocía a la persona con quien trataba, y había hecho las dos afirmaciones sin dudar del efecto que producirían.

Fue y se sentó en un cajón de velas, que el orgullo y pompa de su actitud victoriosa convirtió en trono. Dijo:

—Ahora, Chambers, vamos a hablar de negocios, y no va a haber ya más tonterías. En primer lugar, tú recibes cincuenta dólares al mes; vas a darle la mitad de eso a tu mamá. ¡Vengan!

Pero a Tom no le quedaban más que seis dólares. Se los dio, y le prometió empezar con la pensión al mes siguiente.

—Chambers, ¿cuánto debes?

Tom se estremeció y dijo:

—Casi trescientos dólares.

—¿Cómo vas a pagarlos?

Tom gimió.

—Oh, no lo sé; no me hagas esas preguntas espantosas.

Pero ella insistió hasta que le extrajo por cansancio una confesión; había estado merodeando, disfrazado, robando pequeños objetos de las casas; en realidad, robó muchas cosas a sus vecinos quince días antes, cuando pensaban que estaba en St. Louis; pero dudaba de haber entregado los objetos suficientes para reunir lo necesario, y temía hacer una nueva incursión, con el estado de excitación del pueblo. Su madre aprobó su conducta, y le ofreció su ayuda, pero eso lo asustó. Tembloroso, se aventuró a decir que si ella se retiraba del pueblo se sentiría más a gusto y seguro, y podría levantar más la

cabeza... y estaba dispuesto a discutir con ella, cuando Roxy lo interrumpió y sorprendió diciendo que lo haría; que le era igual vivir en cualquier lugar, con tal de recibir con regularidad su parte de la pensión. Le dijo que no se iría muy lejos, y que una vez al mes vendría a la casa hechizada por el dinero. Luego agregó:

—No te odio mucho ahora, pero te he odiado muchos años... como te habría odiado cualquiera. Te cambié y te di una buena familia y un buen nombre, y te hice blanco, caballero y rico, con ropas de almacén... y ¿qué recibí? Me despreciaste todo el tiempo y siempre me decías insultos delante de la gente, y nunca me dejaste olvidar que soy una negra... y... y...

Se interrumpió, sollozando, y Tom dijo:

—Pero tú sabes que yo no sabía que eras mi madre, y además...

—Bueno, eso no importa ahora; déjalo. Voy a olvidarlo —luego agregó con violencia—: Pero no hagas que me acuerde de nuevo o te arrepentirás, te lo aseguro.

Cuando se despedían, Tom dijo, con el tono más persuasivo que pudo:

—Mamá, ¿podrías decirme quién fue mi padre?

Se había imaginado que le hacía una pregunta embarazosa. Se equivocaba. Roxy se irguió y, echando hacia atrás la cabeza, orgullosa, le contestó:

—¿Que si te lo podría decir? ¡Claro que puedo! No tienes por qué avergonzarte de tu padre, te lo aseguro. Era de la mejor calidad de este pueblo... de una vieja familia virginiana. De las primeras familias. De tan buena raza como los Driscoll y los Howard, de lo mejor que ha habido —lo miró con aire más orgulloso, si eso era posible, y agregó—: ¿Recuerdas al coronel Cecil Burleigh Essex, que murió el mismo año que el papá del joven amo Tom Driscoll, y que los masones y los Viejos Ciudadanos, y las iglesias le hicieron el entierro más grande que ha visto este pueblo? Ese era.

Bajo la inspiración de su complacencia, recobró las gracias de sus épocas de juventud, y sus maneras adquirieron una dignidad y una majestad que habría podido parecer propias de una reina si lo que le rodeaba hubiera estado un poco más de acuerdo con eso.

—En todo el pueblo no hay otro negro que haya tenido un nacimiento más alto que el tuyo. ¡Ahora, vete! Y puedes levantar la cabeza todo lo que quieras... tienes derecho a ello, te lo juro.

Capítulo X

La ninfa revelada

Todos dicen, «Qué duro es que tengamos que morir»... queja muy extraña procediendo de las bocas de gentes que han tenido que vivir.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Cuando estés irritado, cuenta hasta cuatro; cuando estés muy irritado, maldice.

—Del almanaque del Bobo Wilson.

Después de haberse acostado, Tom se despertó de cuando en cuando, y su primer pensamiento al salir del sueño fue, «¡Oh, qué felicidad, no era más que un sueño!». Luego, dejándose caer pesadamente sobre la almohada, lanzaba un gemido y murmuraba.

—¡Un negro! ¡Soy un negro! ¡Oh, ojalá hubiera muerto!

Al amanecer se despertó con una nueva repetición de ese horror, y entonces resolvió no entregarse más al traidor sueño. Empezó a pensar. Eran unos pensamientos muy amargos. Más o menos, del siguiente estilo:

«¿Por qué existen blancos y negros? ¿Qué crimen cometió el primer negro increado para que le decreten esa maldición de nacimiento? ¿Y por qué hay esa horrible diferencia entre blancos y negros?... ¡Qué duro me parece esta mañana el destino del negro! ..., pero hasta anoche ese pensamiento ni siquiera me había entrado en la cabeza».

Suspiró y gimió una hora más. Luego «Chambers» entró humildemente para decirle que el desayuno estaba casi listo. «Tom» enrojeció al ver a aquel joven y aristocrático blanco asustado ante él, un negro, y llamándolo «Amito». Le dijo con aspereza:

—¡Salta de mi vista! —y cuando el joven se hubo ido, murmuró—: No me ha hecho ningún daño, pobrecillo, pero ahora no puedo soportar el verlo porque es Driscoll, el joven caballero, y yo... oh, ¡ojalá hubiera muerto!

Una erupción gigantesca, como la del Krakatoa hace unos años, con los terremotos que le acompañan, los grandes oleajes y las nubes de polvo volcánico, cambian el panorama que lo rodea haciéndolo irreconocible, hundiendo las tierras altas, elevando las bajas, creando lagos donde antes había desiertos, y desiertos donde antes sonreían verdes praderas. La tremenda catástrofe ocurrida a Tom había cambiado su panorama moral de un modo muy semejante. Algunas de sus tierras bajas se habían convertido en elevados ideales, algunos de sus ideales se habían hundido en los valles y yacían allí con el sayal, las cenizas de piedra pómez y el azufre sobre sus arruinadas

cabezas.

Durante días enteros vagó por lugares solitarios, pensando, pensando... tratando de orientarse. Era un trabajo nuevo. Si se encontraba con un amigo descubriría que la costumbre de toda una vida se había desvanecido de modo misterioso... sus brazos colgaban lacios, en vez de extender involuntariamente la mano para un apretón. Era el «negro» que había en él que imponía su humildad, y él enrojecía, avergonzado. Y el «negro» se sorprendía cuando el amigo blanco extendía la mano para estrechar la suya. Descubrió que el «negro» que había en él cedía involuntariamente el paso, en la acera, al blanco pobre y grosero. Cuando Rowena, la cosa que su corazón más amaba, el ídolo de su culto secreto, lo invitaba a entrar, el «negro» le obligaba a dar una excusa vergonzosa, como si tuviera miedo de entrar y sentarse en iguales términos con los temidos blancos. El «negro» que había en él lo hacía huir y escabullirse, imaginándose que oía expresiones de sospecha y quizá de descubrimiento en las caras, las voces y los gestos. Tan extraña y poco característica de Tom era aquella conducta que la gente lo notó y se volvía para mirarlo cuando pasaba; y cuando él miraba hacia atrás (cosa que no podía dejar de hacer a pesar de sus resistencias) y veía la expresión de perplejidad en la cara de alguien, eso le daba una impresión terrible, y huía de allí todo lo de prisa que podía. No tardó en sentirse perseguido, en tener aspecto de perseguido, y entonces huyó a las colinas y las soledades, diciéndose que la maldición de Cam había caído sobre él.

Temía las comidas; el «negro» se avergonzaba de sentarse a la mesa de los blancos y temía todo el tiempo ser descubierto; y una vez, cuando el juez Driscoll dijo, «¿Qué te pasa? Pareces tan humilde como un negro», sintió lo que, según dicen, sienten los asesinos secretos cuando el acusador les dice: «Tú eres el hombre». Tom dijo que no se sentía bien y dejó la mesa.

Las ostensibles solicitudes y cariños de su «tía» se habían convertido en un error para él y las evitaba.

Y durante todo el tiempo, el ostensible odio por su «tío» crecía en su corazón; porque se decía: «Él es blanco; y yo soy su cosa, su propiedad, su mercadería, y puede venderme, igual que si fuera un perro».

Durante una semana después de aquello, Tom se imaginó que su carácter había sufrido un cambio radical. Pero era porque no se conocía a sí mismo.

En ciertos aspectos, sus opiniones habían cambiado totalmente, y nunca volverían a ser las de antes, pero la estructura principal de su carácter no había cambiado, y no podía cambiar. Uno o dos rasgos importantes de él se alteraron, y con el tiempo eso produciría su efecto, si se le presentaba la oportunidad... y un efecto de naturaleza muy grave, además. Bajo la influencia de una gran conmoción moral y mental, su carácter y costumbres

habían asumido la apariencia de un completo cambio, pero al cabo de un tiempo, cuando la tormenta se fue calmando, empezaron a ocupar sus antiguos lugares. Gradualmente fue recobrando sus antiguas costumbres frívolas y descuidadas, recobró sus sentimientos y modo de hablar y ningún familiar suyo podría haber notado en él algo que lo diferenciara del Tom débil y descuidado de otros tiempos.

La serie de robos que había hecho en el pueblo resultaron mejor de lo que esperaba. Le produjeron la suma necesaria para pagar sus deudas de juego y evitaron el que fuera descubierto por su tío y lo excluyera de nuevo del testamento. Él y su madre habían llegado a tenerse bastante simpatía. Ella no podía amarlo aún porque «no era nada para él» como decía, pero su naturaleza necesitaba algo o alguien a quien dominar, y él era mejor que nada. Su fuerte carácter, y sus maneras agresivas y dominadoras le ganaron la admiración de Tom, a pesar de que le daban más ejemplos de ellos de lo que le habría gustado. No obstante, por lo general la conversación consistía en una serie de picantes comentarios acerca de los asuntos privados de las principales familias del pueblo (porque ella iba a cosechar algo en sus cocinas cuando venía al pueblo), y Tom gozaba con eso. Era lo que él quería. Ella siempre cobraba con puntualidad la mitad de su pensión, y él iba siempre a charlar un rato con ella en la caza hechizada, en esas ocasiones. De cuando en cuando, le hacía una visita en días intermedios, además.

En ocasiones, él se iba a St. Louis por unas semanas, y por fin se dejó vencer de nuevo por la tentación. Ganó mucho dinero pero lo perdió, aparte de una cantidad mucho mayor, que prometió pagar lo antes posible.

Con ese fin, proyectó una nueva incursión en el pueblo. Nunca iba a otro, porque temía aventurar en casas cuyas salidas no conocía, y donde las costumbres de sus habitantes no eran familiares para él. El miércoles anterior a la llegada de los gemelos fue a la casa hechizada disfrazado, después de haber escrito a su tía Pratt que no llegaría hasta dos días después, y se quedó allí escondido con su madre hasta que al amanecer del viernes fue a la casa de su tío, entró por la puerta de atrás con su llave, y subió a su habitación, donde podía usar el espejo y los artículos de toilette. Llevaba en un lío un vestido de muchacha, para disfrazarse en su incursión, e iba vestido con ropas de su madre, con guantes negros y velo. Pero al amanecer desistió de su incursión, porque vio al Bobo Wilson por la ventana, y comprendió que Wilson lo había visto a él. Por eso, se dedicó a entretener a Wilson haciendo gracias y posturas un rato, y luego desapareció de su vista, se puso el otro disfraz, bajó y salió por detrás, dirigiéndose al centro para reconocer el escenario de sus futuros trabajos.

Pero estaba inquieto. Se había puesto el vestido de Roxy y se inclinaba como una vieja para aumentar el disfraz, de modo que Wilson ni se ocuparía

de una humilde vieja que salía por la parte de atrás de una casa vecina, en caso de que estuviera espiando. Pero ¿y si Wilson lo había visto salir y, desconfiado, lo seguía? El pensamiento heló a Tom. Renunció a los robos por aquel día, y volvió presuroso a la casa hechizada por el camino más apartado. Su madre se había ido; pero al cabo de un tiempo volvió, con la noticia de la gran recepción en casa de Patsy Cooper, y no tardó en convencerlo que la oportunidad, por lo invitadora y perfecta era como una providencia especial. Así que hizo su incursión, después de todo, y con éxito, mientras todos estaban en casa de Patsy Cooper. El éxito le dio valor, y hasta intrepidez; hasta tal extremo que, después de haber entregado su cosecha a su madre en un callejón, él mismo fue a la recepción y agregó a su botín varios objetos valiosos de la casa.

Después de esta larga digresión, hemos llegado de nuevo al punto en que el Bobo Wilson, mientras esperaba la llegada de los gemelos, aquel mismo viernes, reflexionaba acerca de la extraña aparición de la mañana... la muchacha del dormitorio de Tom Driscoll, perplejo, intrigado, y preguntándose quién podía ser la desvergonzada criatura.

Capítulo XI

El asombroso descubrimiento del bobo Wilson

Hay tres modos infalibles de agradar a un autor, y los tres forman una escala ascendente de cumplidos: 1, decirle que se ha leído uno de sus libros; 2, decirle que se han leído todos sus libros; 3, pedirle que nos deje leer el manuscrito de su próximo libro. El n.º 1 nos conquista su respeto; el n.º 2 nos granjea su admiración; el n.º 3 nos lleva hasta lo más hondo de su corazón.

—Del calendario del Bobo Wilson.

En cuanto al Adjetivo; en la duda, táchalo.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Los gemelos llegaron poco después y la conversación se inició, fluida, amable y social, y bajo la influencia de la nueva amistad fue cobrando facilidad y fuerza. Wilson sacó su Calendario, a petición de ellos, y leyó uno o dos pasajes, que los gemelos alabaron con toda cordialidad. Eso agradó tanto al autor que accedió gustoso cuando le pidieron que les prestara una parte de su trabajo para leerlo en casa. En el curso de sus muchos viajes habían descubierto que hay tres medios seguros de agradar a un autor; ahora trabajaban en el mejor de los tres.

Entonces hubo una interrupción. El joven Tom Driscoll se presentó y se unió al grupo. Fingió ver por la primera vez a los distinguidos extranjeros cuando éstos se levantaron para darle la mano; pero no era más que una precaución, porque los había visto ya en la recepción, cuando fue a robar la casa.

Los gemelos tomaron mentalmente nota de que era de cara amable y bastante buen mozo, con movimientos suaves y ondulantes... graciosos, en realidad. A Angelo le pareció que tenía hermosos ojos; Luigi pensó que había algo velado y furtivo en ellos. Angelo pensó que tenía un modo de hablar fácil y agradable; Luigi pensó que asentía con demasiada facilidad. Angelo se dijo que era un joven bastante simpático; Luigi se reservó su decisión. La primera contribución de Tom a la conversación fue una pregunta que le había hecho ya a Wilson cien veces antes. La hacía de un modo alegre y bonachón, pero siempre producía un pequeño dolor, porque tocaba una herida secreta, pero esta vez el dolor fue más vivo, porque había extraños presentes.

—Bueno, ¿y cómo marcha la ley? ¿Has tenido ya un caso?

Wilson se mordió el labio, pero replicó.

—No... aún, no —con toda la indiferencia que pudo. El juez Driscoll, generosamente, no había hablado para nada de la abogacía al hacer la biografía de Wilson a los gemelos. El joven Tom rio amablemente y dijo:

—Wilson es abogado, caballeros, pero ahora no practica.

El sarcasmo hirió, pero Wilson se dominó y dijo, sin pasión:

—No practico, es cierto. Es cierto que nunca tuve un caso, y que durante veinte años me he tenido que ganar pobremente la vida en el pueblo como contable, que no puedo conseguir unos libros para poner en orden con toda la frecuencia que querría. Pero también es cierto que me preparé bien para practicar la abogacía. Cuando tenía tu edad, Tom, había elegido una profesión, y no tardé en tener la competencia necesaria para profesarla —Tom respingó—. Nunca tuve una oportunidad de probar mi suerte en ella, pero si la consigo me encontrará preparado, porque he seguido estudiando leyes durante todos estos años.

—¡Magnífico, así hay que perseverar! Me gustaría verlo. Me entran ganas de pasarte todos mis asuntos. Mis asuntos y tu práctica de la abogacía harían una linda pareja, Dave —y el joven rio de nuevo.

—Si me pasas... —Wilson pensaba en la muchacha que había visto en el dormitorio de Tom, e iba a decirle: «Si me pasas la parte clandestina e inmoral de tus asuntos, tal vez será bastante»; pero lo pensó mejor y dijo—: No obstante, no creo que eso sea un tema para una conversación general.

—Muy bien, vamos a cambiar de tema; creo que ibas a tomarlo a mal, de todos modos, así que estoy dispuesto a cambiar. ¿Qué tal marcha el Horrible Misterio? Wilson tiene un plan para lanzar al mercado el simple vidrio de ventanas, decorándola con grasientas huellas dactilares, y hacerse rico vendiéndolo a precios bajísimos a las testas coronadas de Europa para que decoren con él sus palacios. Muéstraselo, Dave.

Wilson trajo tres de sus tiras de cristal y dijo:

—Hago que la persona pase los dedos de su mano derecha por el pelo, para que se le pegue en ellos una pequeña capa de grasa natural, y luego le aprieto las yemas sobre el cristal. Se produce entonces una impresión fina y delicada de las líneas de la piel, que se conserva si no entra en contacto con algo que la borre. Empieza tú, Tom.

—Pero si creo que me tomaste las huellas una o dos veces antes.

—Sí, pero la última vez no eras más que un chico de doce años.

—Exacto. Claro, desde entonces he cambiado por completo, y a las testas coronadas les gusta la variedad.

Se pasó los dedos por el corto y espeso cabello, y los apretó sobre el vidrio. Angelo imprimió las yemas de sus dedos en otro vidrio, y Luigi lo hizo en el tercero. Wilson marcó los vidrios con los nombres y la fecha y los guardó. Tom lanzó una de sus risitas y dijo:

—Tal vez sería mejor no decir nada, pero si lo que buscas es la variedad, has derrochado un vidrio. Las huellas de la mano de un gemelo tienen que ser iguales que las del otro.

—Bueno, ahora ya está hecho y me gusta tener de todos modos las de los dos —le contestó Wilson, volviendo a su lugar.

—Dave, —agregó Tom— tú solías decirle la buena ventura a la gente cuando le tomabas sus huellas. Dave es un genio completo... un genio de la mejor categoría, caballeros; un gran científico desaprovechado en este pueblo, un profeta tan honrado como los profetas suelen serlo entre los suyos... porque aquí a nadie le interesa su ciencia, y le llaman a su cerebro, la fábrica de las ideas, ¿no es así, Dave? Pero es lo mismo; ya se destacará a su debido tiempo... Y creo que deberían dejar que les estudiara las palmas de las manos un día; merece más del doble del precio de la entrada, o si no les devuelven el dinero a la salida. ¡Pero si les lee las rayas con tanta facilidad como si fuera un libro, y no sólo les dirá cincuenta o sesenta cosas que van a ocurrirles, sino también cincuenta o sesenta que no les ocurrirán! Vamos, Dave, muéstraselos a los caballeros qué sabelotodo más inspirado tenemos en el pueblo, sin que nadie se haya enterado.

Wilson recibía con poco agrado aquellas bromas insistentes y no muy corteses, y los gemelos sufrían con él y por él. Ahora comprendían, y con acierto, que el mejor modo de ayudarlo era tomando la cosa en serio y tratándolo con respeto, ignorando las exageradas burlas de Tom; por eso, Luigi le dijo:

—En nuestros viajes hemos conocido a algunos quiromantes y sabemos las cosas asombrosas que pueden hacer. Si la quiromancia no es una ciencia, y una de las más grandes, además, no sé qué otro nombre puede dársele. En el Oriente...

Tom lo miró sorprendido e incrédulo y dijo:

—¿Esa charlatanería, ciencia? ¡Pero no habla en serio!, ¿verdad?

—Sí, absolutamente. Hace cuatro años nos leyeron las palmas de las manos como si estuvieran cubiertas de letra impresa.

—Bueno, ¿quiere decir que había algo de verdad en ello? —preguntó Tom, cuya incredulidad comenzaba a debilitarse un poco.

—Había mucho de verdad —le replicó Angelo—; lo que nos dijeron acerca de nuestros caracteres era exacto en todos sus detalles... no podríamos haberlo hecho mejor nosotros. Luego, nos hablaron de dos o tres cosas memorables que nos habían ocurrido... cosas que no conocían ninguno de los presentes, excepto nosotros.

—¡Pero eso es una verdadera brujería! —exclamó Tom, que empezaba a interesarse mucho—. ¿Y cómo les fue cuando les pronosticaron lo que les iba a pasar en el porvenir?

—En conjunto bastante bien —dijo Luigi—. Dos o tres de las cosas más notables que nos predijeron han ocurrido desde entonces; la más notable de todas ellas ocurrió dentro del año. Algunas de las profecías menores se han cumplido; algunas de las menores y de las mayores no se han cumplido aún y, naturalmente, no se cumplirán; de todos modos, a mí me sorprendería más que dejaran de cumplirse que se cumplieran.

Tom estaba muy impresionado y ya no bromeaba. Se excusó:

—Dave, yo no quería menospreciar esa ciencia; no eran más que bromas... ganas de hablar, mejor dicho. Me gustaría que les miraras las palmas de las manos. Vamos, ¿quieres hacerlo?

—Desde luego, si ellos quieren; pero les prevengo que no he tenido una posibilidad de convertirme en un experto y no pretendo serlo. Cuando un acontecimiento pasado se inscribe de un modo muy notable en la palma por lo general lo reconozco, pero los menores suelen escapárseme (no siempre, desde luego, pero sí a menudo); además, no confío mucho en mí cuando se trata de

predecir el futuro. Hablo como si la quiromancia fuera un estudio diario para mí, y no lo es. No he examinado media docena de manos en la última media docena de años; la gente lo toma en broma, y yo lo dejé para que no hablaran más de eso. Le diré lo que vamos a hacer, conde Luigi; probaré con su pasado, y si tengo éxito... no, mejor es que dejemos en paz el porvenir; eso es para un experto.

Tomó la mano de Luigi y Tom dijo:

—Espera... ¡no se la mires aún, Dave!, conde Luigi, aquí tiene papel y lápiz. Escriba esas cosas tan notables que le predijeron y que ocurrieron poco después de un año, y démela, para ver si Dave las encuentra en su mano.

Luigi escribió unas líneas, dobló el papel y se lo entregó a Tom, diciendo:

—Yo le diré cuándo debe mirar, si él lo descubre. Wilson empezó a estudiar la palma de Luigi, tratando las líneas de la vida, del corazón y de la cabeza, etcétera y anotando cuidadosamente sus relaciones con la red de líneas más finas y delicadas que las rodeaban por todos lados; tocó el almohadón de carne de la base de pulgar, y anotó su forma; palpó el carnosos costado de la mano entre la muñeca y la base del meñique, fijándose también en su forma; examinó con cuidado los dedos, observando su forma, proporciones y manera natural de disponerse en reposo. Todo eso era seguido con profundo interés por los espectadores, con las cabezas inclinadas sobre la palma de Luigi, sin que nadie turbara el silencio con una palabra. Wilson se dedicó entonces a un estudio atento de la palma, y sus revelaciones empezaron.

Fue describiendo el carácter y temperamento de Luigi, sus gustos, aversiones, tendencias, ambiciones y excentricidades, de un modo que hacía respingar a veces a Luigi y otros reír, pero los dos gemelos declararon que el retrato era artístico y correcto.

Luego, Wilson comenzó con la historia de Luigi. Procedía cautelosamente y con vacilación, moviendo lentamente el dedo a lo largo de las grandes líneas de la palma, y deteniéndose de cuando en cuando ante una «estrella» u otra señal, para examinar con minuciosidad sus cercanías. Proclamó uno o dos acontecimientos pasados, Luigi confirmó su exactitud, y la investigación prosiguió. Al poco rato, Wilson alzó los ojos con expresión sorprendida:

—Aquí hay un incidente que tal vez usted preferiría que no...

—Hable de él —dijo con amabilidad Luigi—. Le prometo que no me embarazará.

Pero Wilson seguía vacilando y no sabía muy bien qué hacer. Luego, dijo:

—Creo que es un asunto demasiado delicado para... para... preferiría escribirlo o decírselo al oído, para que usted mismo decida si quiere que se

hable de eso o no.

—Está bien así —dijo Luigi—; escríbalo.

Wilson escribió algo en un trozo de papel y se lo entregó a Luigi, quien lo leyó y le dijo a Tom:

—Desdoble su papel y léalo, señor Driscoll.

Tom leyó:

Me profetizaron que mataría a un hombre. Eso se cumplió antes de que pasara el año.

—¡Santo Dios! —agregó Tom.

Luigi le entregó a Tom el papel de Wilson y le pidió:

—Ahora, lea esto.

Tom lo hizo así:

Ha matado a alguien, pero no puedo decir si fue un hombre, una mujer o un niño.

—¡Por el fantasma de César! —exclamó Tom asombrado—. ¡Nunca oí cosa semejante! ¡La mano de un hombre es su peor enemigo! Piensen en eso... la mano del hombre guarda la historia de los secretos más hondos y fatales de su vida, y está traídoramente dispuesta a exponerlo ante cualquier brujo desconocido que sé presente. Pero ¿por qué deja que le lean la mano, si tiene esa cosa horrible escrita en ella?

—Oh —le contestó reposado Luigi—. No me importa. Maté al hombre por buenas razones y no lo lamento.

—¿Cuáles eran las razones?

—Bueno, pues que había que matarlo.

—Yo les diré por qué lo hizo, pues él mismo no lo dirá —intervino con vehemencia Angelo—. Lo hizo por salvarme la vida, fue por eso. De modo que era un acto noble y no algo que hay que ocultar en la oscuridad.

—Así es, así es —convino Wilson—; el hacer una cosa semejante para salvar la vida a un hermano es una buena acción.

—Vamos, vamos —dijo Luigi—; es muy agradable oírle decir esas cosas, pero si hablamos de abnegación, heroísmo o magnanimidad, las circunstancias cambian. Se olvida de un detalle; supongamos que no le hubiera salvado la vida a Angelo, ¿qué habría sido de la mía? Si hubiera dejado que lo matara el hombre, ¿no me habría matado también? Salvé mi propia vida, ya lo ve.

—Sí; así es como hablas tú —dijo Angelo— pero yo te conozco... y no creo que pensaste para nada en ti. Todavía conservo el arma con la que Luigi mató al hombre y un día se la mostraré. Ese incidente la hace interesante, y su historia antes de que llegara a manos de Luigi aumenta su interés. Se la regaló a Luigi un gran príncipe hindú, el Gaekwar de Baroda, y llevaba en su familia dos o tres siglos. Mató a muchas personas desagradables que perturbaron aquel hogar a lo largo de los tiempos. No es muy vistosa, pero no tiene la forma de los demás cuchillos, o dirks o como quieran llamarlo... miren, se la voy a dibujar —tomó una hoja de papel e hizo un rápido esbozo—. Ahí la tienen... es una hoja ancha y terrible, con los filos tan afilados como los de una navaja de afeitar. Los dibujos que están grabados en ella son los escudos o nombres de su larga línea de poseedores... yo hice que agregaran el de Luigi en letras romanas, con nuestro escudo de armas, como verán. Fíjense qué mango tan curioso tiene. Es de marfil sólido, pulido como un espejo, y tendrá cuatro o cinco pulgadas de largo... es redondo y tan grueso como la muñeca de un hombre y la punta achatada para poder apoyar en ella el pulgar; porque se agarra con el puñal apoyado en la punta chata... así... y luego se levanta y se descarga. El Gaekwar nos mostró cómo se hacía cuando se lo regaló a Luigi y antes de que hubiera terminado la noche Luigi había usado el cuchillo, y el Gaekwar tenía un hombre menos a su servicio. La funda está magníficamente adornada con gemas de gran valor. Desde luego, la funda es mucho más digna de admiración que el arma.

Tom se dijo para sí:

«Es una suerte que viniera aquí. Habría vendido el cuchillo por una miseria; me imaginé que las piedras eran cristal».

—Pero siga; no se detenga —le instó Wilson—. Ha despertado nuestra curiosidad y queremos saber lo del homicidio. Cuéntenoslo.

—Bueno, en breve, la culpa la tuvo el cuchillo. Un criado nativo se deslizó aquella noche en nuestra habitación del palacio, para matarnos y robar el cuchillo, por la fortuna incrustada en su funda, sin duda. Luigi lo tenía debajo de la almohada. Ardía una lamparita. Yo dormía, pero Luigi estaba despierto, y le pareció ver una forma vaga cerca de la cama. Sacó el cuchillo de su funda y estaba dispuesto, sin que lo embarazaran las ropas de la cama, porque hacía mucho calor y no teníamos ninguna. De repente, el nativo se alzó junto a nuestra cama, y se inclinó sobre mí, levantando la mano derecha, con un dirk apuntado a mi garganta; pero Luigi lo agarró de la muñeca, lo derribó e hincó su cuchillo en el cuello del hombre. Esa es toda la historia.

Wilson y Tom lanzaron dos grandes suspiros, y después de hablar un rato acerca de la tragedia, Wilson dijo, tomando la mano de Tom:

—Vamos, Tom, nunca pude estudiar tus palmas; quizá tienes algún secreto

que no quieres... ¡hol-la!

Tom le había retirado con violencia la mano y parecía muy confuso.

—¡Pero si se ha ruborizado! —dijo Luigi.

Tom le dirigió una mirada malévola y le contestó:

—¡Bueno, pues si me ruboricé no fue porque soy un asesino! —la morena cara de Luigi se encendió, pero antes de que pudiera hablar o moverse, Tom agregó con ansiosa prisa—: ¡Oh, le pido mil perdones! No quería decir eso; ¡se me escapó antes de que me diera cuenta, y lo siento mucho... tiene que perdonarme!

Wilson vino en su ayuda, y suavizó las cosas todo lo que pudo; y en realidad tuvo completo éxito por lo relativo a los gemelos, porque ellos sentían más la afrenta que le había hecho con su estallido de malas maneras Tom, que por el insulto hecho a Luigi. Pero el éxito no fue tan pronunciado con el ofensor. Tom trató de aparentar calma, y lo hizo bastante bien, pero en el fondo estaba lleno de resentimiento hacia los tres testigos de su estallido; en realidad, se sentía tan irritado porque lo hubieran presenciado y notado que casi se olvidó de irritarse consigo mismo por haberlo hecho delante de ellos. No obstante, poco después ocurrió algo que lo dejó casi cómodo, y le devolvió casi su estado anterior de caridad y amistad. Fue una pequeña disputa entre los gemelos; no gran cosa, pero una disputa de todos modos; y antes de que hubiera adelantado mucho, los dos estaban francamente irritados el uno con el otro. Tom quedó encantado; tan contento, en realidad, que cautelosamente hizo todo lo posible por aumentar esa irritación mientras fingía actuar movido por motivos más respetables. Gracias a su ayuda, el fuego se atizó hasta el punto álgido, y tal vez habría tenido la dicha de ver alzarse las llamas, dentro de un momento más, de no haber sido interrumpidos por una llamada en la puerta... una interrupción que le disgustó tanto como alegró a Wilson. Wilson abrió la puerta. El visitante era un irlandés de mediana edad, ignorante y enérgico, llamado John Buckstone, un gran político en pequeñas cosas, que siempre tenía un papel importante en los asuntos públicos de cualquier clase. En aquel momento, uno de los motivos que más excitaban al pueblo era el asunto del ron. Había un partido decididamente a favor del ron y otro decididamente en contra, Buckstone formaba parte del partido del ron, y lo habían enviado en busca de los gemelos para invitarlos a un mitin de esa facción. Dio la noticia y agregó que los clanes se estaban ya reuniendo en el gran salón de arriba del mercado. Luigi aceptó la invitación cordialmente, y Angelo con menos cordialidad, porque no le gustaban las multitudes y no bebía los poderosos alcoholes americanos. En realidad, era a veces abstemio... cuando resultaba prudente serlo.

Los gemelos se fueron con Buckstone, y Tom Driscoll se unió a ellos a

pesar de no haber sido invitado.

A lo lejos se podía ver una larga y ondulante hilera de antorchas que bajaban por la calle principal, y se oía el bajo redoblar del tambor, el sonar de los címbalos, el agudo sonido de un pífano, y el débil rugido de remotos hurras. El final de aquel desfile subía los escalones de la escalera del mercado cuando los gemelos llegaron allí; cuando entraron en el salón, estaba lleno de gente, antorchas, humo, ruido y entusiasmo. Buckstone los condujo a la plataforma (Tom Driscoll los seguía aún) y los presentó al presidente en medio de una prodigiosa explosión de bienvenida. Cuando el ruido se hubo demorado un poco, el presidente propuso que «nuestros ilustres invitados fueran elegidos, por aclamación, miembros de nuestra gloriosa organización, el paraíso de los libres y la perdición del esclavo».

Aquel elocuente discurso abrió las compuertas del entusiasmo de nuevo, y la elección se realizó con atronadora unanimidad. Luego se alzó una tempestad de gritos:

—¡Mojémoslos! ¡Mojémoslos! ¡Darles de beber!

Unos vasos de whisky les dieron a los gemelos. Luigi alzó el suyo y luego se lo llevó a los labios; pero Angelo dejó el suyo. Entonces hubo otra tempestad de gritos:

—¿Qué le pasa a ése? ¿Por qué no bebe el rubio? ¡Que se explique!

El presidente se informó y luego dijo:

—Hemos cometido un desgraciado error, caballeros. Me acabo de enterar de que el conde Angelo es opuesto a nuestro credo... que en realidad es abstemio y no quiere ser miembro de nuestra asociación. Desea que se reconsidere el voto por el que fue elegido. ¿Qué es lo que piensa hacer la asamblea?

Hubo un general estallido de risa, muchos silbidos y abucheos, pero el uso enérgico del martillo restableció en seguida algo parecido al orden. Entonces, habló un hombre de los presentes y dijo que, aunque sentía haber cometido aquel error, no sería posible rectificarlo en aquella reunión. De acuerdo al reglamento tendría que ser tratado en la reunión siguiente. No presentaría ninguna moción, porque no hacía falta ninguna. Deseaba presentar sus excusas al caballero, en nombre de la asamblea, y le rogaba que estuviera seguro de que los Hijos de la Libertad harían todo lo posible para que su temporal afiliación le resultara agradable.

El discurso fue recibido con grandes aplausos, mezclado con gritos de:

—¡Así se habla! ¡De todos modos es un buen muchacho, aunque sea abstemio! ¡Bebamos a su salud! ¡Vamos a cantarle algo!

Los vasos pasaron de mano en mano, y todos los que estaban en la plataforma bebieron a la salud de Angelo, mientras los presentes cantaban con voz atronadora:

Porque es tan buen muchacho

Porque es tan buen muchacho,

Porque es tan buen muchacho...

Y nadie lo puede negar.

Tom Driscoll bebió. Era su segundo vaso, porque se había bebido el de Angelo, en cuanto Angelo lo dejó. Los dos whiskies lo pusieron muy alegre, casi estúpidamente alegre, y empezó a tomar una parte muy animada e importante en lo que ocurría, especialmente en la música, los abucheos y las observaciones a los demás.

El presidente seguía al frente de la reunión, con los gemelos a cada lado. El extraordinario parecido de los gemelos sugirió una agudeza a Tom Driscoll, y en el momento en que el presidente empezaba a hablar, dio un paso hacia adelante y dijo a los presentes con aplomo de borracho:

—Muchachos, propongo que se calle, y deje que hablen estas almendras dobles humanas.

La descripción tan apropiada de la frase agradó a la concurrencia y hubo una gran carcajada general.

La sangre meridional de Luigi empezó a hervir en un momento por efecto de la violenta humillación de aquel insulto infligido en presencia de cuatrocientos desconocidos. No era propio de la naturaleza del joven dejar pasar esas cosas, o demorar el ajuste de cuentas. Se echó hacia atrás y le asestó una patada de un vigor tan titánico que alzó a Tom por encima de las candilejas y lo depositó sobre las cabezas de la primera fila de los Hijos de la Libertad.

Hasta a las personas sobrias no les gusta que les descarguen encima un ser humano cuando no están haciendo nada malo; y la persona que no está sobria no soporta esa clase de atenciones. El nido de los Hijos de la Libertad donde Driscoll había caído no tenía un solo pájaro en él; en realidad, no había probablemente una sola persona sobria en todo el auditorio. Driscoll fue lanzado, pronta e indignadamente sobre las cabezas de los Hijos de la fila siguiente, y esos Hijos lo pasaron hacia la de detrás, y luego empezaron a pegarse con los Hijos de la primera fila que se lo habían pasado a ellos. Esa conducta fue imitada del modo más estricto, fila tras fila, conforme Driscoll continuaba su tumultuoso viaje aéreo hacia la puerta; así que dejaba tras él una estela creciente de una rabiosa, maldiciente y peleadora humanidad. Los

grupos de antorchas fueron cayendo uno tras otro y, al poco rato, por encima del ruido ensordecedor del martillo, el rugido de las voces coléricas y el golpe de los bancos que se partían, se alzó el paralizante grito de «¡FUEGO!».

Las peleas cesaron instantáneamente; las maldiciones cesaron, por un instante claramente definido, reinó un silencio de muerte, una calma inmóvil donde antes reinaba la tempestad; luego, con un solo impulso, la multitud recobró la vida y la energía, y empezó a moverse, luchando, tambaleándose de aquí para allá, y sus bordes exteriores fueron desapareciendo por puertas y ventanas, disminuyendo de modo gradual la presión y aliviando a la masa.

Nunca hasta entonces los bomberos estuvieron tan a mano; porque no había ninguna distancia que recorrer esta vez, pues su cuartel se encontraba en la parte trasera del mercado. Había allí una compañía de bombas y otra de escaleras y ganchos. La mitad estaba compuesta de partidarios del ron, y la otra mitad de anti-rones, de acuerdo a la igualdad moral y política de moda en los pueblos de frontera de esa época. En el cuartel había los anti-rones suficientes para encargarse de las bombas y escalas. En dos minutos se habían puesto sus camisas rojas y sus cascos (porque nunca actuaban oficialmente sin el traje oficial) y mientras el mitin del piso de encima salía por la larga hilera de ventanas al techo de la arcada, los salvadores estaban ya preparados para recibirlos con un potente chorro de agua que lanzó a muchos fuera del techo y casi ahogó a los demás. Pero el agua era preferible al fuego, y la estampida a través de las ventanas continuó, y siguieron siendo recibidos por el implacable chorro hasta que el edificio quedó vacío. Entonces, los bomberos subieron al salón y lo inundaron con el agua necesaria para aniquilar cuarenta incendios como aquél; porque la compañía de bomberos del pueblo no tiene muchas oportunidades de lucirse, de modo que cuando se le presenta, aprovecha hasta el máximo. Los vecinos de aquel pueblo, si tenían un temperamento juicioso e inteligente, no se aseguraban contra los incendios sino contra la compañía de bomberos.

Capítulo XII

La vergüenza del juez Driscoll

El valor es la resistencia al miedo, el dominio del miedo... no la ausencia del miedo. Si la criatura no es en parte cobarde, no es ningún elogio llamarla valiente; es una simple aplicación errada de la palabra. ¡Consideremos la pulga! ..., sin duda alguna la criatura más valerosa de todas las criaturas de Dios, si la ignorancia del miedo fuera valor. Lo atacará, tanto despierto como dormido, sin importarle nada el hecho de que por tamaño y fuerza usted es

para ella como todos los ejércitos del mundo para un niño de pecho; vive día y noche, y todos los días y las noches en el seno mismo del peligro y en presencia de la muerte, y sin embargo siente tan poco miedo como el hombre que camina por las calles de una ciudad que fue destruida por un terremoto diez siglos atrás. Cuando se habla de Clive, Nelson y Putnam como de hombres que «no sabían lo que era el miedo», deberíamos agregar siempre la pulga... y ponerla a la cabeza de la lista.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El juez Driscoll estaba en la cama y dormido aquel viernes a las diez de la noche, y se levantó y se fue a pescar antes del amanecer del día siguiente, con su amigo Pembroke Howard. Los dos habían crecido juntos en Virginia cuando ese estado era aún el miembro principal y más imponente de la Unión, y todavía agregaban el orgulloso y afectuoso adjetivo de «vieja» a su nombre, cuando hablaban de él. En Missouri se reconocía la superioridad de cualquier persona procedente de la Vieja Virginia, y esa superioridad se exaltaba a la supremacía cuando un nativo de allí podía probar también que descendía de las Primeras Familias del gran estado. Los Howard y los Driscoll pertenecían a esa aristocracia. A sus ojos, era una nobleza. Tenían sus leyes no escritas, tan claramente definidas y estrictas como las que se encuentran impresas en los estatutos de la ley. El virginiano de las Primeras Familias nacía caballero; su deber más alto en esta vida era velar por esa gran herencia y mantenerla sin tacha. Debía mantener inmaculado su honor. Esas leyes eran su carta; su rumbo estaba marcado en ellas; si se desviaba de él aunque sólo fuera un punto de la brújula eso significaba el naufragio de su honor; es decir, la degradación de su rango de caballero. Esas leyes exigían ciertas cosas de él que su religión podía prohibir; entonces la religión tenía que ceder... porque las leyes no podían aflojarse para dar gusto a las religiones ni a nada. El honor era lo primero; y las leyes definían lo que era, y si ellas diferían en ciertos detalles del honor definido por los credos religiosos y las leyes y costumbres sociales de otras pequeñas divisiones del globo que estaban más allá de los sagrados límites de Virginia, esas leyes no tenían que cumplirse.

Si todos reconocían en el juez Driscoll al primer ciudadano de Dawson's Landing, Pembroke Howard era sin duda el segundo. Le llamaban el «gran abogado»... un título bien ganado. Él y Driscoll tenían la misma edad... uno o dos años más de los sesenta.

Aunque Driscoll era librepensador y Howard un ferviente y decidido presbiteriano, su cálida intimidad no había sufrido como consecuencia de eso. Eran hombres cuyas opiniones eran cosa propia y no sometida a revisión ni enmienda, sugerencia ni crítica de nadie, ni siquiera de sus amigos.

Terminada la pesca del día vinieron navegando río abajo en su barco,

hablando aún de política y otros asuntos importantes, y entonces se encontraron con otra barca que venía del pueblo, con un hombre que les dijo:

—Me imagino que sabrá que uno de los gemelos le dio anoche una pateadura a su sobrino, juez.

—¿Qué hizo?

—Le dio una pateadura.

Los labios del viejo juez palidieron y sus ojos empezaron a relampaguear. Por un momento, la cólera lo ahogó, pero pudo pronunciar lo que quería decir:

—Bueno... bueno... siga, deme los detalles.

El hombre lo hizo. Cuando terminó, el juez quedó en silencio un minuto, dando vueltas en su cerebro al vergonzoso espectáculo de Tom pasando sobre las candilejas; luego dijo, como si reflexionara en voz alta:

—H... hum... no lo entiendo. Estaba durmiendo en casa. Él no me despertó. Me imagino que pensó que podía encargarse del asunto sin mi ayuda —su cara se iluminó de orgullo y placer al pensarlo, y agregó con complacencia—: Me gusta eso... es verdaderamente de la vieja sangre... ¿eh, Pembroke?

Howard sonrió con su sonrisa de hierro, y asintió aprobador con la cabeza. El portador de la noticia habló de nuevo.

—Pero Tom ganó al gemelo en el juicio.

El juez miró asombrado al hombre y le preguntó:

—¿El juicio? ¿Qué juicio?

—Tom llevó al hombre ante el juez Robinson por ataque y lesiones.

El viejo pareció reducirse de pronto, como el que ha recibido un golpe mortal. Howard saltó hacia él, al ver que caía en el fondo, desvanecido, y lo tomó en brazos, acostándolo de espaldas sobre la barca. Le mojó la cara con agua y le dijo al sobresaltado visitante:

—Siga adelante... no quiero que cuando se recobre lo encuentre aquí. Ya ve el efecto que han tenido sus imprudentes palabras; debería haber sido más considerado y no lanzarle así a la cara una cosa tan cruel y calumniosa como esa.

—Ahora me arrepiento mucho de haberlo dicho, señor Howard, y no lo habría hecho si lo hubiera pensado antes; pero no es una calumnia; lo que le dije es perfectamente cierto.

Se alejó remando. Poco después el juez se recuperaba de su desmayo y miraba lastimosamente en la cara inclinada sobre él, llena de simpatía.

—Dime que no es cierto, Pembroke; ¡dime que no es cierto! —le rogó con voz débil.

No había nada débil en los profundos tonos de órgano que le respondieron:

—Tú sabes tan bien como yo que es una mentira, viejo amigo. Él es de la mejor sangre del Antiguo Dominio.

—¡Dios te bendiga por decirlo! —exclamó el viejo caballero—. ¡Ah, Pembroke, fue un golpe tan grande!

Howard se quedó con su amigo y lo acompañó a casa, entrando con él. Era de noche y había pasado la hora de la cena, pero el juez no pensaba en cenar; estaba deseoso de que le refutaran la calumnia y de que Howard lo oyera también. Hizo llamar a Tom, quien vino inmediatamente. Estaba lastimado y rengo, y no tenía un aspecto muy alegre. Su tío lo hizo sentarse y dijo:

—Bueno, nos hemos enterado de tu aventura, Tom, además de una hermosa mentira agregada para adornarla. ¡Ahora quiero que la pulverices! ¿Qué medidas has tomado? ¿Cómo está el asunto?

—Ya se terminó. Lo llevé al tribunal y vencí. El Bobo Wilson lo defendió... el primer caso que tenía, y lo perdió. El juez le multó al perro miserable con cinco dólares por el ataque.

Howard y el juez se levantaron de un salto al oír la primera frase... por qué, no lo sabían; luego, se quedaron mirándose estupefactos. Howard permaneció en pie un momento y después se sentó tristemente sin decir nada. La cólera del juez empezó a hervir y estalló:

—¡Perro! ¡Miserable! ¡Gusano! ¿Quieres decirme que la sangre de mi raza ha recibido un golpe y fue arrastrándose por eso a un tribunal? ¡Contéstame!

Tom bajó la cabeza y respondió con su elocuente silencio. Su tío se lo quedó mirando con una expresión mezcla de asombro, vergüenza e incredulidad que daba pena ver. Por fin, dijo:

—¿Cuál de los gemelos fue?

—El conde Luigi.

—¿Lo desafiaste?

—N... no —vaciló Tom, palideciendo.

—Lo desafiarás esta noche. Howard te representará.

Tom empezó a descomponerse y se le notó. Daba vueltas y más vueltas al

sombrero entre las manos, y su tío lo miraba cada vez con más ira, conforme iban pasando, pesadamente, los segundos; luego, por fin, balbuceó y dijo, lastimosamente:

—¡Oh, por favor, no me pidas que lo haga, tío! ¡Es un diablo asesino... no podría... le... tengo miedo!

La boca del viejo Driscoll se abrió y se cerró tres veces antes de que consiguiera que cumpliera su función, y luego estalló:

—¡Un cobarde en mi familia! ¡Un Driscoll cobarde! ¡Oh, qué he hecho para merecer esa infamia! Fue tambaleándose hasta su escritorio de la esquina repitiendo de nuevo el lamento con voz desgarradora, y sacó de un cajón un papel que hizo lentamente pedazos, desparramándolos distraídamente detrás de él mientras se paseaba por la habitación, doliéndose y lamentándose aún. Por fin, dijo:

—Ya está, hecho fragmentos y pedazos de nuevo... mi testamento. De nuevo me has obligado a desheredarte, ¡vil hijo del más noble padre! ¡Sal de mi vista! ¡Vete... antes de que te escupa!

El joven no se demoró. Entonces, el juez se volvió a Howard.

—¿Serás mi segundo, amigo mío?

—Desde luego.

—Ahí hay papel y pluma. Redacta el desafío sin pérdida de tiempo.

—El conde lo tendrá en sus manos dentro de quince minutos —dijo Howard.

Tom se sentía muy apenado. Había perdido el apetito junto con su fortuna y el respeto de sí mismo. Salió por la puerta de atrás y bajó por el oscuro callejón, doliéndose y pensando que cualquiera fuere su conducta futura, por discreta y cuidadosa que fuese, no le ganaría de nuevo el favor de su tío, convenciéndole una vez más que debía reconstruir el generoso testamento que había visto destrozar delante de sus propios ojos. Por fin, decidió que podría. Se dijo que había triunfado ya una vez, y que si lo hizo entonces podría hacerlo de nuevo. Él se encargaría de eso. Dedicaría todas sus energías a la tarea, y volvería a triunfar, costara lo que costare a su conveniencia, y por mucho que limitara su vida frívola y amante de la libertad.

—Para empezar —se dijo— pagaré mis cuentas con el producto de mis robos y el juego se terminó... se terminó para siempre. Es el peor vicio que tengo... al menos desde mi punto de vista, porque es el que se puede descubrir con más facilidad, debido a la impaciencia de mis deudores. A él le pareció mucho dinero tener que pagarle doscientos dólares a mis deudores. Mucho dinero... ¡eso! ¡Si a mí me costó toda su fortuna! ..., claro que a él no se le

ocurrió pensarlo; algunas personas no ven más que su lado de las cosas. Si él hubiera sabido en la situación en que estoy ahora el testamento habría ido a la basura, sin necesidad del duelo. ¡Trescientos dólares! ¡Eso sí que es dinero! Pero, gracias a Dios, él no sabrá nada. En cuanto los haya pagado, ya no corro peligro; nunca más volveré a tocar una carta. Al menos, mientras él viva, lo juro. Es mi última reforma... lo sé... sí, y ganaré; porque si después de eso vuelvo a caer, será el fin.

Capítulo XIII

Tom contempla su ruina

Cuando reflexiono acerca de la gran cantidad de personas desagradables que han pasado a mejor vida, siento deseo de vivir de modo diferente.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Octubre. Un mes particularmente peligroso para especular en la Bolsa. Los demás son julio, enero, setiembre, abril, noviembre, mayo, marzo, junio, diciembre, agosto y febrero.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Reflexionando así, tristemente, Tom continuó su melancólico camino y pasó delante de la casa del Bobo Wilson, y luego entre vallas que cercaban baldíos a ambos lados hasta llegar cerca de la casa hechizada, y después volvió sobre sus tristes pasos, con muchos suspiros y el corazón angustiado. Deseaba ardientemente una compañía alegre. ¡Rowena! Su corazón saltó en el pecho al pensarlo, pero el pensamiento siguiente lo calmó... los detestados gemelos vivían allí.

Se hallaba en el lado sin habitar de la casa de Wilson, y al acercarse a ella notó que la sala estaba iluminada. Perfecto; los demás lo hacían sentirse a veces mal recibido, pero Wilson siempre se mostraba cortés con él, y la cortesía amable siempre surte efecto, aunque no intente disfrazarse de bienvenida. Wilson oyó pasos en el umbral, y luego que alguien se aclaraba la garganta.

«Es ese ganso vicioso y de mal carácter... pobre diablo, me parece que hoy no encuentra muchos amigos, después de la vergüenza de llevar al tribunal a alguien que lo atacó».

Un triste aldabonazo.

—¡Entra!

Tom entró y se dejó caer en una silla, sin decir nada. Wilson le dijo, bondadoso.

—¡Pero, muchacho, pareces desolado! No lo tomes tan a pecho. Trata de olvidar que te patearon.

—Oh, Dios mío —exclamó con abatimiento Tom—, no es eso, Bobo... no es eso. Es algo mil veces peor... oh, sí, un millón de veces peor.

—Pero, Tom, ¿qué quieres decir? ¿Rowena te ha...?

—¿Abandonado? No, pero el viejo sí.

Wilson se dijo para sí, «¡Ah, ja!», y pensó en la misteriosa muchacha del dormitorio. «¡Los Driscoll han descubierto algo!». Y luego en voz alta, gravemente:

—Tom, hay ciertos vicios que...

—Oh, qué diablos, esto no tiene nada que ver con los vicios. Quería que desafiara a ese condenado italiano, y yo no quise hacerlo.

—Sí, él querría que lo hicieras —le contestó Wilson, meditativo— pero lo que me extraña es, por una parte, que no te lo pidiera anoche, y que, con duelo o sin él, te dejara llevar el asunto a los tribunales. No es un lugar para eso. Y no es propio de él. No lo comprendo. ¿Qué pasó?

—Pasó que él no sabía nada. Estaba durmiendo cuando yo llegué a casa anoche.

—¿Y no lo despertaste?, Tom, ¿es posible?

Tom no conseguía mucho consuelo allí. Se meneó un momento, inquieto y luego contestó:

—Porque no se lo quise decir... eso es todo. Se iba a ir a pescar al amanecer con Pembroke Howard, y si yo metía a los gemelos en el calabozo, y estaba seguro de que lo conseguiría, nunca pensé que escaparían con una pequeña multa por haber hecho una cosa así, bueno... una vez que estuvieran en el calabozo quedarían deshonorados, y mi tío no querría ningún duelo con esa clase de tipos, ni me lo permitiría a mí.

—¡Tom, estoy avergonzado de ti! No comprendo cómo puedes tratar de ese modo a tu buen tío. Soy mejor amigo de él que tú; porque si hubiera conocido las circunstancias habría impedido que el caso se viera ante el tribunal hasta tener noticias tuyas y darle una oportunidad de caballero.

—¿Lo habrías hecho? —le preguntó Tom sorprendido—. ¡Y era tu primer caso! Porque sabías perfectamente bien que no habría habido tal caso si le hubieras dado esa oportunidad, ¿no? Y habrías terminado tus días como un

pobre, un don nadie, en vez de haber iniciado tu carrera y ser un abogado reconocido como hoy. ¿Realmente lo habrías hecho?

—Desde luego.

Tom lo miró unos momentos, y luego meneó tristemente la cabeza y agregó:

—Te creo... te doy mi palabra de que te creo. No sé por qué, pero te creo. Wilson, creo que eres el tonto mayor del mundo.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Bueno, te ha pedido que te batieras con el italiano y te negaste. ¡Miembro degenerado de una familia honorable! ¡Me siento avergonzado de ti, Tom!

—¡Oh, eso no es nada! Ya no me importa nada, porque ha vuelto a romper el testamento.

—Tom, dime la verdad... ¿no se enojó contigo más que por esas dos cosas... por llevar el caso a un tribunal y negarte a batirte?

Miró con atención la cara del joven, pero estaba completamente tranquila, lo mismo que la voz cuando le contestó:

—No, no se enojó conmigo por ninguna otra cosa. Si hubiera querido enojarse, lo habría hecho ayer, porque estaba de humor para eso. Llevó a ese par de tipos por todo el pueblo, para enseñárselo y cuando regresó no pudo encontrar el viejo reloj de plata de su padre, que está parado pero que él quiere tanto, y no pudo recordar lo que había hecho con él en los tres o cuatro días que hacía que no lo veía, y cuando yo llegué estaba todo preocupado; cuando le sugerí que probablemente no se había perdido sino que se lo habían robado, se irritó mucho y me dijo que era un necio... lo que me convenció, sin duda alguna, de que eso era lo que él temía que hubiera pasado, pero no quería creerlo porque las cosas perdidas tienen más posibilidades de recuperarse que las robadas.

—¡Uff! —silbó Wilson— otro más para la lista.

—¿Otro qué?

—Otro robo.

—¿Robo?

—Sí, robo. El reloj no se ha perdido; lo robaron. Ha habido otra serie de robos en el pueblo... y del mismo modo misterioso que ocurrió antes, como recordarás.

—¡No hablas en serio!

—¡Es algo tan cierto como que naciste! ¿No has perdido nada?

—No. Es decir, eché de menos la caja de lápices de plata que la tía Mary Pratt me regaló para mi cumpleaños...

—No la encontrarás... te la robaron...

—No, nada de eso; porque cuando sugerí que el reloj había sido robado y me gritaron tanto, subí a mi habitación y la examiné, y me faltaba la caja de lápices, pero estaba en otro lugar y la encontré.

—¿Estás seguro de no haber echado de menos nada más?

—Bueno, nada de importancia. Un pequeño anillo de oro que valdrá dos o tres dólares, pero ya aparecerá. Lo buscaré.

—En mi opinión, no lo encontrarás. Te digo que ha habido una serie de robos. ¡Entre!

El juez Robinson entró, seguido de Buckstone y del agente de policía del pueblo, Jim Blake. Se sentaron, y después de hablar un rato al azar, y hacer observaciones acerca del tiempo, Wilson dijo:

—A propósito, acabamos de agregar una cosa a su lista de robos, quizá dos. El viejo reloj de plata del juez Driscoll ha desaparecido, y Tom echó de menos un anillo de oro.

—Bueno, es un asunto feo —dijo el juez— y cada vez se está poniendo peor. Los Hankse, los Dobson, los Pilligrew, los Granger, los Hale, los Fuller, los Holcomb, en realidad todos los que viven cerca de Patsy Cooper han sufrido el robo de pequeñas alhajas, cucharillas de plata y cosas que se pueden llevar con facilidad. No cabe duda que el ladrón aprovechó la recepción de Patsy Cooper, cuando todos los vecinos estaban en su casa, y todos los negros pegados a la valla para ver el espectáculo, para asaltar las casas vecinas vacías, Patsy está muy disgustada por eso; disgustada por sus vecinos, y particularmente disgustada por los extranjeros, desde luego; tan disgustada, que todavía no ha podido preocuparse por sus pérdidas.

—Es el mismo ladrón —dijo Wilson—. Creo que no cabe duda de eso.

—El agente Blake no lo cree así.

—Sí, se equivocan —intervino Blake—; las otras veces era un hombre; había muchos indicios de esos, como se sabe en mi profesión, aunque no logramos echarle la mano encima; pero esta vez fue una mujer.

Wilson pensó en seguida en la misteriosa muchacha. No se apartaba de sus pensamientos. Pero de nuevo se equivocaba. Blake prosiguió:

—Era una vieja inclinada, con una cesta cubierta en un brazo, con velo y vestida de luto. Yo la vi subir al ferry ayer. Creo que vive en Illinois; pero no me importa donde vive, voy a atraparla... puede estar bien segura de eso.

—¿Qué le hace pensar que es una ladrona?

—Bueno, para empezar, porque no hay otra; y luego porque algunos carreteros negros que pasaban por la calle, la vieron entrar y salir de varias casas y me lo dijeron... y da la casualidad de que todas eran casas donde robaron.

Todos reconocieron que era una buena evidencia circunstancial. Hubo un silencio pensativo que duró unos momentos, y luego Wilson dijo:

—Por lo menos, hay una cosa buena. No puede empeñar ni vender la lujosa daga india del conde Luigi.

—¡Caramba! —saltó Tom— ¿desapareció también?

—Sí.

—¡Bueno, fue un lindo botín! Pero ¿por qué no puede empeñarla ni venderla?

—Porque cuando los gemelos dejaron anoche la reunión de los Hijos de la Libertad, la noticia de los robos corría por todas partes, y la tía Patsy estaba muy angustiada y quería saber si habían perdido algo. Ellos descubrieron que la daga había desaparecido y notificaron a la policía y a las casas de préstamos. Sí, fue un buen botín, pero la vieja no sacará nada de eso, porque la detendrían.

—¿Ofrecieron una recompensa? —preguntó Buckstone.

—Sí; quinientos dólares por el cuchillo y quinientos por el ladrón.

—¡Qué idea tan idiota! —exclamó el policía—. El ladrón no va a asomar la nariz ni a enviar a nadie. El que se presente será detenido, porque ningún prestamista perderá la oportunidad...

Si alguien se hubiera fijado en la cara de Tom en aquel momento su color verde grisáceo habría provocado curiosidad, pero nadie se fijó. Él se dijo para sí: «¡Terminé! Nunca podré pagar; el resto del botín no me servirá para pagar la mitad de las deudas. Oh, lo sé... terminé... y esta vez para siempre. ¡Oh, esto es horrible... no sé qué hacer ni a quién volverme!».

—Tranquilo, tranquilo —decía Wilson a Blake—. Yo les ideé su plan anoche, a las doce, y tenía terminados todos los detalles antes de las dos. Recobrarán su daga, y luego yo les explicaré cómo se hizo.

Pero había una gran curiosidad general; Buckstone dijo:

—Bueno, nos ha despertado demasiado el apetito, Wilson, y me permito decirle que si no le importa contárnoslo en confianza...

—Oh, yo se lo diría con mucho gusto, Buckstone, pero como los gemelos y yo convinimos en no decir nada, tengo que dejarlo así. Pero le doy mi palabra de que no tendrá que esperar más de tres días. Alguien se presentará muy pronto para cobrar la recompensa, y yo le mostraré el ladrón y la daga poco después.

El policía quedó decepcionado y perplejo. Insistió.

—Puede ser..., sí, y espero que así sea, pero que me ahorquen si veo cómo. Es algo demasiado complicado para un servidor.

El tema parecía agotado. Al parecer, nadie tenía nada más que ofrecer. Al cabo de un silencio, el juez de paz informó a Wilson de que él, Buckstone y el policía habían venido como un comité, de parte del partido demócrata, para pedirle que se presentara a las elecciones de alcalde... porque el pequeño pueblo iba a convertirse en ciudad y su primera elección municipal se acercaba. Era la primera atención que Wilson recibía de cualquiera; era bastante humilde, pero también un reconocimiento de su debut en la vida y actividades del pueblo; era un paso hacia adelante y él se sintió profundamente conmovido. Aceptó, el comité se fue, y el joven Tom los siguió.

Capítulo XIV

Roxana insiste en la reforma

La verdadera sandía del sur es una bendición aparte, que no se debe mencionar con las cosas más comunes. Es el principal de los lujos del mundo, reina por la gracia de Dios de las demás frutas de la tierra. Cuando uno la ha probado, sabe lo que comen los ángeles. Lo que Eva comió no fue una sandía del Sur; lo sabemos porque se arrepintió.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Aproximadamente a la misma hora que Wilson despedía al comité, Pembroke Howard entraba en la casa de al lado. Halló al juez sentado, severo y rígido en su sillón, esperando.

—¿Y bien, Howard..., qué noticias traes?

—Las mejores del mundo.

—Acepta, ¿no? —y la luz de la batalla brilló alegre en los ojos del juez.

—¿Que si acepta? Con entusiasmo.

—¿De veras? Bueno, me parece muy bien... muy bien; eso me gusta. ¿Cuándo va a ser?

—¡Ahora! ¡En seguida! ¡Esta noche! ¡Es un hombre admirable..., admirable!

—¿Admirable? ¡Es un encanto! Es un honor y un placer el enfrentarse con un hombre así. ¡Ve a verlo en seguida! Arréglalo todo... y preséntale mis más cordiales cumplidos. Es un hombre raro, desde luego; ¡un hombre admirable, como has dicho!

Howard salió presuroso, diciendo:

—Lo llevaré al baldío que hay entre la casa de Wilson y la hechizada dentro de una hora, y llevaré mis propias pistolas.

El juez Driscoll empezó a pasearse por la habitación en un estado de agradable excitación; pero de pronto se detuvo y empezó a pensar... empezó a pensar en Tom. Dos veces fue hacia el escritorio, y las dos dio media vuelta; pero finalmente se dijo:

—Esta puede ser mi última noche en el mundo... no debo arriesgarme. Es inútil e indigno, pero la culpa es en gran parte mía. Su padre me lo confió en su lecho de muerte, y yo lo mimé para mal suyo, en vez de educarlo severamente y hacer de él un hombre. No he cumplido con mi misión, y no debo agregar a eso el pecado de deserción. Lo he perdonado ya una vez, y lo sometería a una larga dura prueba, si viviera, antes de perdonarlo; pero no debo correr ese riesgo. No, debo rehacer el testamento. Pero si sobrevivo al duelo, lo esconderé, y él no lo sabrá, ni se lo diré hasta que no se haya reformado, y hasta que vea que su reforma es permanente.

Volvió a redactar el testamento, y su sobrino ostensible se convirtió de nuevo en su heredero. Mientras terminaba su tarea. Tom, cansado por su largo y preocupado paseo, entró en la casa y pasó en puntillas delante de la sala. Miró hacia dentro y apresuró el paso, porque la vista de su tío no significaba aquella noche para él más que nuevos terrores. ¡Pero su tío estaba escribiendo! Era muy raro, a hora tan tardía. ¿Qué podía estar escribiendo? Un angustioso frío se apoderó del corazón de Tom. ¿Lo que escribía le concernía a él? Eso temía. Se dijo que cuando empieza la mala suerte no llueve, sino jarrea. Y decidió enterarse del contenido del documento, o de la razón por qué escribía. Oyó llegar a alguien y se ocultó lejos de la vista del que venía. Era Pembroke Howard. ¿Qué estaría tramando?

Howard dijo con gran satisfacción.

—Todo está listo y arreglado. Él ha ido al campo del desafío con su

padrino y un médico... y también con su hermano. Yo lo arreglé todo con Wilson... Wilson es su padrino. Vais a disparar tres tiros cada uno.

—¡Perfecto! ¿Cómo es la luna?

—Tan clara como si fuera de día. Perfecta para la distancia... quince yardas. No hay viento... ni un soplo; es una noche caliente y serena.

—Muy bien; de primera. Mira, Pembroke, lee esto y firma como testigo.

Pembroke leyó el testamento y lo firmó, y luego dio un cordial apretón de manos al viejo y dijo:

—Me parece muy bien, York... pero sabía que lo harías. No podías dejar al pobre muchacho luchando con la vida sin dinero ni una profesión, seguro de ser vencido, y yo sabía que lo harías, por su padre, ya que no por él.

—Por la memoria de su padre, no podía hacerlo, ya lo sé; por el pobre Percy... pero tú sabes lo que Percy fue para mí. Mas, escucha... Tom no tiene que enterarse a menos que yo muera esta noche.

—Entendido. Guardaré el secreto.

El juez guardó el testamento, y los dos se dirigieron al lugar del duelo. Un minuto después, el testamento estaba en manos de Tom. Su pena desapareció, sus sentimientos sufrieron un tremendo cambio. Guardó cuidadosamente el testamento en su lugar, y abrió la boca y alzó su sombrero, una, dos, tres veces, imitando tres hurras, aunque ningún sonido salió de sus labios. Empezó a hablarse a sí mismo, excitadamente y con alegría pero, de cuando en cuando, lanzaba otra serie de mudos hurras.

Se decía: «Recobré la fortuna otra vez, pero no dejaré que se enteren de que lo sé. Esta vez voy a reformarme. No correré más riesgos. No jugaré más, no beberé más, porque... bueno, porque no pienso volver a ningún sitio donde se hagan esas cosas. Es el modo más seguro, el único seguro; debería haber pensado en eso antes... bueno, sí, lo habría hecho si hubiera querido. Pero ahora... Dios mío, me llevé un buen susto y no pienso arriesgarme más. ¡Caramba!, esta misma noche me convencí de que podría hacerle cambiar de idea sin mucho esfuerzo, pero desde entonces me he ido poniendo cada vez más triste y preocupándome más. Si me habla de esto, muy bien; pero si no lo hace, no diré nada. Yo... bueno, me gustaría decírselo al Bobo Wilson, pero... no, pensándolo bien es mejor no hacerlo. —Lanzó otro hurra mudo y agregó —: ¡Me reformaré y esta vez va en serio!».

Iba a terminar su meditación con una gran demostración silenciosa, cuando recordó de pronto que Wilson le había impedido vender o empeñar el cuchillo indio, y que de nuevo se hallaba en grave peligro de que sus deudores lo expusieran ante su tío por esa razón. Su alegría desapareció del todo, y dando

media vuelta se dirigió hacia la puerta, gimiendo y lamentándose acerca de su mala suerte. Subió lentamente arriba, y permaneció largo tiempo reflexionando en su dormitorio, desconsolado y abatido, con el cuchillo de Luigi por compañero. Por fin dijo:

—Cuando supuse que las piedras eran cristal y el marfil, hueso, el cuchillo no tenía ningún interés para mí porque carecía de valor, y no podía sacarme del apuro. Pero ahora... ahora está lleno de interés; sí, de un interés capaz de partir el corazón a cualquiera. Es una bolsa de oro que se ha convertido en polvo y ceniza entre mis manos. Podría haberme salvado, y con toda facilidad, y sin embargo tengo que ir a la ruina. Es como ahogarse con un salvavidas al alcance de la mano. Toda la mala suerte es para mí y la buena suerte para los demás... por ejemplo para el Bobo Wilson; hasta su carrera parece iniciarse al fin, ¿y qué ha hecho para merecerlo, me gustaría saber? Sí, él se abrió camino, pero no se contenta con eso y quiere cerrarme el mío. El mundo es sórdido y egoísta, y me gustaría estar fuera de él. —Dejó que la luz de la vela jugara con las piedras de la vaina, pero el brillo y los centelleos no tenían ningún encanto para él; sólo le producían dolor en el corazón—. No debo decirle nada a Roxy acerca de esto —se dijo—, es demasiado atrevida. Me pediría que sacara las piedras y las vendiera, y luego... bueno, pues la detendrían y le seguirían la pista a las piedras y... —el pensamiento le hizo estremecerse y ocultó el cuchillo, tembloroso de pies a cabeza y mirando furtivamente a su alrededor, como un criminal que se imagina que su acusador anda cerca.

¿Debería tratar de dormir? Oh, no, el sueño no era para él; su problema era demasiado acuciante, demasiado afligente para eso. Necesitaba lamentarse con alguien. Llevaría su desesperación a Roxy.

Había oído algunos disparos lejanos, pero eso era algo común, y no le hicieron mucha impresión. Salió por la puerta de atrás y se dirigió hacia el oeste. Pasó por la casa de Wilson y siguió camino adelante, y a poco vio unas figuras que se acercaban a la casa de Wilson atravesando los baldíos. Eran los duelistas que regresaban del duelo; creyó reconocerlos, pero como no deseaba la compañía de los blancos, se ocultó detrás de una valla hasta que se hubieron alejado.

Roxy se sentía muy contenta. Le preguntó:

—¿Eras tú, hijo? ¿Estuviste con él?

—¿En qué?

—En el duelo.

—¿Duelo? ¿Ha habido un duelo?

—Claro que lo ha habido. El viejo juez tuvo un duelo con uno de los

gemelos.

—¡Santo Dios! —y luego agregó para sí: «Eso fue lo que le hizo redactar un nuevo testamento; pensó que podían matarlo y se compadeció de mí. Y por eso estaban tan ocupados él y Howard... Oh, Dios mío, si mataron al gemelo, yo ya no tendría...».

—¿Qué andas farfullando, Chambers? ¿Eras tú? ¿No sabías que iba a haber un duelo?

—No. El viejo quiso hacerme pelear con el conde Luigi, pero no lo conseguí, de modo que me imagino que quiso dejar bien el honor de la familia él mismo.

Se echó a reír ante la idea, y siguió hablando, contándole detalladamente su conversación con el juez, y cómo se había escandalizado y avergonzado éste al enterarse de que tenía un cobarde en la familia. Por fin alzó los ojos y le tocó asombrarse a él. El pecho de Roxana estaba agitado por una pasión contenida, y lo miraba con ojos ardientes y una expresión de infinito desprecio en la cara.

—¡Y te negaste a pelear con un hombre que te había pateado, en lugar de aprovechar gustoso la oportunidad! ¡Y no te da vergüenza venir a decírmelo a mí, que traje al mundo un conejo tan miserable y cobarde! ¡Bah, me das asco! Es el negro que hay en ti, eso es. Tienes treinta y una partes de blanco y sólo una de negro, y esa parte es tu alma. No merece la pena salvarla; no merece la pena ni echarla en una pala para tirarla a la basura. Has deshonrado tu nacimiento. ¿Qué pensaría tu padre de ti? Es lo suficiente para hacerle darse vuelta en su tumba.

Las tres últimas frases hirieron a Tom y lo enfurecieron, y se dijo que si su padre viviera y se le pudiera asesinar, su madre no tardaría en enterarse de hasta qué punto él se creía en deuda con ese hombre, y de que él estaba dispuesto a pagar esa deuda con creces, y lo haría, aun a riesgo de su vida; pero se guardó el pensamiento para sí; era lo más prudente dado el estado actual de su madre.

—¿Qué ha sido de tu sangre de los Essex? No puedo comprenderlo. Y no sólo hay sangre de los Essex en ti, no... ¡ni mucho menos! Mi tatarabuelo era el viejo capitán John Smith, de la mejor sangre de la Vieja Virginia, y su tatarabuela o algo por el estilo, era Pocahontas, la reina india, y su esposo era un rey negro de África... ¡y sin embargo tú le huyes a un duelo deshonrando a todos tus antepasados, perro miserable! ¡Sí, es el negro que hay en ti!

Se sentó en su cajón de velas, soñadora. Tom no la interrumpió; a veces carecía de prudencia, pero no en circunstancias de esa clase. La tempestad de Roxana fue calmándose gradualmente, pero le costó trabajo morir, y aun

cuando parecía pasada del todo, estallaba de cuando en cuando en un trueno lejano, por decirlo así, en forma de exclamación murmurada. Una de ellas era, «No hay en él la cantidad de negro suficiente para que se le note en las uñas, y para eso hace falta muy poco... pero hay la necesaria para pintar su alma».

Al cabo de un rato, murmuró:

—Sí, señor, hay lo necesario para pintársela toda —y por fin sus lamentaciones cesaron del todo y su cara comenzó a aclararse... una señal que Tom, que había aprendido a reconocer sus cambios de genio, consideró de buen augurio, comprendiendo que estaba a punto de ponerse de buen humor. Se fijó en que, inconscientemente, ella se llevaba de cuando en cuando el dedo a la punta de la nariz. La miró con más atención y dijo:

—Mami, tienes despellejada la punta de la nariz. ¿Qué te pasó?

Ella lanzó una de esas alegres carcajadas que Dios, en su perfección, no ha concedido a nadie más que a los dichosos ángeles del cielo, y a los esclavos maltrechos de la tierra, y dijo:

—Eso fue por el duelo, yo tomé parte en él.

—¡Dios santo!, ¿te lo hizo una bala?

—¡Sí, señor, vaya si me lo hizo!

—¡Bueno, bueno! ¿Pero, cómo pasó?

—Del modo siguiente. Estaba aquí, dormitando en la oscuridad, cuando, ¡bang!, afuera se dispara un arma. Voy hacia el otro extremo de la casa, para ver lo que pasaba, y me paro junto a la ventana que da a la casa del Bobo Wilson y que no tiene cristales (claro que, en realidad, no los tiene ninguna) y me quedé ahí en la oscuridad, mirando hacia fuera, y allí abajo, a la luz de la luna, vi a uno de los gemelos maldiciendo (no mucho, maldiciendo bajito) ... era el moreno y maldecía porque una bala lo había tocado en el hombro. Y el Dr. Claypoole lo estaba curando, y el Bobo Wilson lo ayudaba, y el viejo juez Driscoll y Pen Howard esperaban un poco más allá a que les tocara de nuevo. Y un poco después se prepararon y dieron la señal, y las pistolas hicieron bang-bang y el gemelo dijo «¡Ay!», porque esta vez lo habían herido en la mano, y yo oí que la bala se hincaba en los maderos debajo de la ventana; luego volvieron a disparar, y el gemelo dijo «¡Ay!», otra vez, y yo también, porque la bala le rozó la mejilla y subió hacia aquí, rozó el costado de la ventana y me pasó silbando delante de la cara, despellejándome la nariz... ¡si me hubiera asomado media pulgada más me habría arrancado la nariz entera y me habría desfigurado! Aquí está la bala; la busqué.

—¿Te quedaste ahí todo el tiempo?

—¡Qué preguntas haces! ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Acaso tengo todos

los días una oportunidad de ver un duelo?

—¡Pero si estabas al alcance de las balas! ¿No tenías miedo?

La mujer resopló, despreciativa.

—¡Miedo! Los Smith-Pocahontas no le tienen miedo a nada y menos a las balas.

—Sí, me imagino que son valientes; lo que les falta es juicio. Yo no me habría quedado ahí.

—¡Nadie te acusa a ti!

—Sí, hirieron a todos excepto al gemelo rubio, al doctor y los testigos. El juez no fue herido, pero oí decir al Bobo que una bala le arrancó un trozo de pelo.

«¡Caramba! —se dijo Tom— estar tan cerca de la solución de mis problemas y errarla por una pulgada. Oh, Dios mío, todavía va a vivir lo suficiente para descubrir quién soy y venderme a un negrero... sí, y, lo haría en un minuto». Y agregó en voz alta y tono más grave:

—Madre, estoy metido en un buen lío.

Roxy contuvo el aliento con un espasmo y dijo:

—¡Hijo! ¿Por qué me lo dices así, tan de repente? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Bueno, hay una cosa que no te dije. Cuando no quise batirme, él rompió de nuevo el testamento y...

La cara de Roxana se puso pálida como la muerte y exclamó:

—¡Ahora sí que estás listo!... ¡y para siempre! Eso es el fin. Los dos vamos a morirnos de hambre y...

—Espera y escúchame hasta el final, ¿quieres? Pienso que cuando decidió batirse él, se imaginó que podían matarlo y que no tendría una oportunidad de perdonarme de nuevo en esta vida, de modo que volvió a redactar el testamento y yo lo he visto y está bien hecho. Pero...

—¡Oh, gracias a Dios, ahora estamos de nuevo a salvo!... ¡a salvo!... ¿por qué viniste entonces aquí para decirme esas cosas horribles?...

—Espera, te digo, y déjame terminar. El botín que reuní no sirve para pagar mis deudas, y cuando menos lo pensemos los acreedores... bueno, ya sabes lo que puede ocurrir.

Roxy bajó la cabeza y le pidió a su hijo que la dejara tranquila... que quería reflexionar acerca de aquello. Al poco rato le dijo, seriamente:

—Debes andarte con mucho cuidado. Y lo que debes hacer es lo siguiente. No lo mataron, y si le das el menor motivo, volverá a romper el testamento, y esa será la última vez, ¿me oyes? Por eso... tienes que demostrarle lo que puedes hacer, en estos días. Tienes que portarte bien, y que él lo vea; tienes que hacer todo lo posible para que te crea, y que conquistarte a la tía Pratt, también... porque ella tiene mucha influencia con el juez, y es la mejor amiga que tienes. Luego te irás a St. Louis, y eso le parecerá muy bien a él. Allí hablarás con la gente y les dirás que él no va a vivir mucho tiempo (y eso es verdad) y que les pagarás intereses... intereses grandes... diez por... ¿cómo lo llamas?

—¿Diez por ciento mensual?

—Sí. Luego, vas vendiendo tu botín, poco a poco, y les pagas con eso los intereses. ¿Para cuánto tiempo tienes?

—Creo que lo suficiente para pagar intereses cinco o seis meses.

—Entonces, todo marcha bien. Si no se muere dentro de seis meses, es igual... la Providencia proveerá. No correrás peligro... si te portas bien —le dirigió una austera mirada y agregó—: Y te vas a portar bien... ¿lo sabes?

Él se echó a reír y dijo que, por lo menos, iba a intentarlo. Ella no se suavizó y le respondió, grave:

—Intentarlo no basta. Vas a hacerlo. No vas a robar ni un alfiler..., porque ya no es conveniente; y no vas a ir con malas compañías... ni siquiera una vez, ¿entendido?; ni vas a beber una gota... ni una sola gota, ni a jugar una sola vez... ¡ni una! Eso no es lo que vas a tratar de hacer, sino lo que vas a hacer. Y yo sé por qué. Por lo siguiente. Voy a seguirte a St. Louis; y tú vas a venir a verme todos los días, y yo me encargo de ti; y si dejas de hacer una sola de esas cosas... una sola... te juro que iré derechito al juez y le diré que eres un negro y un esclavo... ¡y lo probaré! —hizo una pausa para dejar que sus palabras causaran la debida impresión y luego agregó:

—Chambers, ¿me crees cuando digo eso?

Tom estaba completamente sobrio. Y no había ninguna risa en su voz cuando le contestó:

—Sí, madre, ahora sé que me he reformado... y de modo permanente. Permanente... y más allá del alcance de la tentación humana.

—¡Entonces vete a casa y empieza!

Capítulo XV

El ladrón robado

Nada necesita tanta reforma como las costumbres de la gente.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El necio dijo, «No pongas todos tus huevos en una canasta», lo que no es más que un modo de decir, «Desparrama tu dinero y tu atención»; pero el sabio dijo, «Pon todos tus huevos en una canasta y... VIGILA ESA CANASTA».

—Del calendario del Bobo Wilson.

¡Qué temporada estaba pasando Dawson's Landing! Toda su vida había estado dormido, pero ahora casi no tenía ni tiempo de cerrar los ojos, con tal rapidez se sucedían los grandes acontecimientos y las tremendas sorpresas: el viernes por la mañana, primer vislumbre de la Nobleza Real, y también gran recepción en casa de la tía Patsy Cooper, además de la incursión del ladrón; el viernes por la tarde, dramática pateadura del heredero del primer ciudadano en presencia de cuatrocientas personas; el sábado por la mañana, estreno como abogado practicante del Bobo Wilson, tanto tiempo sumergido; el sábado por la noche, duelo entre el primer ciudadano y el extranjero titulado.

La gente se enorgulleció más del duelo, quizá, que de todos los demás acontecimientos juntos. Era una gloria para su pueblo que ocurriera allí una cosa así. Todo el mundo rendía homenaje a sus nombres; sus alabanzas estaban en todas las bocas. Hasta los padrinos de los duelistas recibieron una buena parte de la aprobación popular; por lo tanto, el Bobo Wilson se convirtió de pronto en un hombre importante. Cuando le pidieron que se presentara para alcalde, el sábado por la noche, corría peligro de ser derrotado, pero el domingo por la mañana era ya un hombre importante y con el éxito asegurado.

Los gemelos se habían vuelto prodigiosamente grandes; el pueblo los adoptó con entusiasmo. Día tras día y noche tras noche iban a comer y cenar de casa en casa, haciendo amigos, agrandando y solidificando su popularidad, y encantando y sorprendiendo a todos con sus prodigios musicales y acentuando de cuando en cuando esos efectos con muestras de lo que podían hacer en otras direcciones, tomadas de su reserva de raras y maravillosas habilidades. Estaban tan a gusto allí que dieron el aviso de treinta días necesario, según el reglamento, para obtener la ciudadanía, y resolvieron terminar sus días en aquel agradable lugar. Aquello fue el clímax. La comunidad, entusiasmada, se levantó y aplaudió como un solo hombre; y cuando se les pidió a los gemelos que se presentaran a las elecciones municipales y ellos accedieron, el contento del público fue total y completo.

Tom Driscoll no estaba muy alegre con todo aquello; aquellas cosas lo herían en lo más profundo. Odiaba a uno de los gemelos por haberlo pateado, y al otro por ser el hermano de quien lo pateó.

De cuando en cuando, la gente se preguntaba por qué no se había sabido nada del ladrón, del cuchillo robado ni del resto del botín, pero nadie podía verter ninguna luz en aquel asunto. Había pasado ya casi una semana y la cosa seguía siendo un misterio irritante.

El sábado, el agente Blake y el Bobo Wilson se encontraron en la calle y Tom Driscoll se unió a ellos a tiempo para iniciar la conversación. Le dijo a Blake:

—No tiene muy buena cara, Blake. Parece disgustado por algo. ¿No marchan bien los asuntos de la policía? Creo que, con toda razón y justicia, tiene una bien ganada fama de detective, ¿no? —lo que agradó a Blake, y se notó en su expresión. Entonces Tom agregó— sobre todo para un detective de pueblo —lo que no agradó a Blake, quien lo dejó conocer no sólo en su aspecto sino en su voz:

—Sí, señor, tengo una reputación; y es tan buena como la mejor de mi profesión, de pueblo o no de pueblo.

—¡Oh, perdón, no quería ofenderlo! Lo que quería preguntarle era si sabía algo de la vieja que robó en el pueblo... ya sabe, la vieja inclinada que usted dijo iba a pillar; y yo sabía que iba a hacerlo, porque tiene reputación de no haberse jactado nunca y... bueno, ¿pilló a la vieja?

—¡Maldita sea la vieja!

—¡Vamos, vamos!, ¿quiere decir que no la detuvo aún?

—No; no la he detenido. Si alguien pudiera detenerla, ese alguien sería yo; pero nadie podrá hacerlo, sea quien fuere.

—Lo siento de veras... por usted; porque cuando se sabe que un detective ha hablado con tanta confianza y luego...

—No se preocupe... no se preocupe; y en cuanto al pueblo, tampoco tiene por qué preocuparse. Yo me encargo de ella... puede quedarse tranquilo. Estoy sobre su pista, tengo unos indicios...

—¡Magnífico! Claro que si pudiera traerse un detective veterano de St. Louis para que le ayudara a descubrir qué significan esos indicios, a dónde llevan y...

—Yo soy lo suficientemente veterano, y no necesito ayuda de nadie. La habré detenido en menos de una se... en menos de un mes. ¡Lo juro!

Tom dijo con indiferencia:

—Me imagino que esa es la respuesta, sí... esa es la respuesta. Pero según parece es bastante vieja, y los viejos no sobreviven a veces al paso cauteloso del detective profesional, después de que ha reunido sus indicios y se lanza despacio a la caza.

La cara de Blake enrojeció bajo la burla, pero antes de que pudiera dar forma a su respuesta, Tom se había vuelto a Wilson y le decía, con una plácida indiferencia de voz y maneras:

—¿Quién se llevó la recompensa, Bobo?

Wilson respingó un poco y comprendió que ahora le tocaba el turno a él.

—¿Qué recompensa?

—¡Pues la recompensa por el ladrón, y la recompensa por el cuchillo!

Wilson le contestó... y bastante molesto, a juzgar por la vacilación con que lo hacía.

—Bueno... el... bueno, la verdad es que nadie la reclamó aún.

Tom pareció sorprenderse:

—¿Es posible?

Wilson demostró una ligera irritación al contestarle:

—Sí, es posible. ¿Y qué?

—Oh, nada. Yo pensé que se te había ocurrido una nueva idea, que habían inventado un plan que iba a revolucionar los gastados e ineficaces métodos de... —se detuvo y se volvió a Blake, muy contento ahora al ver que otro ocupaba su lugar en la parrilla—: Blake, ¿no pensó que él le había dado a entender que no sería necesario que persiguiera a la vieja?

—¡Por Dios!, él dijo que habría encontrado al ladrón y al botín dentro de tres días... ¡vaya si lo dijo!, y de eso hace justo una semana. Recuerdo que yo dije entonces que ningún ladrón, ni su cómplice iba a tratar de empeñar o vender una cosa si sabía que el prestamista podía cobrar las dos recompensas, llevándolo a la policía a él con el botín. ¡Es la idea más inteligente que se me ha ocurrido!

—Cambiaría de opinión —dijo Wilson con irritada brusquedad— si conociera todo el plan y no sólo una parte.

—Bueno —dijo el policía pensativo—, para mí no iba a resultar, y hasta ahora no ha resultado.

—Está bien, entonces déjelo como está, y espere un poco. Ha dado tanto resultado, que yo sepa, como sus métodos, por lo menos.

El policía no tenía ninguna frase a mano para contestarle, de modo que se contentó con lanzar un resoplido de descontento y no dijo nada.

Después de la noche en que Wilson reveló parte de su plan, Tom había tratado por distintos medios de adivinar su secreto, sin lograrlo. Entonces se le ocurrió darle una oportunidad de hacerlo a Roxana, que era más inteligente. Inventó un caso imaginario y se lo presentó. Ella reflexionó y le dio su veredicto. Tom se dijo para sí, «¡Acertó, sin duda!». Pensó que aquel era el momento de probar ese veredicto, y mirando la cara de Wilson dijo, reflexivo:

—Wilson, no eres ningún tonto... algo que todos acaban de descubrir. Fuera cual fuere tu plan, tenía sentido, aunque Blake opine lo contrario. No te pido que lo reveles, pero voy a suponer un caso... un caso que sirva como punto de partida para el caso real, que es el que me interesa. Ofreciste quinientos dólares por el cuchillo, y quinientos por el ladrón. Vamos a suponer, por decir algo, que la primera recompensa se anuncia, y la segunda se ofrece por carta particular a los prestamistas...

Blake se dio una palmada en el muslo y exclamó:

—¡Caramba, acertó, Bobo! Ahora bien, ¿por qué no se me ocurrió eso a mí o a cualquier idiota?

Wilson se dijo para sí, «Cualquiera que tenga un poco de inteligencia puede haber pensado eso. No me sorprende que Blake no lo descubriera; lo que me sorprende es que lo hiciera Tom. Hay más cosas en su cabeza de lo que yo pensaba». Pero no dijo nada en voz alta y Tom prosiguió:

—Muy bien. El ladrón no sospecharía la existencia de una trampa, y llevaría o enviaría con alguien el cuchillo, diciendo que lo había comprado por una miseria, que lo encontró en el camino, o algo por el estilo, y al tratar de cobrar la recompensa lo detendrían, ¿no?

—Sí —dijo Wilson.

—Eso pensaba —dijo Tom—. No cabe duda. ¿Has visto el cuchillo?

—No.

—¿Lo ha visto algún amigo tuyo?

—No, que yo sepa.

—Bueno, empiezo a comprender por qué falló tu plan.

—¿Qué quieres decir, Tom? ¿A dónde vas a parar? —le preguntó Wilson, que empezaba a sentirse inquieto.

—Pues a que no existe ese cuchillo.

—Mire, Wilson —intervino Blake—, creo que Tom Driscoll tiene razón...

por mil dólares, si yo los tuviera.

La sangre de Wilson empezó a calentársele y se preguntó si aquellos dos extranjeros no le habrían tomado el pelo; desde luego, parecía que era así. Pero ¿qué ganaban con ello? Lanzó la sugerencia. Tom replicó.

—¿Ganar? Oh, nada que tú valorarías, quizá. Pero esos extranjeros se están abriendo camino en una comunidad nueva. ¿Te parece poco el presentarse como los amigos de un príncipe oriental... y a ningún costo? ¿Te parece poco que deslumbren al pueblo con recompensas de mil dólares... y a ningún costo? Wilson, no existe ese cuchillo, o tu plan lo habría hecho relucir. O, si ese cuchillo existe, ellos lo tienen aún. Yo creo que ellos lo han visto, porque Angelo lo dibujó muy rápidamente con su lápiz, de modo que no podía haberlo inventado y, desde luego, yo no puedo jurar que no lo tuvieron nunca; pero esto sí puedo asegurarlo... si lo tenían cuando llegaron al pueblo, lo siguen teniendo aún.

Blake intervino.

—Tal como lo dice Tom me parece muy razonable; muy razonable.

Tom le respondió mientras daba media vuelta para despedirse.

—Busque a la vieja, Blake, y si ella no le puede dar el cuchillo, ¡registre a los gemelos!

Tom se alejó. Wilson se sentía muy deprimido y casi no sabía qué pensar. Le desagradaba privarles de su confianza a los gemelos, y resolvió no hacerlo por algo tan indeciso como aquello; pero... bueno, reflexionaría y luego decidiría cómo actuar.

—Blake, ¿qué opina del asunto?

—Bueno, Bobo, tengo que reconocer que opino como Tom. No tienen el cuchillo; y si lo tenían, lo tienen aún.

Los hombres se separaron. Wilson se dijo:

«Creo que lo tenían; si se lo hubieran robado, mi plan habría hecho que lo recobrarán, seguro. Y por eso creo que lo tienen aún».

Tom no tenía ningún propósito en la mente cuando se encontró con los dos hombres. Cuando empezó a hablar sólo deseaba irritarlos un poco y sacar de eso un poco de entretenimiento malicioso. Pero cuando se fue, lo hizo muy animado, porque se daba cuenta de que por pura suerte, y sin ningún trabajo, había conseguido varias cosas deliciosas; había herido a los dos hombres en lo vivo y los había visto dolerse; había modificado la simpatía de Wilson por los gemelos, con un dejo de amargura que ahora no podría sacarse de la boca; y, lo mejor de todo, había hecho descender a los odiados gemelos en el favor de la

comunidad; porque Blake hablaría con libertad, como hacen los detectives, y al cabo de una semana todo el pueblo se reiría de ellos por haber ofrecido una generosa recompensa por una baratija que nunca poseyeron o no habían perdido. Tom estaba muy satisfecho de sí.

La conducta de Tom en su casa había sido perfecta durante toda la semana. Sus tíos nunca lo vieron así antes. No podían encontrarle una sola falta.

El sábado por la tarde le dijo al juez.

—Hay algo en lo que no puedo dejar de pensar, tío, y como me voy a ir y tal vez no vuelva a verte de nuevo, no puedo soportarlo más. Te dejé creer que tenía miedo de enfrentarme con el aventurero italiano. Tenía que evadirme de aquello con cualquier pretexto, y quizá no elegí bien, porque me pilló desprevenido, pero ninguna persona honorable habría consentido batirse con él, sabiendo lo que yo sé acerca de él.

—¿Sí? ¿Y qué era eso?

—El conde Luigi es un asesino confeso.

—¡Increíble!

—Es perfectamente cierto. Wilson lo descubrió en su palma, por la quiromancia, y le acusó de ello, acorralándolo de tal modo que no tuvo más remedio que confesar; pero los dos gemelos nos rogaron de rodillas que guardáramos el secreto, y juraron que aquí iban a vivir rectamente; y era algo tan lastimoso que les dimos nuestra palabra de honor de que no los descubriríamos mientras cumplieran su promesa. Tú lo habrías hecho así, tío.

—Tienes razón, muchacho; lo habría hecho. El secreto de un hombre le pertenece, y es sagrado, cuando se le saca de ese modo, por sorpresa. Hiciste bien y estoy orgulloso de ti. —Y luego añadió, con melancolía—: Pero me habría gustado que me evitaran la vergüenza de verme en el campo del honor con un asesino.

—No pude evitarlo, tío. Si hubiera sabido que ibas a desafiarlo me habría visto obligado a sacrificar mi promesa para impedirlo, pero de Wilson no se podía esperar otra cosa excepto que guardara el secreto.

—Oh, no; Wilson hizo bien y no se lo censuro. Tom, Tom, me has quitado un gran peso del corazón; me habías herido hasta lo más íntimo cuando creí descubrir que tenía un cobarde en la familia.

—Ya te imaginarás lo que me costó asumir ese papel, tío.

—Oh, ya lo sé, pobre muchacho, ya lo sé. Y comprendo cuánto te ha costado sufrir ese injusto estigma tanto tiempo. Pero ahora todo pasó y no ha habido ningún daño. Me has devuelto la tranquilidad, y con ella, has recobrado

la tuya; y los dos hemos sufrido ya demasiado.

El viejo se quedó allí un rato sentado, sumido en sus pensamientos; luego alzó los ojos con mirada satisfecha y agregó:

—El que ese asesino me haya enfrentado dejando que me batiera con él en el campo del honor, como si fuera un caballero, es algo que tengo que arreglar... aunque no ahora. No lo mataré hasta después de las elecciones. Antes de eso hallaré un medio de arruinarlos a los dos; eso es lo primero de todo. Te prometo que ninguno de los dos será elegido. ¿Estás seguro de que nadie sabe que es un asesino?

—Perfectamente seguro, señor.

—Será una buena carta de triunfo. Empezaré a insinuarlo cuando llegue el día de las elecciones. Eso va a hundirlos a los dos.

—No me cabe la menor duda. Será su fin.

—Eso y un trabajo entre los votantes, desde luego. Quiero que vengas aquí, de cuando en cuando, y empieces a trabajar a la gente del pueblo. Tendrás que gastar dinero con ellos; pero yo te lo daré.

¡Otro punto ganado contra los detestados gemelos! Realmente aquél era un gran día para Tom. Eso le animó a disparar un último tiro contra el mismo blanco.

—¿Te acuerdas del maravilloso cuchillo indio del que tanto hablaban los gemelos? Bueno, pues ni hay rastros de él; de modo que el pueblo empieza a desconfiar y a reírse. La mitad de la gente cree que no existió ese cuchillo, y la otra mitad que lo tenían y lo tienen aún. He oído a veinte personas hablar de eso hoy.

Sí, la irreprochable semana de Tom le había devuelto el favor de su tío y su tía.

Su madre estaba satisfecha también de él. En privado, empezaba a tenerle cariño, pero no se lo decía. Le dijo que ahora debía irse a St. Louis, y que ella se prepararía y lo seguiría. Luego destrozó su botella de whisky y dijo:

—¡Y ahora escucha! Te voy a hacer andar derecho, Chambers, y te juro que no vas a tener un mal ejemplo con tu mami. Te dije que a mí no me gustaban las malas compañías. Bueno, pues tú te vas a contentar con la mía y eso es todo. ¡Ahora, vete!

Tom subió a bordo de uno de los grandes vapores, aquella noche, con su bolsa cargada de botín y se durmió con el sueño de los injustos, que es más sereno y profundo que el de los demás, como sabemos por haber escuchado la historia de un millón de picaros. Pero cuando despertó por la mañana, la suerte

le había vuelto la espalda: otro ladrón, mientras dormía, se lo había robado todo y había bajado a tierra en el primer desembarcadero.

Capítulo XVI

Vendida rio abajo

Si recogéis a un perro muerto de hambre y le dais de comer, no os morderá. Esa es la principal diferencia entre un perro y un hombre.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Conocemos las costumbres de las hormigas, conocemos las costumbres de las abejas, pero no conocemos las costumbres de las ostras. Parece casi seguro que hemos elegido un mal momento para estudiar las ostras.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Cuando llegó Roxana, encontró a su hijo en un estado tal de desesperación y miseria que su corazón se conmovió y sintió crecer en ella su condición de madre. Ahora, su ruina estaba más allá de toda esperanza; su destrucción sería inmediata y segura, y él se convertiría en un paria sin amigos. Esa era razón más que suficiente para que cualquier madre amara a su hijo; y ella lo amó y se lo dijo así. Eso lo hirió secretamente... porque ella era una «negra». El serlo también él no lo reconciliaba, ni mucho menos con la despreciada raza.

Roxana lo cubrió de frases de cariño, a las que él respondió incómodo, lo mejor que pudo. Y trató de consolarlo, pero eso no era posible. Esas intimidades se le hicieron horribles a él, inmediatamente, y trató de reunir el valor suficiente para decírselo así a ella, y pedirle que las suprimiera o las modificara considerablemente. Pero le temía; y además, en aquel momento había una pausa, porque ella se había puesto a pensar. Trataba de inventar un plan para salvarlo. Por fin se levantó y dijo que había encontrado una salida. A Tom casi lo sofoca la alegría al oír aquella buena noticia imprevista. Roxana dijo:

—El plan es el siguiente y va a resultar. Yo soy negra, y nadie que me oiga hablar lo dudará. Valgo seiscientos dólares. Véndeme y paga las deudas del juego.

Tom se quedó aturdido. No estaba seguro de haber oído bien. Quedó en silencio un momento y luego le contestó:

—¿Quieres decir que dejarías que te vendiera como esclava para salvarme?

—¿No eres mi hijo? ¿Y no sabes que no hay nada que una madre no esté

dispuesta a hacer por su hijo? No hay nada que una madre blanca no haga por su hijo. ¿Quién la hizo así? El Señor. ¿Y quién hizo a las negras? El Señor. Por dentro, todas las madres son lo mismo. El buen Señor las hizo a todas igual. Vas a venderme como esclava y, dentro de un año, vas a comprar a tu vieja mami para darle la libertad. Yo te mostraré cómo tienes que hacerlo. Este es el plan.

Las esperanzas de Tom empezaron a crecer y, con ellas, su buen humor. Dijo:

—Mami, eres muy buena conmigo... pero yo...

—¡Dilo de nuevo! ¡Y síguelo diciendo! Es toda la recompensa que deseo en este mundo, y es más que suficiente. Que Dios te bendiga, tesoro, y cuando esté trabajando como una esclava y ellos me traten mal, si sé que tú dices eso y piensas en mí, bastará para que se me curen todas las heridas y pueda soportarlas.

—Lo diré una y otra vez, mami, y no dejaré de decirlo. Pero ¿cómo voy a venderte? Eres libre, ya lo sabes.

—¡Y qué diferencia hay! Los blancos no son muy exigentes. La ley puede venderme ahora, si me dicen que deje el estado dentro de seis meses y no lo hago. Tú escribes un papel (un contrato de venta) y lo llevas lejos de aquí, a Kentucky o algo por el estilo, le haces poner unas firmas y dices que me venderás barata porque necesitas dinero; ya verás cómo no tienes inconvenientes. Llévame al campo río arriba y véndeme a una granja; esas gentes no hacen preguntas si les ofreces una ganga.

Tom falsificó un contrato de venta y vendió a su madre a un plantador de algodón de Arkansas por un poco más de seiscientos dólares. No quería cometer esa traición, pero la suerte le puso al hombre en su camino, y eso le evitó el ir al campo en busca de comprador, corriendo el riesgo de que le hicieran muchas preguntas, mientras que el plantador estaba tan contento con Roxy que casi no le hizo ninguna. Además, el plantador insistió en que Roxy no sabría dónde estaba, al principio, y que cuando lo descubriera se habría contentado ya con su suerte.

Por eso, Tom se convenció a sí mismo de que era una gran suerte para Roxy el tener un amo que parecía tan contento con ella, como aquel plantador. Sus razonamientos no tardaron, en poco tiempo, en hacerle casi creer que prestaba a Roxy un espléndido servicio subrepticio vendiéndola «río abajo». Y se repetía todo el tiempo, con diligencia: «No es más que por un año. Dentro de un año compraré su libertad; ella no olvidará eso, y servirá para consolarla». Sí, el pequeño engaño no podía hacerle daño, y además, al final todo saldría bien. Por común acuerdo, la conversación en presencia de Roxy

era siempre acerca de la granja que el hombre tenía «en el campo, río arriba», y de lo agradable que era, y lo felices que viven allí los esclavos; de modo que la pobre Roxy se dejó engañar y con facilidad, porque ni soñaba siquiera que su propio hijo pudiera ser culpable de traición con una madre que, al entregarse voluntariamente a la esclavitud (de cualquier clase, severa o suave, y de cualquier duración, corta o larga) se sacrificaba por él de tal modo que, comparada con eso, la muerte habría sido un pobre y vulgar sacrificio. Lo cubrió de lágrimas y caricias en privado, y luego se marchó con su dueño... se marchó con el corazón deshecho pero orgullosa de lo que hacía, y contenta de poder hacerlo.

Tom pagó sus deudas y resolvió cumplir al pie de la letra su reforma, y no arriesgar más el testamento. Le quedaban trescientos dólares. De acuerdo al plan de su madre, debía guardarlos en lugar seguro, y agregar todos los meses a ellos la mitad de su pensión. En un año, ese fondo bastaría para comprar su libertad.

Durante una semana no pudo dormir muy bien, de tal modo la villanía con que abusó de su confiada madre le pesaba en la escasa conciencia que tenía; pero después, empezó a sentirse cómodo de nuevo, y al poco tiempo pudo dormir como cualquier otro villano.

El vapor donde iba Roxy salió de St. Louis a las cuatro de la tarde, y desde la popa del puente de abajo, ella vio, borroso a través de sus lágrimas, cómo Tom se confundía con la gente y desaparecía; entonces, ya no miró más, y se sentó sobre un rollo de cable donde estuvo llorando toda la noche. Cuando por fin fue a su sucia litera del entrepuente, en medio del ruido de las máquinas, no lo hizo para dormir, sino sólo para esperar la llegada de la mañana, y esperar sufriendo.

Habían pensado que ella «no se enteraría» y pensaría que viajaba río arriba. ¡Ella! ¡Pero si había viajado años enteros en los vapores! Al amanecer se levantó y fue a sentarse de nuevo en el rollo de cable, abatida. Pasaba delante de muchos troncos sumergidos, que podrían haberle dicho algo que le partiría el corazón, porque le mostraban que la corriente se movía en la misma dirección que el vapor; pero sus pensamientos estaban en otra parte y no lo notó. Mas, por fin, el rugido de una rompiente más fuerte y cercana que lo usual la sacó de su sopor, y alzando los ojos, fijó la vista en la rápida corriente del agua. Por un momento, sus ojos se quedaron como petrificados sobre ella. Luego, dejó caer la cabeza en el pecho y dijo:

—¡Oh, Dios bendito, ten misericordia de esta pobre pecadora...! ¡Me han vendido río abajo!

Capítulo XVII

El Juez pronuncia una profecía

Hasta la popularidad se puede exagerar. Al principio, en Roma, uno no hace más que lamentarse de que Miguel Ángel haya muerto; pero, poco a poco, lo único que acabamos lamentando es no haberlo visto morir.

—Del calendario del Bobo Wilson.

4 de julio. Las estadísticas muestran que perdemos más necios en este día que en todos los demás del año juntos. Eso demuestra, por la cantidad que queda, que un Cuatro de Julio al año es insuficiente, ahora que el país ha crecido tanto.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Transcurrieron lentas las semanas del verano, y luego se abrió la campaña política... se abrió de un modo bastante caluroso, y se fue haciendo más cálida a diario. Los gemelos se lanzaron a ella de todo corazón, porque estaba comprometido en eso su amor propio. Su popularidad, tan general al principio, había sufrido después, principalmente porque habían sido demasiado populares, y eso había producido una reacción natural. Además, había corrido el diligente rumor de que era curioso, muy curioso en realidad, que su maravilloso cuchillo no apareciera... si era tan valioso, o si es que existió. Y tras de los rumores venían las risas, los codazos y los guiños, y todas esas cosas tienen su efecto. Los gemelos consideraban que su triunfo en la elección los devolvería a su antiguo lugar, y que la derrota les causaría un daño irreparable. Por lo tanto, trabajaban duro, pero no tanto como el juez Driscoll y Tom trabajaron contra ellos en los últimos días de la campaña. La conducta de Tom había sido perfecta en los últimos dos meses, ahora que su tío no sólo le confiaba dinero para convencer a los votantes, sino que confiaba en él tanto, que le decía fuera a buscarlo a la caja fuerte de su escritorio privado.

El discurso del cierre de la campaña fue pronunciado por el juez Driscoll, y fue un discurso contra los extranjeros desastrosamente eficaz. Vertió ríos de ridículo sobre ellos, y obligó al enorme mitin a reír con él y aplaudirlo. Se burló de ellos llamándolos aventureros, saltimbanquis, fenómenos de feria; atacó sus llamativos títulos con desprecio infinito; dijo que eran barberos de callejón disfrazados de nobles, vendedores de maní que se hacían pasar por caballeros, organilleros privados de su hermano el mono. Por fin, se detuvo y se calló. Aguardó hasta que el salón se hubo quedado en un silencio absoluto y expectante, y entonces disparó su tiro más mortal; lo hizo con helada seriedad y deliberación, con un énfasis significativo en las palabras finales; dijo que creía que la recompensa ofrecida por el cuchillo perdido era una farsa y una

hipocresía, y que su dueño sabría dónde encontrarlo cuando se le presentara la oportunidad de asesinar a alguien.

Luego, salió del escenario, dejando detrás de él un impresionante silencio en vez de la habitual explosión de aplausos y vítores partidarios.

La extraña insinuación corrió todo a lo largo y lo ancho del pueblo, causando una sensación extraordinaria. Todos preguntaban: «¿Qué habrá querido decir con eso?».

Y todo el mundo se hacía esa pregunta, pero en vano; porque el juez sólo decía que él sabía de lo que hablaba y lo dejaba ahí; Tom decía que no tenía ni idea de lo que quería decir su tío, y Wilson, siempre que le preguntaban qué creía que quería decir aquello, paraba la pregunta, preguntándole al interrogador, qué creía él que aquello quería decir.

Wilson fue elegido, los gemelos derrotados... aplastados en realidad, y quedaron solos y sin amigos. Tom volvió a St. Louis feliz.

Dawson's Landing tuvo una semana de reposo, que bien la necesitaba. Pero era un estado expectante, porque el aire estaba lleno de rumores acerca de un nuevo asunto. Los trabajos electorales habían postrado al juez Driscoll, pero se decía que en cuanto estuviera bien para mantener un duelo, recibiría un desafío del conde Luigi.

Los hermanos se habían retirado por completo de la sociedad, y devoraban su humillación en privado. Evitaban a la gente, y salían a hacer ejercicio sólo a altas horas de la noche, cuando las calles estaban desiertas.

Capítulo XVIII

Roxana ordena

La gratitud y la traición no son más que los dos extremos del mismo desfile. Hemos visto todo lo que merece la pena verse cuando la banda y los personajes brillantes han desfilado ya.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Día de Acción de Gracias. Debemos dar nuestras gracias humildes, cordiales y sinceras, todos, menos los pavos. En las islas Fiji no usan pavos; usan plomeros. No creo que ni usted ni yo debemos reírnos de los de Fiji.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El viernes siguiente a la elección hizo un día lluvioso en St. Louis. Llovió

todo el día, con una lluvia fuerte como si quisiera lavar y blanquear la ciudad ennegrecida por el hollín aunque, claro está, sin conseguirlo. A eso de media noche, Tom Driscoll regresó a su casa del teatro, bajo la lluvia, cerró su paraguas, y abrió la puerta con la llave; pero cuando iba a cerrarla, descubrió que entraba otra persona... sin duda otro huésped; la persona cerró la puerta y subió las escaleras detrás de Tom. Tom halló su puerta en la oscuridad, entró y encendió el gas. Cuando se dio media vuelta, silbando entre dientes, vio la espalda de un hombre. El hombre cerraba su puerta con llave. El silbido se apagó y empezó a sentirse inquieto. El hombre dio media vuelta; era un vagabundo vestido con ropas muy viejas, caladas y chorreantes de lluvia, y su negra cara asomaba bajo un viejo sombrero de ala baja. Tom se asustó. Trató de ordenarle al hombre que saliera, pero las palabras no acudían a sus labios, y el hombre se le adelantó. Le dijo, en voz baja:

—Cállate... ¡Soy tu madre!

Tom se dejó caer en una silla, y exclamó:

—Lo que hice fue mezquino y bajo... ya lo sé; pero tenía buena intención, te lo aseguro... puedo jurarlo.

Roxana se quedó un momento mirándolo en silencio, mientras él se retorció de vergüenza y seguía balbuceando incoherentes acusaciones de sí mismo mezcladas con lastimosos intentos de explicación y paliación de su crimen; entonces, ella se sentó y se quitó el sombrero, y la descuidada masa de sus cabellos castaños le cayó sobre los hombros.

—Si no están grises no es por culpa tuya —le dijo ella con tristeza, fijándose en su pelo.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Soy un canalla. Pero te juro que mi intención era buena. Fue un error, desde luego, pero yo creía que era por tu bien, te lo juro.

Roxy empezó a llorar bajito, y poco a poco las palabras se abrieron camino entre sus sollozos. Las pronunciaba con tono de lamento más que de cólera.

—¡Vender a una persona río abajo!... ¡río abajo!, ¡por su bien! ¡Yo no trataría así ni a un perro! Ahora estoy toda deshecha, de modo que ya no tengo fuerzas para protestar e irritarme como hacía antes cuando me pisoteaban y maltrataban. No lo sé... quizá sea mejor así. He sufrido tanto, que el lamentarme me resulta ahora más fácil que el protestar.

Esas palabras deberían haber conmovido a Tom Driscoll, pero si lo conmovieron, el efecto fue borrado por algo más fuerte... algo que le quitaba el gran peso del miedo que le oprimía, y le daba a su aplastado espíritu una maravillosa vida, llenando su mezquina alma de una profunda sensación de alivio. Pero permaneció prudentemente callado, y no aventuró comentario

alguno. Hubo un intervalo de silencio de cierta duración, en el que no se oyó otra cosa que el golpear de la lluvia contra los cristales, el suspiro quejoso del viento y, de cuando en cuando, un sollozo apagado de Roxana. Los sollozos se fueron haciendo cada vez menos frecuentes, y por fin cesaron. Entonces, la refugiada empezó a hablar de nuevo.

—Baja un poco esa luz. Más. Un poco más. Una persona que anda huida no quiere mucha luz. Así está bien. Quiero ver cómo estás y con eso basta. Voy a contarte mi historia, acortándola todo lo que pueda, y luego te diré lo que tienes que hacer. El hombre que me compró no es un mal hombre; es bastante bueno, para ser plantador; y si él hubiera hecho lo que quería, yo me habría quedado de criada en la casa, con su familia, y habría estado cómoda; pero su esposa era una yanqui y nada bonita, además, y estuvo contra mí desde un principio; de modo que me enviaron al barracón con los trabajadores del campo. Esa mujer ni siquiera se contentó con eso, sino que puso contra mí al capataz, de celosa y odiosa que era; y por eso, el capataz me hacía salir antes de que hubiera luz de día y me obligaba a trabajar el día entero, hasta que la luz se acababa; y me dio buenos latigazos porque yo no podía trabajar como los más fuertes. Ese capataz era yanqui, de Nueva Inglaterra, y cualquiera del Sur puede decirte lo que eso significa. Ellos saben cómo hacer trabajar a un negro hasta matarlo, y saben también cómo azotarlos... azotarlos hasta que la espalda tiene tantos verdugones que parece una tabla de lavar. Claro que al principio, mi amo le dijo al capataz unas buenas palabras por mí, pero eso fue aún peor; porque el ama se enteró y, después de eso yo las pagaba todas... sin que ellos tuvieran nunca piedad de mí.

El corazón de Tom ardía de furia contra la mujer del plantador; y se dijo, «Si no hubiera sido por esa necia celosa todo habría salido bien». Y agregó una furiosa maldición contra ella.

La expresión de ese sentimiento se pintó con ferocidad en su cara, y se le reveló a Roxana al blanco resplandor de un relámpago que convirtió la sombría penumbra de la habitación en día deslumbrador. Eso le agradó... la dejó complacida y agradecida; porque, ¿no demostraba esa expresión que su hijo era capaz de sufrir por las penas de su madre y sentir odio contra sus perseguidores?... algo de lo que había dudado hasta entonces. Pero el relámpago de felicidad no fue más que un relámpago, y desapareció dejando a oscuras su espíritu; porque se dijo: «Me vendió río abajo... no puede sufrir mucho por nadie, esto pasará». Y reanudó de nuevo su historia.

—Hace unos diez días me decía que no iba a durar mucho más con ese espantoso trabajo y los latigazos, y me sentía muy abatida y miserable. Tampoco me importaba... la vida no era nada para mí, si tenía que seguir viviendo así. Bueno, cuando alguien está tan triste, ¿qué le importa lo que pueda hacer? Había una negrita enferma de unos diez años que era muy buena

conmigo, y la pobrecita no tenía mami, y yo la quería tanto como ella me quería a mí; y vino a donde yo estaba trabajando y me trajo una batata asada y trató de dármela... privándose la pobre de ella, porque sabía que el capataz no me daba lo suficiente de comer, y él la pilló y le dio un palo en la espalda con su bastón, que era tan grueso como el mango de una escoba, y ella cayó al suelo gritando y retorciéndose y rodando por el polvo como una araña lastimada. No pude soportarlo. Todo el fuego que había en otros tiempos en mi corazón se encendió, y le arranqué el palo de la mano y lo derribé con él. Él se quedó en tierra gritando y gimiendo, como un loco, y los negros parecían todos muertos de miedo. Se reunieron en torno a él para ayudarlo, y mientras tanto yo salté a su caballo y hui al río todo lo de prisa que pude. Sabía lo que harían conmigo. En cuanto se pusiera bueno, volvería y me mataría trabajando si el amo le dejaba; y si no hacían eso, me venderían río más abajo, lo que vendría a ser lo mismo. De modo que decidí ahogarme y terminar con mis penas. Empezaba a oscurecer. Llegué al río en dos minutos. Entonces vi una canoa, y me dije que no tenía por qué ahogarme, que no tenía por qué hacerlo; así que até al caballo al borde del bosque y luego empecé a bajar el río en la canoa, manteniéndome cerca de los árboles de la orilla y rezando para que se hiciera de noche pronto. Tenía mucha delantera, porque la casa grande estaba a tres millas del río y sólo se podía ir a ella en las mulas de trabajo, y sólo iban a montarlas los negros, y ellos no tenían ninguna prisa..., me darían todas las oportunidades que pudieran. Antes de que alguien pudiera ir y volver de la casa sería ya bien de noche, y no podrían encontrar el caballo y descubrir cómo me había escapado hasta la mañana, y los negros dirían todas las mentiras que pudieran acerca de eso.

»Bueno, llegó la noche y yo seguí bajando por el río. Remé más de dos horas, y luego, como ya no me preocupaba dejé de remar y floté con la corriente, considerando lo que iba a hacer si no tenía que ahogarme. Hice unos planes y seguí flotando, mientras los daba vueltas en la cabeza. Cuando era algo más de medianoche y yo pensaba que debía haber hecho quince o veinte millas, vi las luces de un vapor atracado a la orilla, en un lugar donde no había ni un pueblo ni un astillero, y poco después distinguí la forma de las chimeneas bajo las estrellas, y ¡Dios bendito, casi salto de alegría! Era el Grand Mogul... donde yo fui camarera ocho temporadas en la línea de Cincinnati y Nueva Orleans. Pasé rozándolo con la canoa... no vi a nadie por allí... y oí martillazos en la sala de máquinas y comprendí lo que pasaba... una máquina descompuesta. Bajé a tierra un poco más allá, solté las amarras de la canoa, y luego subí por la planchada a bordo del vapor. Hacía mucho calor y los marineros y los camareros estaban tirados en el castillo de proa, durmiendo; el segundo oficial, Jim Bangs, estaba sentado con la cabeza baja, durmiendo (¡el segundo oficial lo hacía así siempre que estaba de guardia!), y el vigía, Billy Hatch, cabeceaba en una escalerilla... y yo los conocía a todos,

¡y cómo me gustó verlos! Me dije, me gustaría que el viejo amo viniera y tratara de llevarme de aquí... gracias a Dios estoy entre amigos. Así que pasé entre ellos y me fui a la cubierta de las calderas y luego seguí hacia popa hasta la cabina de guardia de las camareras, y entré en ella con la misma alegría que lo había hecho un millón de veces; ¡te digo que era como volver a estar en casa!

»Al cabo de una hora oí la campana de salida, y luego empezaron a oírse más ruidos. Al poco rato, oí sonar el gong. “Vamos a salir”, me dije. “Conozco esa música”. Y entonces sonó el gong de nuevo. “Sí, sí, salimos”, me dije. Otra vez el gong. “Estamos saliendo... ahora vamos camino de St. Louis y yo me escapé del peligro y no tengo que ahogarme, después de todo”. Porque yo sabía que el Mogul hacía ahora la línea de St. Louis. Era ya de día cuando pasamos por la plantación, y yo vi un grupo de negros y blancos buscándome por todas partes, muy preocupados por mí; pero yo no me preocupaba por ellos.

»Por ese entonces, Sally Jakson, que era mi segunda camarera, y ahora es primera camarera, vino a la guardia y se alegró mucho de verme, y lo mismo pasó con todos los oficiales; yo les dije que me habían secuestrado y me habían vendido río abajo, y ellos juntaron veinte dólares para darme, y Sally me dio ropa, y cuando llegué aquí fui derecho a dónde tú vivías antes, y luego vine a esta casa, y me dijeron que estabas fuera pero que te esperaban de un día a otro; por eso, no me atreví a bajar hasta Dawson, pues tenía miedo de perderte.

»Bueno, el lunes pasado, pasaba por uno de esos sitios de Fourth Street donde ponen los avisos con los negros fugitivos, y la recompensa por encontrarlos, ¡y veo a mi amo! Casi me caigo al suelo, del susto. Él estaba de espaldas a mí, y hablaba con el hombre y le daba unos papeles... avisos de negro, pensé, y la negra soy yo. Ofrece una recompensa, eso es. ¿No crees que tenía razón?».

Tom había ido cayendo gradualmente en un estado de espantoso terror, y entonces se dijo para sí: «¡Estoy perdido, pase lo que pase! Ese hombre me dijo que le había parecido que había algo raro en la venta. Me dijo que había recibido una carta de un pasajero del Grand Mogul diciéndole que Roxy había subido al vapor, y que todos los de a bordo conocían su caso; de modo que me dijo que el que huyera aquí, en vez de hacerlo a un estado libre no pinta muy bien para mí, y que si no se la encuentro, y muy pronto, me iba a dar un buen disgusto. Nunca creí su historia; no podía creer que ella estaría tan carente de todo instinto maternal como para venir aquí, sabiendo que corría un gran riesgo de meterme en un lío irremediable. ¡Y después de todo, lo hizo! Y yo juré estúpidamente que le ayudaría a encontrarla, pensando que no corría ningún peligro prometiéndolo. Si me aventuro a entregarla... ella... pero

¿cómo puedo evitarlo? Tengo que hacer eso o devolver el dinero, ¿y de dónde va a salir ese dinero? Yo... yo... bueno, creo que si él jurara tratarla mejor de ahora en adelante... y ella misma dice que es un buen hombre... y si me jurara que no permitiría nunca que trabajara con exceso o le diera poco de comer...».

Un relámpago expuso la pálida cara de Tom, tensa y rígida con sus preocupados pensamientos. Roxana le habló vivamente, y en su voz había un dejo de inquietud:

—¡Dale más mecha a la luz! Quiero verte mejor la cara. A ver... déjame mirarte, Chambers, ¡estás tan blanco como tu camisa! ¿Has visto a ese hombre? ¿Ha venido a verte?

—Sí...

—¿Cuándo?

—El lunes a mediodía.

—¡El lunes a mediodía! ¿Me seguía la pista?

—Pues... bueno, él creía que sí. Es decir, lo esperaba. Este es el aviso que viste —y lo sacó de su bolsillo.

—¡Léemelo!

Ella jadeaba de excitación, y había en sus ojos un oscuro brillo que Tom no podía interpretar bien, pero que encontraba vagamente amenazador. El aviso tenía el grosero grabado habitual de una negra con turbante que huía con su lío de ropa al hombro colgando de un palo, y el encabezamiento en grandes letras: «\$ 100 DE RECOMPENSA». Tom leyó el cartel en voz alta... al menos la parte que describía a Roxana y daba la dirección de St. Louis de su amo, y la de la agencia de Fourth Street; pero se calló la parte que decía que los que buscaban la recompensa podían dirigirse también al señor Thomas Driscoll.

—¡Dame ese papel!

Tom lo había doblado y se lo guardaba en el bolsillo. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda, pero dijo con todo el descuido posible:

—¿El papel? ¿Para qué?, no te sirve de nada porque no puedes leerlo. ¿Qué quieres hacer con él?

—¡Dámelo! —Tom se lo dio, pero con una repugnancia que no pudo disfrazar enteramente—. ¿Me lo leíste todo?

—Claro que sí.

—Extiende la mano y júralo.

Tom lo hizo. Roxana se guardó con cuidado el papel en su bolsillo, sin

apartar todo el tiempo los ojos de la cara de Tom y luego dijo:

—¡Mientes!

—¿Por qué iba a querer mentirte?

—No lo sé... pero mientes. Al menos, esa es mi opinión. Pero no importa. Cuando vi al hombre estaba tan asustada que casi no pude volver a casa. Luego, le di a un negro un dólar por esta ropa, y desde entonces no he vuelto a estar en una casa hasta hoy. Me ennegrecí la cara y me escondí en el sótano de una casa vieja que se quemó, durante el día, y por la noche iba al muelle y robaba azúcar y maíz de las bolsas para poder comer, y no me atreví a comprar nada, de modo que estoy muerta de hambre. Y nunca me atreví a venir aquí hasta esta noche que llovía, cuando apenas si hay gente por las calles. Pero esta noche estaba en el callejón oscuro desde que anocheció, esperando a que llegaras. Y aquí estoy.

Se quedó un rato pensativa y por fin dijo:

—¿Viste al hombre al mediodía, el lunes?

—Sí.

—Yo lo vi a media tarde. Vino a buscarte, ¿no?

—Sí.

—¿Te dio entonces el aviso?

—No, no lo había impreso aún.

Roxana le dirigió una curiosa mirada.

—¿No le ayudaste a hacer el aviso?

Tom se maldijo por haber cometido aquel estúpido error, y trató de rectificarlo diciendo que fue el lunes a mediodía cuando el hombre le dio el aviso. Roxana dijo:

—Estás mintiendo otra vez —y luego se irguió y agregó, amenazándolo con el dedo:

—¡Muy bien! Te voy a hacer una pregunta y quiero saber cómo me la vas a contestar. Tú sabes que andaba detrás de mí; y si huías en vez de quedarte aquí para ayudarlo, él comprendería que había habido algo raro en el negocio y haría averiguaciones acerca de ti y eso lo llevaría a tu tío, y tu tío leería el aviso y vería que habías vendido a una negra libre río abajo, ¡y creo que ya le conoces! Rompería el testamento y te echaría a patadas de la casa. Ahora, contéstame a la pregunta: ¿No le dijiste al hombre que yo iba a venir aquí con seguridad, para que él pudiera preparar una trampa y cazarme?

Tom comprendió que ni las mentiras ni las protestas le servirían ya de nada... estaba en un cepo, con los tornillos cada vez más apretados y no podía moverse. Su cara asumió una expresión desagradable y le dijo, amenazador:

—¿Y qué podía hacer yo? Tú misma comprendes que estaba en sus manos y no podía escapar.

Roxy lo envolvió con su desdeñosa mirada y luego dijo:

—¿Qué podías hacer? ¡Podías ser un Judas con tu madre, para salvar tu inútil pellejo! ¿Crees que alguien te creería? ¡No... ni un perro haría eso! Eres el perro más bajo y miserable que vino al mundo... ¡y yo soy la responsable de eso! —... y lo escupió.

Él hizo un esfuerzo por aguantarlo. Roxy reflexionó un momento y agregó:

—Ahora, voy a decirte lo que tienes que hacer. Vas a darle al hombre el dinero que tienes guardado, y pedirle que espere hasta que tú puedas ver al juez y conseguir el resto para comprar mi libertad.

—¡Diablos!, ¿en qué estás pensando? ¿En que vaya a verle y le pida más de trescientos dólares? ¿Para qué iba a decirle que los quería?

Roxy le contestó con voz serena e igual:

—Le dirás que me vendiste para pagar tus deudas de juego, y que me mentiste y fuiste un villano, y que yo te pido que reúnas ese dinero para comprar mi libertad.

—¡Pero te has vuelto loca de remate! Él haría pedazos el testamento en seguida... ¡y tú lo sabes! —Sí, lo sé.

—¿Entonces crees que soy lo suficientemente idiota para hacerlo?

—Yo no creo nada... sólo sé que vas a ir. Lo sé porque tú sabes que si no reúnes el dinero, iré a verlo yo misma, ¡y entonces él te venderá río abajo, y entonces verás lo que te gusta!

Tom se levantó, tembloroso y excitado, y en sus ojos brilló una luz malévol. Fue hacia la puerta y dijo que tenía que salir de aquel lugar sofocante un momento, para aclararse el cerebro con el aire libre y poder decidir lo que iba a hacer. La puerta no se abría. Roxy sonrió con sequedad y le dijo:

—Yo tengo la llave, querido... siéntate. No necesitas aclararte el cerebro para saber lo que vas a hacer. Yo sé lo que vas a hacer. —Tom se sentó y empezó a pasarse las manos por el pelo, con gesto de impotente desesperación. Roxy le preguntó—: ¿Está el hombre en esta casa?

Tom la miró sorprendido y exclamó:

—¿Quién te dio esa idea?

—Tú. ¡Salir a aclararte el cerebro! En primer lugar, no tienes cerebro que aclarar, y en segundo lugar, tus ojos miserables te traicionaron. Eres el perro más bajo que... pero ya lo dije antes. Muy bien, hoy es viernes. Arregla las cosas con ese hombre y dile que le darás el resto del dinero cuando vuelvas de tu viaje y que estarás aquí el martes o el miércoles. ¿Entendido?

Tom le respondió hoscamente.

—Sí.

—Y cuando recibas el nuevo contrato de venta, donde me vendes a mí misma, envíaselo por correo al Bobo Wilson, y pon detrás que lo guarde hasta que yo vuelva. ¿Entendido?

—Sí.

—Bueno, eso es todo. Toma el paraguas y ponte el sombrero.

—¿Por qué?

—Porque me vas a acompañar al muelle. ¿Ves este cuchillo? Lo llevo conmigo desde el día en que vi al hombre y compré estas ropas con él. Si me pilla, me mataré con él. Ahora en marcha, sin hacer ruido y delante de mí; y si haces alguna señal a alguien en la casa, o llamas a alguien en la calle, te lo clavaré en el cuerpo. Chambers, ¿me crees cuando te digo eso?

—No sé para qué me haces esa pregunta. Creo en tu palabra.

—¡Sí, es muy distinta de la tuya! Apaga la luz y en marcha... aquí tienes la llave.

Nadie los siguió. Tom temblaba cada vez que un extraño los rozaba en la calle, esperando casi sentir el frío acero en su espalda. Roxy iba pisándole los talones y después de caminar una milla llegaron a un gran baldío en los desiertos muelles, y se separaron en aquel oscuro y lluvioso desierto.

Cuando Tom volvía a su casa, su cerebro estaba lleno de pensamientos tristes y planes descabellados; pero, por fin, se dijo con cansancio:

—No me queda más que una salida. Tengo que seguir su plan. Pero con una variante... no pediré el dinero y me arruinaré; le robaré al viejo tacaño.

Capítulo XIX

La profecía cumplida

Pocas cosas son tan difíciles de soportar, como la molestia de un buen ejemplo.

—Del calendario del Bobo Wilson.

No sería conveniente que todos pensáramos igual; la diferencia de opiniones es lo que crea las carreras de caballos.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Dawson's Landing terminaba cómodamente su temporada de aburrido reposo y esperaba paciente el duelo. El conde Luigi esperaba también, pero no con paciencia, según decía el rumor. Llegó el domingo, y Luigi insistió en presentar su desafío. Wilson lo llevó. El juez Driscoll declinó el pelear con un asesino... «es decir», agregó significativamente, «en el campo del honor».

En otro lugar, desde luego, estaba listo y dispuesto. Wilson trató de convencerlo de que si hubiera estado presente cuando Angelo le habló del homicidio cometido por Luigi, no habría considerado que era un acto deshonesto para Luigi; pero el obstinado viejo no se dejó convencer.

Wilson volvió a su representado y le informó del fracaso de su misión. Luigi se indignó, y le preguntó cómo el anciano caballero, que no era ni mucho menos un imbécil, podía dar más valor a las palabras e insinuaciones de su frívolo sobrino que a las de Wilson. Pero Wilson se echó a reír y dijo:

—Es algo muy sencillo y se explica con facilidad. Yo no soy su favorito, su preferido... y su sobrino, sí. El juez y su difunta esposa no tuvieron hijos. El juez y su mujer eran ya muy maduros cuando ese tesoro les cayó en el regazo. Uno debe ser comprensivo con un amor paterno que no pudo satisfacerse en veinticinco o treinta años. Está hambriento, enloquecido por el hambre, y para ese entonces se dará por satisfecho con cualquier cosa que le venga a mano; tiene el gusto atrofiado y no distingue. Cuando una pareja joven tiene un diablo por hijo, en seguida lo reconoce como tal, pero un diablo adoptado por una pareja madura es un ángel para ella, y sigue siéndolo a pesar de los pesares. Tom es el ángel del viejo; está encaprichado con él. Tom puede convencerle de cosas que nadie podría... no de todas, no quería decir eso, pero sí de muchas... y en particular de una clase de cosas: las cosas que crean o destruyen las parcialidades y prejuicios personales en la mente del viejo. El viejo les tenía simpatía a los dos. Tom concibió odio por ustedes. Eso bastaba; el viejo cambió en seguida. La amistad más sincera y antigua desaparece cuando uno de esos tesoros adoptados le tira un ladrillo solamente.

—Es una filosofía curiosa —dijo Luigi.

—No es ninguna filosofía... es un hecho. Y además, hay en él algo hermoso y patético. Creo que no hay nada más patético que el ver una de esas

pobres parejas sin hijos que se dedican a adorar una lechigada de perritos chillones y sin raza, y luego le agregan unas cuantas cotorras gritonas y después unos doscientos pájaros cantores, y luego algunos fétidos conejos y cobayos, y una aulladora colonia de gatos. Es un esfuerzo oscuro e ignorante por construir, con metal bajo y ralladuras de latón, por decirlo así, algo que ocupe el lugar del tesoro de oro que les negó la Naturaleza: un hijo. Pero esto es una digresión. La ley no escrita de esta región exige que mate al juez Driscoll en cuanto lo vea, y él y la comunidad esperan esa atención de sus manos... aunque, desde luego, su muerte producida por una bala del juez serviría a los mismos fines. ¡Cuidado con él! ¿Está preparado, es decir, armado?

—Sí; tendrá su oportunidad. Si me ataca, responderé.

Cuando Wilson se marchaba, le dijo:

—El juez sigue todavía un poco cansado por su campaña, y no saldrá hasta dentro de uno o dos días; pero cuando salga, más le vale estar alerta.

A eso de las once de la noche, los gemelos salieron a hacer ejercicio, e iniciaron un largo paseo bajo la velada luna.

Tom Driscoll había desembarcado en Hackett's Store, dos millas antes de Dawson's, media hora antes, el único pasajero para aquel lugar solitario, y siguiendo a pie el camino de la orilla entró en la casa del Juez Driscoll sin haber encontrado a nadie por el camino, ni bajo su techo.

Bajó las persianas de su ventana y encendió su vela. Se quitó la chaqueta y el sombrero y comenzó sus preparativos. Abrió su baúl y sacó sus ropas de mujer, ocultas bajo sus ropas masculinas, y las extendió sobre la cama. Luego se ennegreció la cara con corcho quemado y se guardó el corcho en el bolsillo. Su plan era bajar sigiloso al escritorio de su tío, pasar al dormitorio, robar la llave de la caja fuerte de las ropas del anciano, y luego ir y robar la caja. Tomó su vela para empezar. Su valor y confianza eran muy grandes, hasta entonces, pero en aquel momento empezaron a flaquear. ¿Y si hacía algún ruido, por accidente, y lo pillaban... digamos en el acto de robar la caja? Quizá sería mejor ir armado. Sacó el cuchillo indio de su escondite, y sintió un agradable retorno de su vacilante valor. Bajó con paso sigiloso la estrecha escalera, con el pelo de punta y el pulso enloquecido al menor crujido. Cuando estaba a mitad de camino, le alteró el ver que una leve luz iluminaba el descansillo de abajo. ¿Qué podía significar eso? ¿Estaría su tío levantado aún? No, no era probable; debía haber dejado encendida la vela de noche cuando se fue a acostar. Tom bajó despacito, deteniéndose en cada escalón a escuchar. Halló la puerta abierta de par en par y miró hacia dentro. Lo que vio le agradó sobremanera. Su tío estaba dormido en el sofá; en una pequeña mesa a la cabecera del sofá, ardía con luz baja una lámpara, y junto a ella se encontraba

la cajita de latón del anciano, abierta. Al lado de la caja había un montón de billetes y un trozo de papel cubierto de números escritos a lápiz. La puerta de la caja fuerte no estaba abierta. Evidentemente, el durmiente se había cansado trabajando en sus finanzas y estaba echando un sueñecito.

Tom dejó la vela en la escalera, y empezó a avanzar hacia el montón de billetes, inclinándose al hacerlo. Cuando pasaba por delante de su tío, el viejo se movió en sueños y Tom se detuvo inmediatamente... se detuvo y sacó sin ruido el cuchillo de su vaina, con el corazón palpitante y los ojos fijos en la cara de su benefactor. Al cabo de un momento o dos se aventuró a avanzar... un paso... llegó a su botín, y lo agarró dejando caer la vaina. Entonces sintió sobre él la fuerte mano del viejo, y un grito desesperado de: «¡Auxilio! ¡Auxilio!», resonó en sus oídos. Sin vacilar, hincó el cuchillo... y quedó libre. Algunos de los billetes se escaparon de su mano izquierda y cayeron sobre el charco de sangre. Soltó el cuchillo, los tomó y fue a huir; pero antes los pasó a su mano izquierda y, en medio de su miedo y confusión agarró de nuevo el cuchillo, mas recobró la serenidad a tiempo y lo tiró al suelo, porque era un testigo muy peligroso para llevar consigo.

Corrió hacia el pie de la escalera y cerró la puerta tras él; y mientras agarraba su vela y huía arriba, el silencio de la noche fue roto por el ruido de unos pasos urgentes que se acercaban a la casa. ¡Un momento después se hallaba en su habitación y los gemelos miraban, espantados, el cuerpo del hombre asesinado!

Tom se puso su chaqueta, se guardó el sombrero debajo de ella, vistió sus ropas de mujer, junto con el velo, apagó la luz, cerró con llave la puerta de la habitación por la que acababa de entrar, salió por la otra puerta al hall posterior, cerró con llave la puerta y se guardó la llave, y después, avanzando en la oscuridad, bajó por las escaleras de atrás. No esperaba encontrarse con nadie, porque ahora todo el interés se concentraba en la otra parte de la casa; sus cálculos resultaron acertados. Cuando él atravesaba el patio de atrás, la señora Pratt, sus criados y una docena de vecinos a medio vestir se habían unido a los gemelos y el cadáver, y todavía seguía llegando gente por la puerta de adelante.

Mientras Tom, temblando como si tuviera perlesía, salía por la puerta del patio, tres mujeres salían también corriendo de la casa de enfrente del callejón. Vinieron presurosas a él, preguntándole qué pasaba, pero no aguardaron su respuesta. Tom se dijo para sí, «Esas solteronas se vistieron bien primero... como hicieron el día que se quemó la casa de al lado, la de los Stevens». Unos minutos después se hallaba en la casa hechizada. Encendió una vela y se quitó sus ropas de mujer. Tenía manchado de sangre todo el lado izquierdo y su mano derecha estaba roja con las manchas de los billetes manchados de sangre que había apretado en ella; pero aparte de eso, no tenía otras señales. Se limpió

la mano en la paja y se quitó casi todo el tizne de la cara. Luego redujo a cenizas sus ropas masculinas y femeninas, y se vistió con un disfraz propio de un vagabundo. Apagó la luz, bajó, y al poco rato bajaba tranquilamente por el camino del río, con la intención de usar un medio de huida como el de Roxy. Encontró una canoa y remó con ella río abajo, dejándola que se fuera a la deriva al acercarse el alba, y yendo por tierra hasta el pueblo más cercano, donde permaneció escondido hasta que pasó un vapor y allí tomó un pasaje de entrepuente hasta St. Louis. No se sintió tranquilo hasta no haber dejado bien detrás de él Dawson's Landing; entonces se dijo: «Todos los detectives del mundo no pueden seguirme ahora la pista; no he dejado ni el vestigio de un rastro; el homicidio se convertirá en uno de esos misterios permanentes, y la gente no dejará hasta más de cincuenta años, de tratar de descubrir su secreto».

En St. Louis, a la mañana siguiente, leyó un breve telegrama en los diarios... fechado en Dawson's Landing:

El juez Driscoll, un antiguo y respetado vecino, fue asesinado aquí a medianoche por un degenerado noble o barbero italiano, como resultado de una pelea producto de la reciente elección. El asesino será probablemente linchado.

—¡Uno de los gemelos! —se dijo Tom—. ¡Qué suerte! Fue su cuchillo el que le hizo ese favor. Nunca sabemos cuándo la fortuna se va a poner de nuestra parte. Yo llegué a maldecir en el fondo de mi corazón al Bobo Wilson, por impedirme vender el cuchillo. Ahora retiro la maldición.

Tom era ahora rico e independiente. Arregló su asunto con el plantador y envió por correo a Wilson el contrato de venta que vendía a Roxana a sí misma; luego telegrafió a su tía Pratt:

He visto la horrible noticia en los diarios y estoy casi postrado de dolor. Saldré hoy por el paquebote. Trata de soportar tu dolor hasta que llegue.

Cuando Wilson llegó a la mañana siguiente a la casa, y reunió todos los detalles que pudieron darle la señora Pratt y los demás, se encargó del asunto como alcalde y dio órdenes de que no se tocara nada, sino que dejaran todo como estaba hasta que llegara el juez Robinson y tomara las debidas medidas como médico forense. Hizo salir a todos de la habitación, excepto a los gemelos y él. El sheriff no tardó en llegar y se llevó a los gemelos a la cárcel. Wilson les pidió que no se desanimaran, y les prometió hacer todo lo posible para defenderlos cuando se juzgara el caso. El juez Robinson llegó con el agente Blake, y examinaron la habitación a fondo. Hallaron el cuchillo y la vaina. Wilson notó que había huellas de dedos en el mango. Eso le agradó, porque los gemelos habían pedido a los que llegaron los primeros que examinaran con cuidado sus manos y ropas, y ninguno de ellos, ni Wilson, habían hallado huellas de sangre en ellas. ¿Sería posible que los gemelos

hubieran dicho la verdad, cuando declararon que habían hallado muerto al hombre al acudir corriendo a la casa en respuesta a sus gritos de auxilio? Pensó en seguida en la misteriosa muchacha. No importaba; tenía que examinar la habitación de Tom Driscoll.

Después de que el jurado del médico forense hubo examinado el cadáver y lo que le rodeaba, Wilson sugirió que registraran arriba y los acompañó. El jurado forzó la entrada de la habitación de Tom pero, naturalmente, no halló nada.

El jurado del médico forense declaró que Luigi había cometido un homicidio y que Angelo era su cómplice.

El pueblo estaba indignado con los infortunados y, en los primeros días después del asesinato, corrieron constante peligro de ser linchados. El gran jurado acusó a Luigi de asesinato en primer grado y a Angelo de cómplice antes del hecho. Los gemelos fueron trasladados a la prisión del condado, a la espera del juicio.

Wilson examinó las huellas de dedos del mango del cuchillo y se dijo para sí, «Ninguno de los gemelos dejó esas marcas». Entonces, manifiestamente había otra persona complicada en aquello, por interés propio o como asesino a sueldo.

Pero ¿quién podía ser? Eso era lo que tenía que averiguar. La caja fuerte no estaba abierta, la caja del dinero cerrada y con tres mil dólares adentro. Entonces, el motivo no era el robo sino la venganza. ¿Y qué enemigo tenía el asesinado excepto Luigi? No había más que una sola persona en el mundo que pudiera guardarle profundo rencor.

¡La misteriosa muchacha! La muchacha era un gran problema para Wilson. Si el motivo hubiera sido el robo, la muchacha podía ser la respuesta; pero no había ninguna muchacha que quisiera quitarle la vida al anciano para vengarse. No había tenido peleas con muchachas; era un caballero.

Wilson hizo una reproducción perfecta de las huellas de dedos en el mango del cuchillo; y en su colección de cristales tenía una gran cantidad de huellas dactilares de mujeres y muchachas, reunidas a lo largo de quince o dieciocho años; pero las estudió en vano, porque se resistían a todas las pruebas; entre ellas no se encontraba un duplicado de las huellas del cuchillo.

La presencia del cuchillo en el escenario del asesinato era una circunstancia que preocupaba a Wilson. Una semana antes, prácticamente se había reconocido a sí mismo que creía que Luigi tenía el cuchillo en su poder, a pesar de que fingía que se lo habían robado. Y ahora, allí estaban el cuchillo y los gemelos. La mitad del pueblo había dicho que los gemelos mentían cuando declararon que habían perdido el cuchillo, y ahora esa gente

exclamaba, muy contenta, «¿No lo decía yo?».

Si sus huellas hubieran estado en el mango... pero era inútil preocuparse más por eso; las huellas del mango no eran las suyas... de eso estaba seguro.

Wilson se negaba a sospechar de Tom; primero, porque Tom era incapaz de asesinar a nadie... no tenía carácter para eso; y segundo, si quería asesinar a alguien no habría elegido a su amante benefactor y pariente más cercano; tercero, porque el interés se oponía a eso; pues mientras el tío viviera, Tom estaba seguro de ser mantenido y siempre había una posibilidad de conseguir que rehiciera de nuevo el testamento roto, pero con la muerte del tío esa posibilidad había desaparecido también. Verdad era que el testamento había sido rehecho, como se descubrió, pero Tom no podía saberlo, o le habría hablado de ello, de acuerdo a su natural charlatán y abierto. Finalmente, Tom estaba en St. Louis cuando se cometió el asesinato, y recibió la noticia al día siguiente por los diarios, como lo demostraba el telegrama enviado a su tía. Esas especulaciones eran más bien sensaciones que pensamientos articulados, porque Wilson se habría reído ante la idea de relacionar seriamente a Tom con el asesinato.

Wilson consideraba que el caso de los gemelos era desesperado... o casi desesperado. Porque, se decía, si no se encuentra un cómplice, un jurado de Missouri los colgará, seguro; y si se lo encuentra, eso no mejorará mucho las cosas, sino simplemente le dará al sheriff otra persona que colgar. Nada podía salvar a los gemelos excepto el descubrimiento de una persona que cometió el asesinato por su cuenta... empresa que tenía todos los aspectos de lo imposible. De todos modos, había que buscar a la persona que dejó las huellas de dedos. Los gemelos no tenían, quizá, esperanzas con ella, pero desde luego no las tendrían sin ella.

Y Wilson iba así de un lado a otro, pensando, pensando, suponiendo y suponiendo, día y noche, y sin llegar a nada. Cuando se encontraba con alguna muchacha o mujer a quien no conocía, le tomaba las huellas dactilares con cualquier pretexto; y siempre le costaban un suspiro al regresar a casa, porque no eran las que habían dejado en el mango del cuchillo.

En cuanto a la misteriosa muchacha, Tom juró que no conocía a tal muchacha, y que no recordaba haber visto alguna vez a una muchacha vestida como la describía Wilson. Reconoció que no siempre cerraba su habitación con llave, y que a veces los criados se olvidaban de cerrar con llave las puertas de la casa; de todos modos, en opinión suya, la muchacha debía haber hecho muy pocas visitas o si no, la habrían descubierto. Cuando Wilson trató de relacionarla con los robos, y pensó que podía ser la cómplice de la vieja, Tom pareció impresionarse e interesarse, y le dijo que trataría de buscar a esa persona o personas, aunque temía que ella o ellas serían demasiado

inteligentes para aventurarse de nuevo en un pueblo donde todos estarían al acecho, durante un buen tiempo.

Todos compadecían a Tom, tan callado y apenado, y que parecía sentir de un modo tan profundo su pérdida. Representaba un papel, pero no era enteramente un papel. La imagen de su supuesto tío, tal como lo vio por última vez, se le aparecía a menudo en la oscuridad, cuando estaba despierto, y lo llamaba en sueños, cuando dormía. No quería entrar en la habitación donde ocurrió la tragedia. Eso encantaba a la amante señora Pratt, quien se daba cuenta, decía, «como nunca hasta entonces», de lo sensible y delicada que era la naturaleza de su querido sobrino, y de cómo adoraba a su pobre tío.

Capítulo XX

El asesino se ríe

Hasta la más clara y perfecta evidencia circunstancial puede ser errada, después de todo, y por lo tanto se la debe recibir con gran cautela. Tomemos el caso de un lápiz afilado por una mujer; si se tiene testigos, se descubrirá que lo hizo con un cuchillo, pero si se juzga simplemente por el aspecto del lápiz se dirá que lo hizo con los dientes.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Las semanas transcurrieron lentas sin que ningún amigo visitara en la cárcel a los gemelos, excepto su abogado y la tía Patsy Cooper, y por fin llegó el día del juicio... el día más duro en la vida de Wilson, pues a pesar de su incansable diligencia no había descubierto ni rastros del cómplice desaparecido. Hacía largo tiempo que había aceptado en privado el término «cómplice» para designar a esa persona... no porque fuera indudablemente el justo, pero sí porque tal vez era el único justo, aunque nunca pudo explicarse por qué los gemelos no habían desaparecido y escapado, como lo había hecho el cómplice, en vez de quedarse con el asesinado para que los detuvieran allí.

El tribunal estaba lleno de gente, desde luego, y seguiría estándolo hasta el final, porque no sólo en el pueblo mismo sino en muchas millas a la redonda, el juicio era el único tema de conversación entre la gente. La señora Pratt, de riguroso luto, y Tom, con una banda negra en el sombrero estaban sentados cerca de Pembroke Howard, el fiscal, y detrás de ellos se sentaba una gran cantidad de amigos de la familia. Los gemelos no tenían más que una amiga presente para apoyar a su abogado, su pobre patrona, muy entristecida. Se sentaba junto a Wilson y los miraba con profunda simpatía. En el «rincón de los negros» se hallaba Chambers, y también Roxy, vestida con buena ropa y

con su contrato de venta en el bolsillo. Era su posesión más preciosa y nunca se separaba de ella, ni de día ni de noche. Tom le pasaba treinta y cinco dólares al mes, desde que heredó, y le decía que debía estar agradecida a los gemelos, que la habían hecho rica; pero la puso de un humor tan iracundo con esas frases, que nunca más volvió a repetir el argumento. Ella le dijo que el viejo juez había tratado a su hijo cien veces mejor de lo que merecía, y que nunca le había hecho nada malo a ella en toda su vida; y por eso odiaba a esos diablos extranjeros que lo mataron, y no dormiría tranquila hasta que no los ahorcaran por ello. Ahora estaba en la sala para presenciar el juicio, e iba a lanzar un «hurra» por eso, aunque el juez del condado la mandara un año a la cárcel, por hacerlo. Alzó la cabeza cubierta por un turbante y dijo:

—Cuando pronuncien el veredicto, te aseguro que voy a levantar el techo con mis gritos.

Pembroke Howard expuso brevemente el caso de la acusación. Dijo que iba a mostrar, por medio de una cadena de pruebas circunstanciales, sin interrupción ni falta en ninguna parte, que el principal detenido había cometido un asesinato; que el motivo era, en parte, la venganza, y en parte, el deseo de librarse del peligro que corría su vida, y que su hermano por su presencia, era un cómplice consentidor del crimen, el crimen más bajo conocido en todo el calendario de delitos humanos... el asesinato, que fue concebido por los más negros corazones y consumado por las manos más cobardes; un crimen que había destrozado el corazón amante de una hermana, acabado con la felicidad de un joven sobrino a quien quería como un hijo, acarreado un dolor inconsolable a muchos amigos, y que era una pérdida para toda la comunidad. Se debía exigir la pena máxima de la ley ofendida, y el acusado presente ahora en el tribunal debía sufrir, indudablemente, la pena de esa ley. Se reservaba todas las demás observaciones hasta su discurso final.

Estaba muy conmovido, igual que todos los presentes; la señora Pratt y otras mujeres lloraban cuando él se sentó, y muchos ojos se clavaron llenos de odio en los infortunados prisioneros.

El fiscal llamó testigo tras testigo, y los interrogó a fondo; pero el interrogatorio del defensor fue breve. Wilson sabía que no podían decirle nada favorable para su lado. La gente sentía lástima del Bobo; su incipiente carrera iba a sufrir con aquel juicio.

Varios testigos juraron que habían oído decir al juez Driscoll, en un discurso público, que los gemelos encontrarían su cuchillo perdido si necesitaban asesinar a alguien con él. Eso no era nada nuevo, pero ahora se lo veía como una triste profecía, y una profunda sensación hizo estremecerse al silencioso salón cuando se repitieron las lúgubres palabras.

El fiscal se levantó y dijo que él sabía, por una conversación mantenida

con el juez Driscoll el último día de su vida, que el abogado defensor le había traído un desafío de la persona acusada del asesinato; que él había rechazado la pelea con un asesino confeso —«es decir, en el campo del honor»—, pero había agregado, significativamente, que estaría pronto a hacerlo en cualquier otra parte. Presumiblemente, la persona acusada del asesinato había recibido el aviso de que debía matar si no quería ser muerto la primera vez que viera al juez Driscoll. Si el abogado defensor no rechazaba sus frases, no tendría que llamarlo al banco de los testigos. El señor Wilson dijo que no iba a ofrecer ninguna negativa, (murmillos en la sala, «el caso de Wilson se está poniendo cada vez peor»).

La señora Pratt declaró que había oído un grito y no sabía qué la despertó, a menos que fueran unas pisadas rápidas que se acercaban a la puerta. Se levantó de un salto y salió corriendo al vestíbulo tal y como estaba, y oyó unos pasos que subían corriendo la entrada y que luego la seguían cuando ella corrió al escritorio. Allí encontró al acusado en pie frente al cadáver de su hermano asesinado. (Al llegar ahí, rompió en sollozos. Sensación en el tribunal). Resumiendo, las personas que entraron detrás de ella eran el señor Rogers y el señor Buckstone.

Interrogada por Wilson, dijo que los gemelos proclamaron su inocencia, declarando que estaban paseándose, y habían acudido presurosos a la casa al oír un grito de auxilio, tan alto y fuerte, que lo oyeron a pesar de hallarse a considerable distancia; que le rogaron a ella y a los caballeros antes mencionados que les examinaran las manos y la ropa... cosa que hicieron sin hallar manchas de sangre.

Rogers y Buckstone confirmaron esa evidencia.

Se verificó el descubrimiento del cuchillo, se mostró el aviso donde se lo describía minuciosamente ofreciéndose una recompensa por él, demostrando su exacta correspondencia con la descripción. Luego vinieron unos detalles sin importancia; la acusación dio por terminado su caso.

Wilson dijo que tenía tres testigos, las señoritas Clarkson, quienes declararían que se encontraron con una muchacha velada que salía de la casa del juez Driscoll por la puerta de atrás, unos minutos después de haberse oído los gritos de auxilio, y que su evidencia, junto con cierta evidencia circunstancial sobre la que llamaría la atención del tribunal, convencería al tribunal, según su opinión, de que había una persona más complicada en aquel crimen, que no había sido hallada aún, y que se debía suspender el juicio de sus clientes hasta que esa persona fuera hallada. Como ya era tarde, pediría autorización para examinar a sus tres testigos a la mañana siguiente.

La multitud salió del lugar y se alejó en grupos excitados, hablando de los acontecimientos de la sesión con vivacidad y gran interés, y todos parecían

haber pasado un día muy satisfactorio y gozoso, excepto el acusado, su defensor y su vieja amiga. Ninguno de ellos se sentía alegre, ni alimentaba muchas esperanzas.

Al separarse de los gemelos, la tía Patsy intentó darles las buenas noches fingiendo alegremente esperanzas, pero rompió a llorar antes de haber terminado.

A pesar de que Tom se sentía absolutamente seguro, las solemnidades de la apertura del juicio le habían oprimido, sin embargo, con una vaga inquietud, pues su naturaleza era sensible a la más pequeña alarma. Pero desde el momento que se expuso ante el tribunal la pobreza y debilidad de la defensa de Wilson, se sintió tranquilo de nuevo y hasta jubiloso. Salió del tribunal sarcásticamente compadecido de Wilson. «Las Clarkson encontraron a una mujer desconocida en el callejón», se decía, «¡y ése es su caso! Tardará un siglo en encontrarla... tal vez dos. Una mujer que ya no existe, y las ropas que le daban esas señas quemadas y aventadas sus cenizas... ¡oh, desde luego va a ser muy fácil encontrarla!». Esas reflexiones le llevaron a admirar, por la centésima vez, la agudeza e ingenio con que se había asegurado contra el descubrimiento... más aún, contra la sospecha.

«En casi todos los casos como éste se pasa por alto alguno que otro detalle, se deja detrás de sí algún indicio o rastro; pero en éste no hay ni la más leve sugerencia de un rastro. Menos que el que deja un pájaro cuando vuela a través del aire... sí, a través de la noche, diría yo. El hombre capaz de seguir la pista a un pájaro que vuela en la oscuridad y encontrarlo, es el hombre capaz de seguir mi pista y encontrar el asesino del juez... ni más ni menos. ¡Y ese es el trabajo que le espera al pobre Bobo! ¡Dios mío, será patéticamente divertido verlo esforzarse y buscar a tientas a una mujer que no existe, mientras que el verdadero culpable está sentado todo el tiempo ante sus mismas narices!». Cuanto más pensaba en la situación, más humorística le parecía. Por fin, se dijo, «No voy a dejar que se olvide de la vieja. Cada vez que lo vea con alguien, hasta el día de su muerte, le preguntaré con esa cariñosa inocencia que tanto lo irritaba cuando le preguntaba acerca de su carrera de abogado nonata». «¿Estás ya sobre su pista... eh, Bobo?». Habría querido echarse a reír, pero no podía; había gente a su alrededor y él estaba llorando a su tío. Decidió que iba a ser muy divertido visitar a Wilson aquella noche y ver cómo se preocupaba por su difícil defensa, y aguijonearlo con una o dos frases exasperantes de conmiseración y simpatía, de cuando en cuando.

Wilson no quería cenar, pues no tenía apetito. Sacó todas las huellas dactilares de mujeres y muchachas de su colección y las revisó melancólicamente durante más de una hora, tratando de convencerse de que las huellas de la misteriosa muchacha estaban entre ellas y él las había pasado de algún modo por alto. Pero no era así. Echó hacia atrás la silla, juntó las

manos sobre su cabeza, y se sumió en una árida meditación.

Tom Driscoll vino a verlo, cuando hacía ya una hora que era de noche, y le dijo con una risa agradable, mientras se sentaba:

—Caramba, veo que hemos vuelto al entretenimiento de nuestros días de abandono y oscuridad, para consolarnos, ¿no? —y tomando uno de los trozos de cristal lo alzó hacia la luz para inspeccionarlo—. Vamos, viejo, anímate; no sirve de nada perder la calma y volver a los juegos de niños, porque una gran mancha está pasando delante de tu nuevo y brillante sol. Pasará del todo, y volverás a sentirte contento —... y dejó el cristal—. ¿Creías que podías ganar siempre?

—Oh, no —suspiró Wilson—. No esperaba eso, pero no puedo creer que Luigi mató a tu tío, y siento mucha lástima de él. Eso me entristece. Y a ti te pasaría lo mismo, Tom, si no tuvieras un prejuicio contra esos muchachos.

—No lo sé —y la cara de Tom se oscureció porque recordó entonces la pateadura—. No veo por qué tengo que tenerles buena voluntad considerando cómo me trataron aquella noche. Prejuicio o no prejuicio, Bobo, no me son simpáticos, y cuando reciban su merecido, no me vas a encontrar entre los que los lloren.

Tomó otro trozo de cristal y exclamó:

—¡Pero si éste tiene la etiqueta de la vieja Roxy! ¿Vas a adornar también los palacios con las señales de las patas de negros? Por la fecha de ésta, yo tenía siete meses cuando lo hiciste, y ella me criaba junto a su cachorro negro. Hay una línea que atraviesa la huella de su pulgar. ¿Qué es eso? —y Tom le tendió a Wilson el trozo de cristal.

—Es algo muy común —le contestó el otro con cansancio—. Por lo general es una cicatriz, una cortadura o un arañazo... y tomó con indiferencia el trozo de cristal, alzándolo a la luz.

De repente, toda la sangre huyó de su cara; su mano tembló, y miró la pulida superficie que tenía delante con la vidriosa mirada de un cadáver.

—Dios santo, ¿qué te pasa, Wilson? ¿Vas a desmayarte?

Tom corrió a llenar un vaso de agua y se lo ofreció, pero Wilson se apartó estremecido de él y dijo:

—¡No, no!... ¡llévatelo! —su pecho subía y bajaba, y movía la cabeza de un lado a otro, como una persona aturdida. Al cabo de un rato, dijo—: Me sentiré mejor cuando me acueste; he estado muy nervioso todo el día; sí, trabajo demasiado últimamente.

—Entonces, te dejo para que descanses. Buenas noches, viejo —pero al

salir, Tom no se pudo negar una última pulla de despedida—: No lo tomes tan a pecho; nadie puede ganar siempre; todavía colgarás a alguien.

Wilson murmuró para sí: «¡No mentiría diciendo que siento tener que empezar por ti, a pesar de que eres un perro miserable!».

Se animó con un vaso de whisky frío y empezó a trabajar. No comparó las nuevas huellas dactilares que Tom había dejado sin intención alguna en el cristal de Roxy, unos minutos antes, porque sus ojos expertos no lo necesitaban, pero se dedicó a otra cosa, murmurando de cuando en cuando:

—¡Qué idiota fui!... no buscaba otra cosa más que una muchacha... nunca se me ocurrió que podía ser un hombre con ropa de mujer —primero, buscó la placa que contenía las huellas de Tom cuando tenía doce años, y la apartó; luego sacó las marcas hechas por los dedos de Tom, de bebé, cuando tenía siete meses y colocó las placas junto con la que contenía la que Tom acababa de dejar, inconscientemente.

—Ahora la serie está completa —se dijo con satisfacción, y se sentó para inspeccionarla y gozar con ella.

Pero su goce fue breve. Se quedó mirando por un tiempo considerable las tres tiras, y quedó estupefacto de asombro. Por fin, las dejó y se dijo: «No comprendo esto... ¡diablos, las del bebé no concuerdan con las demás!».

Se paseó por la habitación media hora, tratando de desentrañar el enigma, y luego tomó otras dos placas.

Se sentó y estuvo examinándolas largo rato, pero no hacía más que murmurar:

—Es inútil; no lo comprendo. No concuerdan, y sin embargo, yo juraría que los nombres y las fechas están bien puestos, y por eso tendrían que concordar. Nunca etiqueté con descuido una de esas cosas. Esto es el más extraordinario de los misterios.

Ahora estaba muy cansado y su cerebro funcionaba con torpeza. Se dijo que el sueño lo refrescaría y entonces vería qué podía hacer con aquel enigma. Durmió inquieto una hora, luego la inconsciencia se fue disipando, y al cabo de un rato se sentó adormilado.

—¿Qué sueño fue ése? —se dijo, tratando de recordarlo—, ¿qué sueño era?... me pareció que resolvía el en...

De un salto, quedó en el centro de la habitación, sin terminar la frase, y echando a correr, encendió todas las luces y tomó su «archivo». Sacó de él un trozo de cristal, lo examinó y exclamó:

—¡Era eso! ¡Dios mío, qué revelación! ¡Y durante veintitrés años nadie lo

sospechó!

Capítulo XXI

La catástrofe

No sirve de nada sobre la tierra; debería estar debajo de ella, inspirando a las coles.

—Del calendario del Bobo Wilson.

1 de Abril. Un día en que se nos recuerda lo que somos durante los otros trescientos sesenta y cuatro.

—Del calendario del Bobo Wilson.

Wilson se vistió con la ropa necesaria y se dedicó a trabajar a toda presión. Estaba completamente despierto. Toda su sensación de cansancio había desaparecido barrida por la vigorizante frescura del gran descubrimiento que acababa de hacer. Reprodujo con todo cuidado cierto número de cristales de sus «archivos», y luego los amplió en una escala de diez a uno con su pantógrafo. Hizo las ampliaciones del pantógrafo en hojas de cartulina blanca, y destacó cada línea de aquel complicado laberinto de lazos, curvas y espirales que constituía el «dibujo» de una «marca» reforzándolo con tinta. Para el ojo no acostumbrado la colección de delicados originales hechos por el dedo humano en las placas de cristal eran todos iguales; pero cuando se los ampliaba diez veces se parecían a las marcas de un trozo de madera que ha sido aserrado a través del grano, y donde el ojo más distraído puede distinguir en seguida, y a bastante distancia, que ninguno de los dibujos es igual. Cuando Wilson terminó por fin su difícil y tedioso trabajo, dispuso sus resultados de acuerdo a un plan, por orden y secuencia progresivos, lo que constituía su principal aspecto; luego, agregó una serie de ampliaciones con el pantógrafo que había ido haciendo con el transcurso de los años.

La noche había terminado ya y el día estaba muy avanzado, entonces. Cuando acababa de tomar un bocado de desayuno, eran ya las nueve, y el tribunal se disponía a reanudar su sesión. Él se hallaba en su lugar doce minutos más tarde con sus «muestras».

Tom Driscoll lo vio y, dándole un codazo a su amigo más cercano dijo, guiñando un ojo:

—El Bobo tiene olfato para los negocios... piensa que ya no puede ganar el caso, por lo menos se le presenta una buena y noble ocasión de anunciar sus decoraciones para las ventanas de los palacios, sin gasto alguno.

Wilson fue informado de que sus testigos habían demorado, pero no tardarían en llegar; mas él se levantó y dijo que tal vez no tendría necesidad de hacer uso de su testimonio. (Un murmullo divertido corrió por la sala: «¡Es un lindo retroceso!, ¡renuncia antes de que lo venzan!»). Wilson continuó: «Tengo otro testimonio... y mejor». (Esto atrajo el interés y provocó murmullos de sorpresa que tenían también un claro ingrediente de decepción). Si alguien piensa que voy a presentar por sorpresa mis pruebas al tribunal, yo presentaré como justificación lo siguiente: no descubrí su existencia hasta anoche, y he estado ocupado examinándolas y clasificándolas, desde entonces hasta hace media hora. Voy a presentarlas dentro de un instante; pero antes quiero decir unas palabras preliminares.

—Ruego al tribunal que recuerde que el hecho más importante, el hecho en que más se ha insistido, yo diría que de un modo hasta agresivo, por parte de la acusación, es el siguiente... que la persona que dejó las huellas sangrientas de los dedos de su mano izquierda en el mango del cuchillo indio, es la misma que cometió el asesinato. —Wilson hizo una pausa de varios minutos, para dar más importancia a lo que iba a decir, y luego agregó tranquilamente—: El defensor admite ese hecho.

Fue una sorpresa eléctrica. Nadie estaba preparado para esa admisión. Un murmullo de asombro se alzó por todos lados, y se oyó decir a mucha gente que el abogado, por exceso de trabajo, había perdido la cabeza. Hasta el mismo juez veterano, acostumbrado a las trampas legales y las baterías disfrazadas del procedimiento criminal, no estaba muy seguro de haber oído bien, y le preguntó al defensor qué era lo que había dicho. La impasible cara de Howard no traicionó nada, pero su actitud perdió algo de su descuidada confianza por un instante. Wilson prosiguió:

—No sólo reconocemos ese hecho, sino que lo hacemos complacidos, y lo endosamos de todo corazón. Dejando ese asunto por el momento, procederemos ahora a considerar otros puntos del caso que nos proponemos establecer por medio de la prueba, e incluiremos éste en su debido lugar de la cadena.

Estaba decidido a intentar unas cuantas suposiciones atrevidas, al exponer su teoría del origen y motivo del asesinato... suposiciones destinadas a llenar ciertos huecos de ella... suposiciones que servirían de mucho si eran acertadas y no dañarían a nadie si no lo eran.

—Para mí, ciertas circunstancias del caso que juzga el tribunal parecen sugerir un motivo del homicidio muy distinto del motivo en que insiste la acusación. Estoy convencido de que el motivo no fue la venganza, sino el robo. Se ha insistido en que la presencia de los hermanos acusados en la habitación fatal, después de que le notificaran a uno de ellos que debía quitarle

la vida al juez Driscoll, si no quería perder la suya en cuanto ambos se encontraran, significa claramente que el instinto natural de conservación movió a mis clientes a ir allí en secreto y salvar al conde Luigi destruyendo a su adversario.

»Entonces, ¿por qué se quedaron allí después de perpetrado el crimen? La señora Pratt, aunque no oyó el grito de auxilio y se despertó unos instantes después, tuvo tiempo de correr a la habitación... y encontrar allí a los dos hombres, que ni siquiera intentaban escapar. Si hubieran sido culpables, deberían haber salido corriendo de la casa en el mismo momento en que ella salía corriendo de su habitación. Si habían tenido un instinto de conservación tan fuerte que les impulsó a matar a un hombre desarmado, ¿qué había sido de él entonces, cuando debería haber estado más alerta que nunca? ¿Nos habríamos quedado allí cualquiera de nosotros? No calumniemos hasta ese grado nuestra inteligencia.

»Se ha insistido mucho en el hecho de que el acusado ofreció una gran recompensa por el cuchillo con el que se cometió el asesinato; ningún ladrón se presentó para reclamar la extraordinaria recompensa; ese último hecho parecía una buena prueba circunstancial de que la historia de que el cuchillo había sido robado era una pura vanidad e invención; que esos detalles, unidos al memorable y, al parecer, profético discurso del difunto con respecto al arma, y el descubrimiento final del mismo cuchillo en la habitación fatal donde no se encontró a ninguna persona viva junto al hombre acuchillado, excepto al dueño del cuchillo y su hermano, forma una indestructible cadena de pruebas que achaca el crimen a esos dos desgraciados extranjeros.

»Pero dentro de un instante pediré que se me tome juramento, y declararé que también se ofrecía una gran recompensa por el ladrón; que se ofreció en secreto y no se anunció; que ese hecho fue indiscretamente mencionado (o por lo menos tácitamente reconocido) en unas circunstancias que se suponían seguras, pero que podían no serlo. El ladrón podía haberse hallado presente. (Tom Driscoll miraba al orador pero, al llegar a ese punto, bajó los ojos). En ese caso, habría retenido en su posesión el cuchillo, sin atreverse a ofrecerlo en venta, o empeñarlo en una casa de préstamos. (En el público muchos asintieron con la cabeza como reconociendo que aquella no era una mala idea). Yo probaré para satisfacción del jurado que hubo una persona en la habitación del juez Driscoll varios minutos antes de que el acusado entrara en ella. (Eso produjo una gran sensación; los últimos señolientos del tribunal se despabilaron y se dispusieron a escuchar). Si os parece necesario, probaré por medio de las señoritas Clarkson que se encontraron con una persona velada (ostensiblemente una mujer) que salía por la puerta posterior unos minutos después de que se oyera el grito de auxilio. Esa persona no era una mujer, sino un hombre vestido con ropas femeninas. —Otra sensación. Wilson tenía la

mirada fija en Tom cuando aventuró esa suposición, para ver el efecto que producía. Estaba satisfecho con el resultado y se dijo para Sí: “¡Es un éxito... está impresionado!”.

—El propósito que llevó a esa persona a la casa era el robo, no el asesinato. Es cierto que la caja fuerte no estaba abierta, pero en la mesa había una caja de latón ordinaria, con tres mil dólares adentro. Es fácil suponer que el ladrón se hallaba escondido en la casa; que conocía la existencia de esa caja, y la costumbre de su dueño de contar su contenido y arreglar sus cuentas por la noche (si tenía esa costumbre, cosa que no aseguro, por supuesto); que trató de llevarse la caja mientras su dueño dormía, pero que hizo un ruido y lo sorprendieron, y que tuvo que usar el cuchillo para evitar ser capturado; y que huyó sin el botín porque oyó que se acercaba gente.

»He terminado ya con mi teoría, y voy a irles mostrando las pruebas con las que quiero demostrar su exactitud».

Wilson tomó varios de sus trozos de cristal. Cuando el público reconoció esos recuerdos familiares de la vieja manía pueril del Bobo, el interés tenso y funeral desapareció de sus caras, y la sala estalló en frescas y claras risotadas, mientras Tom reía y se unía al general regocijo; pero, al parecer, Wilson seguía imperturbable. Dispuso sus cristales delante de él, en la mesa, y dijo:

—Pido indulgencia al tribunal mientras les hago algunas observaciones para explicar las pruebas que voy a presentar, y que pediré me permitan verificar bajo juramento en el banco de los testigos. Todo ser humano lleva desde la cuna a la tumba ciertas marcas físicas que no cambian de carácter, y por las que pueden ser siempre identificado... y eso sin la menor duda, e incuestionablemente. Esas marcas son su firma, su autógrafo físico, por así decirlo, y ese autógrafo no puede falsificarse, ni puede hacerse ilegible por el desgaste y mutaciones del tiempo. Esa firma no es su cara... la edad la cambia y la vuelve irreconocible; no es su pelo, que puede caerse; no es su estatura, pues existen duplicados de ella; no es su forma, pues existen también duplicados de ella, mientras que esa firma es propia de cada uno... ¿no existe un duplicado de ella entre toda la población del globo!, (el público se interesaba de nuevo).

»Ese autógrafo consiste en las delicadas líneas o arrugas con que la naturaleza marca el interior de las manos y las plantas de los pies. Si se miran las yemas de los dedos (los que tienen la vista aguda) observarán que esas delicadas líneas curvas están muy unidas entre sí, como las que indican los bordes de los océanos en los mapas, y que forman varios dibujos claramente definidos tales como arcos, círculos, curvas largas, espirales, etcétera y que esos dibujos difieren en los distintos dedos. (Todos los presentes habían alzado ahora sus manos a la luz, y ladeando la cabeza, escrutaban minuciosamente las

yemas de sus dedos; hubo exclamaciones murmuradas de “¡Pues sí, es así!... ¡nunca lo noté antes!”). Los dibujos de la mano derecha no son iguales que los de la izquierda. (Exclamaciones de “¡Pero sí, es así, también!”). Tomados dedo por dedo, sus dibujos difieren de los de su vecino. (Se hacían comparaciones en todo el tribunal... hasta el juez y el jurado estaban absortos en ese curioso trabajo). Los dibujos de la mano derecha de un gemelo no son los mismos que los de su mano izquierda. Los dibujos de un gemelo no son nunca iguales a los del otro gemelo... y el jurado verá que los dibujos de las yemas de los dedos del acusado siguen esa regla. (Inmediatamente se inició un examen de las manos de los gemelos). Habrán oído decir muy a menudo que hay gemelos tan idénticos que cuando se los viste de igual modo, sus padres no pueden distinguir cuál es cuál. Pero, sin embargo, nunca vino al mundo un gemelo que no llevara, del nacimiento a la tumba, una identificación tan segura como ese misterioso y maravilloso autógrafo nativo. Una vez que lo conozcamos, esos gemelos nunca podrán hacerse pasar por el otro para engañarnos.

Wilson se detuvo y quedó en silencio. La inatención muere de muerte segura y rápida, cuando un orador hace eso. El silencio es un aviso de que algo va a venir. Todas las palmas y las yemas de los dedos se bajaron, todos los cuerpos inclinados se irguieron, todas las cabezas se alzaron, todos los ojos se fijaron en la cara de Wilson. No obstante, él esperó uno, dos, tres minutos, para que su pausa completara y perfeccionara la impresión causada en el tribunal; luego, cuando en el profundo silencio se pudo oír el tic-tac de un reloj de pared, extendió la mano y tomó el cuchillo indio por la hoja, alzándolo para que todos pudieran ver las siniestras manchas de su mango de marfil; y entonces dijo con voz igual y serena:

—En este mango está marcado el autógrafo natal del asesino, escrito con la sangre de ese anciano inofensivo y bueno que los amaba y a quien todos amaban. En toda la tierra no hay más que un hombre cuya mano pueda duplicar esa señal carmesí —hizo una pausa y alzó los ojos hacia el péndulo que se Balanceaba de un lado al otro— ¡y con la ayuda de Dios, presentaremos a ese hombre al tribunal antes de que el reloj dé las doce!

Aturdido, alterado, inconsciente de su propio movimiento, el público se levantó a medias, como si esperara ver aparecer por la puerta al asesino, y una brisa de exclamaciones ahogadas recorrió el tribunal.

«¡Orden en la sala... siéntense!».

Eso procedía del sheriff. Le obedecieron y de nuevo reinó el silencio. Wilson dirigió una mirada a Tom y se dijo, «Está desesperado ahora; hasta la gente que lo desprecia lo compadece en este momento; piensa que esto es una dura prueba para un joven que ha perdido a su benefactor de un modo tan cruel... y aciertan». Y reanudó su discurso:

—Durante más de veinte años he entretenido mi ociosidad impuesta reuniendo esas curiosas firmas en este pueblo. En mi casa tengo cientos y cientos de ellas. Todas tienen una etiqueta con un nombre y una fecha; no puse la etiqueta al día siguiente, ni siquiera a la hora siguiente, sino en el mismo minuto en que se tomó la impresión. Cuando vaya al banco de los testigos, repetiré bajo juramento las mismas cosas que estoy diciendo ahora. Tengo las huellas dactilares de los magistrados, del sheriff, y de todos los miembros del jurado. Casi no hay una persona en esta sala, blanca o negra, cuya firma natal no obre en mi poder, y no hay una sola que pueda disfrazarla de tal modo que yo no pueda seleccionarla entre una multitud de señales semejantes, identificando a la persona por sus manos. Y si él y yo viviéramos cien años, todavía podría hacerlo así (el interés del público se iba haciendo cada vez más profundo).

—He estudiado tanto algunas de esas firmas que las conozco tan bien como el cajero de un banco conoce la forma de su más antiguo cliente. Mientras me vuelvo de espaldas, le ruego a varias personas que tengan la bondad de pasarse la mano por el pelo, y luego las aprieten sobre los cristales de la ventana cercana al jurado, y entre ellas los acusados pueden poner sus huellas dactilares. También le ruego a esos experimentadores, o a otros, que pongan sus huellas en otra ventana y agreguen a ellas las del acusado, pero no colocándolas en el mismo orden o relación que las firmas anteriores... porque, por una posibilidad entre un millón, una persona puede acertar una vez por azar, al nombrar las marcas, y por eso quiero que me prueben dos.

Se volvió de espaldas, y rápidamente dos cristales de la ventana se cubrieron de manchas ovaladas delicadamente rayadas, pero visibles sólo para las personas que pudieran ponerles un fondo oscuro... por ejemplo, las ramas de un árbol desde fuera. Luego, cuando lo llamaron, Wilson fue a la ventana, hizo su examen y dijo:

—Esta es la mano derecha del conde Luigi; ésta, tres firmas más abajo, es la izquierda. Aquí está la derecha del conde Angelo, abajo, ahí, está la izquierda. Ahora, pasemos al otro cristal: aquí y aquí están las del conde Luigi, aquí y aquí, las de su hermano, —dio media vuelta— ¿acerté?

Una ensordecedora explosión de aplausos fue la respuesta. El tribunal dijo:

—¡Eso, desde luego, se aproxima a lo milagroso!

Wilson se volvió de nuevo a la ventana e indicó, señalándola con el dedo.

—Esta es la firma del señor juez Robinson (aplausos). Esta es del agente Blake (aplausos). Ésta es de John Masón, jurado (aplausos). Ésta, es del sheriff (aplausos). No puedo nombrar a los demás, pero los tengo a todos en casa, con nombres y fechas, y podría identificarlos por medio de mi archivo.

Volvió a su puesto entre una tempestad de aplausos... que el sheriff detuvo, obligando también al público a sentarse, porque naturalmente todos se habían puesto de pie, esforzándose por ver. El tribunal, el jurado, el sheriff, todos habían estado demasiado absortos observando lo que hacía Wilson para ocuparse antes de los presentes.

—Ahora bien —continuó Wilson—, yo tengo los autógrafos natales de dos niños... aumentados diez veces en su tamaño natural por el pantógrafo, de modo que cualquiera que pueda ver diferenciará en seguida las dos marcas, con sólo mirarlas. Llamaremos a los niños A y B. Aquí están las huellas dactilares de A, tomadas a la edad de cinco meses. Aquí están, de nuevo, tomadas a la edad de siete meses (Tom se sobresaltó). Son iguales, como verán. Aquí están las de B, a los cinco meses, y también a los siete meses. También son una copia exacta, pero como observarán su dibujo difiere mucho de las de A. Volveré a referirme a ellas dentro de poco, pero ahora voy a ponerlas boca abajo.

—Aquí están, aumentados diez veces, los autógrafos natales de dos personas que se encuentran ante ustedes acusadas de asesinar al juez Driscoll. Yo hice esas dos copias pantográficas anoche, y estoy dispuesto a jurarlo así en el banco de los testigos. Le pido al jurado que las comparen con las huellas dactilares del acusado, en los cristales de las ventanas, y que digan al tribunal si son las mismas.

Y entregó una potente lupa al presidente del jurado.

Un jurado tras otro examinó la cartulina y el cristal, comparándolos. Luego el presidente dijo al juez:

—Su Señoría, todos estamos de acuerdo en que son idénticas.

—Por favor, vuelvan esa cartulina, y tomen ésta, y mírenla bien con la lupa para compararla con la firma fatal dejada en el mango del cuchillo, e informen de su descubrimiento al tribunal.

El jurado hizo de nuevo un examen minucioso, y volvió a informar.

—Hemos descubierto que son idénticas, Su Señoría.

Wilson se volvió al fiscal, y había una clara nota de aviso en su voz cuando le dijo:

—Con el permiso del tribunal, diré que el fiscal, de un modo insistente y constante, ha declarado que las huellas sangrientas de dedos hechos en el mango del cuchillo, fueron dejadas por el asesino del juez Driscoll. Nos han oído decir que admitíamos ese hecho, y con placer —se volvió al jurado—. Comparen las huellas dactilares del acusado con las huellas dejadas en el mango del cuchillo... e informen de su descubrimiento.

Empezó la comparación. Mientras se realizaba, todo movimiento y sonido cesaron, y el profundo silencio de un suspenso absorto y expectante reinó en la sala; y cuando por fin se oyeron las palabras...

—Ni siquiera se parecen —hubo unos atronadores aplausos y los presentes se pusieron en pie, pero fueron rápidamente contenidos por la fuerza oficial que los volvió al orden. Tom cambiaba de postura cada minuto, pero ninguno de esos cambios le traía reposo y ni siquiera un mínimo consuelo. Cuando se logró fijar de nuevo la atención de la sala, Wilson dijo con gravedad, indicando con un gesto a los gemelos:

—Esos hombres son inocentes... y no tengo por qué ocuparme más de ellos (comenzó otro estallido de aplausos, pero fue rápidamente contenido). Ahora vamos a proceder a buscar al culpable (a Tom se le salían los ojos de las órbitas... sí, era un día cruel para el apenado joven, pensaban todos). Volveremos a los autógrafos infantiles A y B. Voy a pedirle al tribunal que tome esos facsímiles ampliados con pantógrafo del niño A, marcados cinco y siete meses, ¿concuerdan?

El presidente respondió:

—Perfectamente.

—Ahora, examine este pantógrafo, tomado a los ocho meses y marcado también A. ¿Concuerdan con los otros dos?

La sorprendida respuesta fue:

—No... ¡difieren grandemente!

—Tiene razón. Ahora tome esos dos pantógrafos del autógrafo de B, marcados cinco y siete meses. ¿Concuerdan entre sí?

—Sí... perfectamente.

—Tome el tercer pantógrafo marcado B, ocho meses ¿concuerdan con los otros dos de B?

—¡En absoluto!

—¿Sabe explicar de algún modo esas extrañas discrepancias? No, pues yo se lo diré. Por un fin desconocido para nosotros, pero probablemente egoísta, alguien cambió a esos dos bebés en la cuna.

Naturalmente, eso produjo una gran sensación: Roxana se asombró de aquella admirable suposición, pero no se alteró por ella. El suponer el cambio era una cosa, el adivinar quién lo hizo, otra. El Bobo Wilson podía hacer cosas maravillosas, sin duda, pero no podía realizar imposibles. ¿Segura? Estaba perfectamente segura. Sonrió para sí.

—Entre las edades de siete y ocho meses, estos niños fueron cambiados en la cuna —hizo una de sus efectivas pausas y agregó— ¡y la persona que lo hizo se encuentra en esta sala!

¡Los pulsos de Roxana se detuvieron! El público parecía como electrizado y la mitad de los presentes se levantaron para tratar de distinguir a la persona que efectuó el cambio. Tom se inclinaba como si la vida se escapara de él. Wilson resumió:

—A fue puesto en la cuna de B, en el cuarto de los niños; B fue trasladado a la cocina y se convirtió en un negro y un esclavo (sensación... confusión de exclamaciones coléricas) ... ¡pero dentro de un cuarto de hora se presentará ante ustedes blanco y libre!, (estallido de aplausos, reprimido por las autoridades). Desde los siete meses hasta ahora, A ha seguido siendo un usurpador, y en mi ficha de sus huellas dactilares lleva el nombre de B. Aquí está su pantógrafo hecho a los doce años de edad. Compárenlo con la firma del asesino en el mango del cuchillo, ¿concuerdan?

El presidente le contestó:

—¡Hasta el menor detalle!

Wilson dijo, solemne:

—El asesino de vuestro amigo y el mío... de York Driscoll, de la mano generosa y el bondadoso espíritu... se encuentra entre vosotros. Valet de Chambre, negro y esclavo... llamado falsamente Thomas Becket Driscoll... ¡marca en la ventana las huellas, que te ahorcarán!

Tom volvió implorante su cenicienta cara hacia el que hablaba, hizo un movimiento impotente con sus pálidos labios, y luego cayó lacio y sin vida al suelo.

Wilson rompió el impresionante silencio con las palabras:

—No hace falta. Ha confesado.

Roxy cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos, y a través de sus sollozos se escaparon las siguientes palabras:

—¡Que el Señor tenga piedad de mí, que soy una pobre y miserable pecadora!

El reloj dio las doce.

El tribunal se levantó; y se llevaron de allí al nuevo preso, esposado.

Conclusión

Con frecuencia se da el caso de que el hombre incapaz de decir una mentira, cree que es el mejor juez de una mentira.

—Del calendario del Bobo Wilson.

12 de octubre. El descubrir América fue algo maravilloso, pero habría sido algo más maravilloso no descubrirla.

—Del calendario del Bobo Wilson.

El pueblo estuvo levantado toda la noche discutiendo los asombrosos acontecimientos del día, y cambiando suposiciones acerca de cuándo iba a tener lugar el juicio de Tom. Grupo tras grupo de ciudadanos venía a darle una serenata a Wilson, a exigir un discurso, y a enronquecer vivando cada frase que salía de sus labios... porque ahora todas sus palabras eran de oro, todas eran maravillosas. Su larga lucha contra el prejuicio y la mala suerte había terminado; era un triunfador definitivamente.

Y conforme se alejaba cada uno de esos grupos de rugientes entusiastas, algún miembro alzaba siempre la voz, con remordimientos y decía:

—Y éste es el hombre a quien hemos llamado bobo por más de veinte años. Ahora dejó ese puesto, amigos.

—Sí, pero está vacante... y nos eligieron a nosotros.

Los gemelos eran ahora héroes de novela, con reputaciones rehabilitadas. Pero se habían cansado de su aventura en el Oeste y se retiraron en seguida a Europa.

Roxy tenía destrozado el corazón. El joven a quien había infligido veintitrés años de esclavitud continuó con la pensión de treinta y cinco dólares del falso heredero, pero sus heridas eran demasiado profundas para curarse con dinero. La llama de sus ojos se apagó, su aspecto marcial desapareció con ella, y la voz de su risa cesó en la tierra. Sólo encontraba solaz en su iglesia y los asuntos de ella.

El verdadero heredero se encontró de pronto rico y libre, pero en una situación muy embarazosa. No sabía leer ni escribir, y su modo de hablar era el más bajo dialecto de los negros. Su porte, sus actitudes, sus gestos, sus posturas, su risa... todo era vulgar y grosero; sus maneras eran las maneras de un esclavo. El dinero y las ropas finas no podían enmendar esos defectos ni cubrirlos; sólo los hacían más llamativos y patéticos. El pobrecillo no podía soportar los terrores de la sala de los blancos, y no se sentía en paz y a gusto más que en la cocina. El banco familiar en la iglesia era un suplicio para él, pero ya no podía gozar del solaz y refugio de la «galería de los negros» ... eso se había cerrado para él para siempre. Mas nosotros no podemos seguir

adelante con su curiosa suerte... sería una historia demasiado larga.

El falso heredero hizo una confesión plena y fue condenado a prisión perpetua. Pero se presentó una complicación. Las propiedades de Percy Driscoll se encontraban en un estado tan desastroso cuando murió su dueño, que sólo se pudo pagar un sesenta por ciento de las deudas. Pero en aquel momento, los deudores se presentaron declarando que, como por un error del que ellos no tenían la culpa, el falso heredero no figuraba en el inventario en ese momento, con el resto de las propiedades, se les había causado con ello grandes daños. Con toda razón reclamaban a «Tom» como algo legalmente suyo, y que llevaba siéndolo desde hacía ocho años; y decían que si se le hubiera entregado entonces, ellos lo habrían vendido y él no habría podido asesinar al juez Driscoll; por lo tanto, él no había cometido realmente el asesinato, y la culpa la tenía el inventario erróneo. Todo el mundo vio la razón de aquello. Todo el mundo reconoció que si «Tom» hubiera sido blanco y libre tenían indudable derecho de castigarlo... y eso no sería una pérdida para nadie; pero encerrar para toda la vida a un esclavo valioso... eso era algo muy distinto.

En cuando el gobernador comprendió el caso, perdonó en seguida a Tom, y los deudores lo vendieron río abajo.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es